JOSÉ MIGUEL CEJAS

LA ISLA DEL FIN DEL MUNDO

RIALP

JOSÉ MIGUEL CEJAS

LA ISLA DEL FIN DEL MUNDO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2016 *by* FUNDACIÓN STUDIUM, MADRID
© 2016 *by* EDICIONES RIALP, S. A.
Colombia, 63. 28016 Madrid
(www.rialp.com)

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN: 978-84-321-4704-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Fue cuando Brandán les dijo:

«¿Sabéis hermanos, por qué habéis pasado tanto miedo? Es que hemos celebrado nuestra fiesta no encima de tierra firme, sino en el lomo de una bestia, un pez del mar y de los más grandes.

No os extrañe esto, señores: os quiere llevar de tal modo que os enseñe todo lo habido y por haber, y cuántas más maravillas suyas veáis, más fe tendréis luego, más firmemente creeréis y temeréis…»

Benedeit. *El viaje de San Brandán* (S. XII)
Cap. XIII. Fiesta en el Pez-Isla

A Lola, Anto y Santi

ÍNDICE

PORTADA
PORTADA INTERIOR
CRÉDITOS
CITA
DEDICATORIA
PRIMER DÍA
SEGUNDO DÍA
NOCHE DEL SEGUNDO DÍA
TERCER DÍA
CUARTO DÍA
QUINTO DÍA
SEXTO DÍA
SÉPTIMO DÍA
OCTAVO DÍA
NOVENO DÍA
DÉCIMO Y ÚLTIMO DÍA
JOSÉ MIGUEL CEJAS

PRIMER DÍA

ANOCHECE. EL VIAJERO soporta la llovizna, aterido, en la cubierta del barco, asomado a proa, hasta que escucha:

—*Atención, señores viajeros. Informamos que una vez libre... atraque... procederemos a entrar en el puerto*...

En pocos minutos, como por ensalmo, el viento se apacigua, cesa la tormenta, luce el sol y se perfila la silueta de una isla en el horizonte. Pero no es todavía *su isla*, la isla de Brandán: es sólo un puerto intermedio en el que desembarca la práctica totalidad del pasaje.

Media hora después, al anochecer, la nave reanuda la travesía. Salvo el viajero, no queda nadie en cubierta. Sólo al cabo del rato, vagando entre las sombras, descubre a un hombre taciturno que parece escapado de un lienzo de Hopper. La imagen de la tristeza. Al igual que el viajero, camina sin rumbo por la cubierta de un barco vacío, en una nave que avanza, bajo la llovizna, hacia la oscuridad del mar de agosto.

Arrecia la ventisca. El viajero comienza a tiritar. No vas a quedarte aquí, como un pasmarote; no hay otra solución: adentro. Atenazado por el temor al mareo, baja las escaleras y recorre los pasillos, mientras retumban sobre el casco, como puñetazos, los zarandeos del oleaje.

Al fin encuentra el bar, donde se han refugiado los pocos pasajeros que han quedado en el barco: un tipo fornido de brazos tatuados con aspecto de pirata; una joven pelirroja y varios hombres que hablan del submarinismo, en medio de una música atronadora.

En el centro de la sala, un camarero de pelo ensortijado murmura entre dientes, con gesto de repugnancia, mientras limpia los restos de un vómito. Su camisa blanca resalta aún más la oscuridad de su piel. El marmitón le grita desde la cocina, entre los ladridos de un perro amarrado a la intemperie, a uno de los candeleros de proa. El pirata se acerca de vez en cuando para calmarlo.

La chica pelirroja, embutida en unos pantalones desteñidos, custodia una canastilla. En la mesa vecina, los submarinistas sueñan en voz alta con los trofeos de la isla.

—Yo me contento —sueña uno, de nariz brevísima, pelo rapado y gafitas a lo Trotski — con una cabrilla, un mero, un caballito de mar y un bocinegro así de grande…

—¡Eso! ¡Y con una multa así de grande también por pescar en la reserva integral! — añade el otro, riendo.

El camarero termina su faena, se sitúa tras la barra, se ajusta el mandilón y pregunta con sonrisa obsequiosa.

—Los señores dirán.

—Una caña —pide el pirata.

—Y otra para mí —dice el viajero—, a ver cómo capeamos este temporal...

—¿Un temporal? —se burla el pirata—. ¡Esto no es nada, amigo! ¡Solo pasatiempo!

El viajero guarda silencio: no quiere discutir con tipos como este, que le dan mala espina. Y rara vez se equivoca en sus intuiciones.

—¿Chiquitillo o chiquitilla? —pregunta Trotski a la pelirroja.

—Chiquitillo.

El viajero alcanza a ver un mechoncito castaño que sobresale entre las mantas.

Siguen escuchándose los quejidos lastimeros del perro en cubierta. Troski se envalentona y dice en voz alta, sentado de espaldas a la barra, con intención:

—Hay cosas que no comprendo en este mundo. Por ejemplo, que haya personas que sean capaces de dejar a un animal bajo la lluvia y sufriendo.

El pirata, de espaldas, la pilla al vuelo, y pregunta sin volverse al interfecto.

—¿Y qué quiere que haga?

—Muy sencillo: meterlo dentro —contesta Trotski, siempre de espaldas.

El pirata se queda desconcertado, hasta que reconoce:

—Tiene usted razón.

Y se dirige hacia la puerta de proa.

—¡Eh! ¡Que está prohibido tener animales aquí dentro! —avisa el camarero.

—¡Por mí como si...! —farfulla, regresando a los pocos segundos con el animal de la mano, que deja a su paso un largo reguero de agua por el suelo.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? —grita el camarero irritado.

—Sí: me doy cuenta de lo que estoy haciendo, contesta el pirata, mientras saca un pañuelo del pantalón y comienza a secar el lomo al animal sin hacerle caso. El camarero lo toma como una afrenta personal. La pelirroja desvía la mirada, mientras el camarero sigue gritando, lo que le impide escuchar el ladridito trémulo que surge del fondo de la canastilla. La pelirroja mira nerviosamente hacia el techo con cara de circunstancias y da golpecitos en el suelo con el tacón.

—¿Pero no le he dicho que está prohibido?

El pirata sigue en lo suyo.

—Oiga, señor —amenaza el camarero—: que le estoy hablando.

—Sí, ya le escucho, ¿y qué?

—Que saque inmediatamente a ese perro. Que no se pueden tener perros aquí dentro. Que están prohibidos los animales en el barco. ¿Me oye usted?: pro—hi—bi—dos.

—¡Prohibido! ¡En esta vida todo está prohibido!

El camarero le mira desafiante. Se pone en jarras. Se lleva una mano al pelo. Se da media vuelta. Resopla. No sabe qué hacer. Al fin, llama al oficial por el telefonillo.

—Oficial, ¿puede bajar usted? Es que aquí hay un hombre que...

El oficial, que baja a los pocos minutos, jadeando, es un sesentón de barriga descomunal y cuello carnoso de papada de toro que emerge desde una camisa blanca en la que relucen los galones dorados de su cargo. Se detiene en el centro del bar, de espaldas a la pelirroja, rozando con sus corvas el borde de la canastilla.

—Señor, ¿No le han dicho que aquí no se pueden tener perros?

—Sí, pero...

La música sigue sonando, cada vez más estridente.

El viajero aguza el oído.

—¡Pero.....erro!

—Las órd.....son.....s

—¿Pero no ve us .....ayendo?

—Lo.....cho, per.....ido!

El capitán ordena al camarero que baje el volumen de la radio. El pirata grita:

—¿Y si hay otro perro aquí dentro, qué?

La pelirroja se sobresalta. Trotski, de espaldas al oficial, amenaza al camarero con el puño cerrado. El oficial sentencia, sin advertir el cruce de miradas:

—Haría lo mismo. Lo echaría fuera.

El pirata se sulfura y levanta violentamente en el aire su brazo tatuado; pero no es para pegarle un puñetazo al oficial (como piensa el camarero y desea el submarinista); ni para delatar a la pelirroja (como teme el viajero), sino para bajarla lentamente, agarrar la correa y llevarse, entre el asombro general, a su perro.

En ese preciso instante el cachorrito asoma la cabeza entre un pliegue de la manta. Pero el camarero ha levantado el mentón en señal de victoria y no se da cuenta; lo mismo que el oficial, con el hociquito del animal a la altura de sus corvas y casi a punto de morderle, que repite de nuevo, solemne, triunfal y programático:

—Las órdenes son órdenes. Y mientras yo esté aquí, al mando de este barco, se cumplen a rajatabla. ¡Ni un perro dentro!

—¡Mira, mira!

Una voz avisa desde cubierta que estamos llegando a la isla. El oficial regresa a su puesto. En la negrura, entre hilachas de niebla, brilla la luz fosca del faro.

El viajero sale a cubierta. El buque logra atracar con dificultad y los viajeros descienden lentamente. Al fin, en cuanto pisa tierra firme, la pelirroja saca el cachorro de la canastilla y lo exhibe insolentemente a lo largo del puerto. Desde arriba el camarero la mira sin darse cuenta, o eso finge al menos. El último en bajar es el marinero con su perro, que sigue a pecho descubierto a pesar del frío cortante de la noche y que ha demostrado ser —como el viajero intuyó desde el primer momento (y suele equivocarse pocas veces en sus intuiciones)—, un tipo de una pieza: lo que se dice un caballero.

El muelle queda desierto. Turner, virado en negro. Un paisaje minimalista, en este caso, de *splendor vacui.* El solitario del barco recorre ahora el espigón del puerto y su figura se recorta a intervalos sobre el haz gélido de la luz del faro. Es esta y no la anterior —piensa el viajero— la imagen de la tristeza; porque en un barco, aunque se

haya perdido todo, siempre queda la esperanza del puerto; pero aquí, en esta isla del fin del mundo, qué absurda la ilusión, qué inútil parece la espera. Salvo para ti, Brandán.

Localiza cerca del muelle una camioneta (*guagua* la llaman aquí) de transporte público. Según su mapa, la Villa debe quedar a diez kilómetros, agazapada entre las montañas. Pero en cuanto el viajero sube a la camioneta, el conductor desciende del vehículo y, ante su desconcierto, comienza a correr hacia un extremo del puerto hasta perderse en la oscuridad, dejándole solo.

El viajero tiene mala experiencia con este tipo de gente. Ha pasado demasiadas horas a bordo de camionetas americanas, matatus africanos y guaguas caribeñas. En Centroamérica se juega uno la vida cada vez en esos autobusitos renqueantes, viejos transportes escolares comprados por cuatro dólares al Tío Sam, con gritones que suben y bajan los bultos desde la vaca al suelo, como si fueran acróbatas de trapecio. Trastos que sólo arrancan cuando no cabe un alfiler y los viajeros están a punto de explotar, apretujados entre fardos, palanganas, canastos con frutas y jaulas con pájaros. —*¿Cuándo saldremos? —Cuando estén todos, señor. —¿Y cuándo estaremos todos? —Ah, cuando esté todo lleno, señor.* Es decir: cuando no quepa absolutamente nada más, ni un alfiler.

Se resigna a esperar una hora, dos, tres, la noche entera, hasta que esta camioneta se atiborre. Pero en estos momentos, salvo el solitario del faro y él, no queda nadie en el puerto.

Pasan los minutos. Un cuarto de hora. Se dispone a dormir. Kapuscinski aconsejaba dejarse las prisas en Europa durante estos viajes y armarse de paciencia. Si el carro se te estropea en Bolivia o te topas en los Andes del Perú con un huaico que ha desgajado un tramo del camino, resígnate a pasar la noche al raso y aguardar a que venga a salvarte —si viene— otra *guagua*, al día siguiente. O al otro.

Olvídate del tiempo: cien kilómetros en la India o en los Andes significan seis o siete horas de viaje; a veces, un día entero. Nadie en sus cabales hace demasiados cálculos sobre la hora de llegada. Además, es más que probable que el chófer de esta camioneta esté *compinchado* con los atracadores del camino. Así que acomoda tu mochila, ponte cómodo, duerme, no te irrites, descansa.

En esto se presenta el chófer con una pareja de tortolitos, pidiéndole disculpas al viajero y explicándole, mientras pone el motor en marcha, que estas criaturas acababan de llegar a la isla de luna de miel, y como pensaban que, por la hora que es, ya no habría transportes aquí, se disponían a subir hasta la Villa a pie, los pobres, por un camino de cabras, cargando con sus maletas, pensando que la Villa queda cerca. Afortunadamente, él les ha visto a lo lejos y ha salido corriendo tras ellos; ha tenido que subir parte de la cuesta para traerlos, pero aquí están, y perdone usted que no se lo haya explicado antes, cuando me iba.

—No se preocupe —contesta, el viajero, que no acabará de aprender nunca que las malas experiencias son el equipaje más inútil de cualquier viaje.

Mientras les acerca a la Villa, el conductor samaritano les va contando la historia de esta isla con el orgullo del anfitrión que enseña la sala de estar de su casa.

—Miren ustedes, tiene 278 kilómetros cuadrados y es la más pequeña del archipiélago; pero la ciudad no la verán hasta que la tengamos encima, porque está a setecientos metros de altitud.

Los tortolitos escuchan con asombro, con las manos entrelazadas.

—Pero no piensen que la pusieron aquí por capricho. Fue para defendernos de los invasores. Primero, vinieron los europeos, que se llevaron a los indígenas para venderlos como esclavos; luego, los colonos, que serían unas cuarenta familias. Y no se crean que ahora somos muchas más: esta es una isla muy pequeña. Después llegaron los piratas… Y ahora, cuando al fin podíamos vivir en paz —dice, guiñando un ojo— nos invaden ustedes: ¡los turistas!

La carretera serpentea entre las sombras hasta que se descubre un chisporroteo de luces tras el recodo.

—Ahí la tienen. ¿Bonita, verdad?

El viajero se queda deslumbrado. Ama estos encuentros furtivos con las ciudades bajo el embozo de la noche. Así, en la noche descubrió Tegucigalpa, Estocolmo, Bombay… Era también una noche cuando el viajero la conoció en Nápoles, en aquel verano interminable. Muchas ciudades, al igual que las mujeres, pierden su encanto cuando el sol mañanero les desvela el rostro. Hasta ese momento, sin embargo, qué ilusión de belleza, qué fantasías, qué mundos fabulosos parecen custodiar.

Si siguieras a mi lado… qué hermoso seguiría siendo Nápoles.

Amas a una mujer y cuando te abandona, te arrebata el universo entero: se lleva con ella los paisajes, las músicas y los colores; y descubres que los amabas sólo porque eran suyos, porque ella los miraba.

Cuando te deja, su ciudad, al igual que su rostro, se va difuminando en el olvido, deslizándose por las laderas de la memoria: y los muelles, la fortaleza junto al mar, las callejuelas húmedas, los gatos huidizos, la miseria de los barrios bajos y el perfil amenazante del volcán se convierten en una pesadilla que deseas, y no puedes olvidar cuanto antes.

—Ya que estamos en familia —dice nuestro samaritano, guía y anfitrión— me desvío de la ruta y les acerco al hotel. ¿A qué hotel van?

La economía del viajero sólo alcanza para pagar la modesta paz de una pensión, que se alza en un extremo de la Villa, ante cuya puerta le deja este amable conductor.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, caballero; para servirle.

La pensión tiene, como esperaba, un zaguancito sin pretensiones; un rosario de macetas con flores desvaídas en la escalera y un sofá de plástico de un rojo soviético y chillón, en el que dormitaba hasta hace pocos minutos este anciano amable que, tras despertarse, consulta su reloj —las dos de la noche— y le indica, bostezando, el número de su habitación. Es la siete, en el primer piso.

El viajero respira aliviado al cerrar la puerta: no es el camaranchón que se temía. Un aparador de estilo colonial divide el espacio en dos. Sobre las baldas vacías, una máscara

africana y un pato de escayola. Se escucha a lo lejos el run—run de un motor averiado. Una lavadora vieja, quizá. No: son los ronquidos del huésped del cuarto vecino.

Rendido por el cansancio, se desliza entre las sábanas.

Al fin.

Apaga la luz.

Intenta dormir hasta que lo detecta.

—¿No me puedes dejar nunca en paz, en ningún viaje?

Pulsa de nuevo el interruptor.

—Esta vez no me amargarás la noche, cabrón.

Va hacia él, lo captura y lo arroja al fondo del armario.

Vuelve a acostarse.

Pero él sigue, implacable, terco.

Abre la puerta de baño y decide poner en práctica la solución final.

SEGUNDO DÍA

CUANDO EL VIAJERO entra en el baño, bostezando, se encuentra con una visión daliniana: en el seno blanquecino del lavabo se mece un reloj de pared que marca las ocho en punto. Se acuerda de su mala memoria y lo devuelve a su lugar antes de ducharse. Segundos después, el agua se desliza inclemente sobre su epidermis, rápida y traicionera, pasando del hielo al fuego y de la llamarada al témpano. Gira una y otra vez el botón, intentando controlar el desastre: imposible. Al fin, mientras se seca, no sabe si medio aterido o medio quemado, contempla por el ventanuco del baño lo que debe ser la Villa, dormida aún entre los vapores de la bruma.

Es una imagen extraña. No esperaba encontrarse con este *brouillard* espeso, más propio de un Lyon o de un Londres que de una isla perdida en el océano; ni con esta atmósfera lechosa, tersa, como de seda antigua; pero el engaño acaba enseguida, al descubrir, tras un jirón de la niebla que empalidece los colores, las siluetas de unas casas blancas. A lo lejos, mecidas por los alisios, se cimbrean dos palmeras.

Y entre la niebla sigue la Villa media hora después, cuando el viajero se dispone a recorrerla. Se topa en el zaguán con el dueño de la pensión, un anciano regordete de bigotillo blanco:

—Buenos días, señor.

—Muy buenos días. ¿Conoce un sitio para desayunar?

—¿Cómo no? Tome usted a la derecha y luego...

Aunque sigue sus instrucciones al pie de la letra, el viajero se acaba perdiendo. No logra orientarse entre la neblina. Sube y baja dos veces por la misma cuesta entre bocanadas de viento; anda, desanda, vuelve a andar y a desandar lo andado, hasta que se cruza con una anciana vestida de negro.

—¿Sabe dónde está el bar?

—Detrás de usted.

Si es un perro, le muerde. Sobre su cabeza, un letrerón de cuatro metros: BAR. Entra. Es el primer cliente del día. Se sienta junto a las cristaleras.

Mientras aguarda a que el camarero le atienda, se deleita contemplando la silueta huidiza de esta Villa, que no es una ciudad propiamente dicha, sino un conjunto de lomas aburadas, donde los caseríos, de una o dos plantas, se alzan acá y allá, donde le viene en gana, como confetis blancos caídos al azar: unos, en los riscos y otros, en la

ladera verde o más abajo, en la vaguada; siempre, con las fachadas mirando hacia el océano.

A medida que se diluye la niebla, el paisaje endurece sus perfiles: de Leonardo a Dufy. Las veladuras rosadas del *sfumato* se vuelven rojas, para transformarse luego en bermellones rotundos, con esas tonalidades que tanto gustan a los napolitanos.

En este lugar por fortuna, ningún arquitecto local se ha propuesto *urbanizar* el espacio según los cánones del racionalismo.

¡El racionalismo! Aquella plaga, aquel dogma sin herejes, aquella moda para arquitectos de ricos, acabó alineando las calles y las plazas de medio mundo en hileras uniformes, con disciplina idiota. ¡Cuántos pueblos y ciudades aniquilados, víctimas ofrecidas al moloch de *lo racional*! Y las ciudades que los verdugos de occidente no lograron sacrificar, fueron militarizadas en el mundo comunista y convertidas en batallones cuadrangulares de ladrillo gris.

Aquí, no; en esta Villa reina aún —¿por cuánto tiempo?— la fuerza y el desorden de la historia, la pasión anárquica del corazón humano, la espontaneidad salvaje de la vida.

Se acerca el camarero.

—¿El ayuntamiento queda cerca?

—Arriba lo tiene usted.

—¿Y la plaza?

—Esa es.

—¿Y la iglesia?

—Abajo. No obstante, desde aquí se ven muy bien.

Tiene razón este camarerillo enclenque de barba cerrada y nariz eterna: desde este ángulo, el ayuntamiento, la plaza y la iglesia se ven muy bien; sólo que en vez de estar dispuestas en el mismo plano, como en la mayoría de las ciudades del mundo, se ofrecen a la mirada casi en vertical. Si se estira la cabeza hacia arriba, se atisban, con esfuerzo, los escalones de la puerta del edificio municipal; y si se inclina uno hacia abajo, descubre, cuando está ya a punto de romperse el cuello, el pináculo de la iglesia: un campanario blanco y desmochado que descansa sobre un arco ciego, con reloj y barandilla de madera. Más que campanario parece faro, atalaya de señales o torreón de castillo. Está pidiendo a gritos un remate para su cúpula acebollada: una cruz, una veleta, una espadaña, un pararrayos, algo.

—A lo mejor allí arriba tenía una imagen, una veleta...

—Puede —asiente el camarero, sirviéndole el café.

—…y se la llevó el viento.

—¡Pues puede ser también!

—O la tiraron por cualquier causa: un motín... Porque aquí habrán tenido ustedes guerras y revoluciones, como en todas partes...

—Claro.

—O invasiones de piratas...

—Eso.

—O quizá le cayó un rayo.

—Vaya usted a saber.

—¡Uf! Yo no sé nada —concluye el viajero, exasperado por tanto asentimiento. Paga su cuenta, abre su mochila, saca el mapa y lo despliega sobre la mesa. Los mapas ejercen un efecto mágico sobre él: podría pasarse días remontando torrentes, atravesando cordilleras y conquistando cimas imposibles. Es el privilegio del verdadero caminante: recorrer los territorios de la fantasía sobre un papel, porque viajar es sólo otra forma de soñar.

En su mapa, como en el de Brandán, hay gargantas y desfiladeros que sólo la fe puede atravesar. Eso explica que el irlandés arribase a esta isla confiado y gozoso: «*Como le llevaba un viento favorable* —escribe Benedeit— *llegó enseguida, aunque tuvo que atravesar un mar extenso: porque así camina el que Dios le guía».*

El pobre monje, aseguran, vino hasta aquí recorriendo el camino de la felicidad. La fe y la confianza eran su brújula, su carta de navegación y su mapa interior. Era un mapa mejor que este, sin duda, que ofrece todavía los colores calientes de la impresión y una lámina sin dobleces. Con el paso de los días, como todos, este mapa acabará resquebrajándose y las humedades borrarán los nombres de los lugares; pero no importa: el viajero espera guardar en su memoria la belleza del camino recorrido, como se guardan los recuerdos de los amores de juventud en el fondo de los baúles de la vida, prendidos entre el olor de los membrillos.

Gracias a este mapa, cuando el viajero lo desee, podrá retornar a esta isla soñada con el corazón y la memoria, aunque su lámina se haya vuelto rugosa y esté llenas de heridas, como las que deja en el rostro el paso de la vida. ¿Tendría razón Mauriac, que no se movió de su Burdeos natal, cuando decía que todos los males del mundo provienen de no saberse estar quietos en el sillón de la propia sala de estar?

Las nueve en punto.

—Hasta luego —dice el viajero, saliendo del bar y despidiéndose del camarero asentidor—. Voy a darme una vuelta, ahora que ha salido el sol.

—Bien. De todas formas, sepa usted que esta isla es muy suya. No se la conoce al momento. A una hora está de esta forma, y a otra hora, de la otra. No obstante, a veces llueve.

El viajero se asombra de esta locuacidad repentina.

—¿Llueve mucho? ¿Como para llevar paraguas?

—Hombre no, como para eso, no. Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo que llueva.

—Ah.

—Porque a unas horas hace frío y lluvia; y a otras horas hay niebla. O hace calor. Y en esta isla, cuando se pone a hacer calor...

—¿Sí?

—Cuando hace calor… ¡hace una calor!

En la disyuntiva de estrangular al camarero o darse una vuelta por la plaza, el viajero opta por lo segundo aunque, más que plaza, esto sea un abanico de plazoletas que van

sucediéndose en cascada, una tras otra, desde la explanada del Ayuntamiento hasta la de la iglesia, cuya torre —como le informa un vecino erudito— estaba rematada por una imagen de la Virgen, que los ediles llevan restaurando desde hace bastantes, muchos, demasiados años.

También se entera, gracias a este vecino que toma plácidamente el fresco mañanero sentado en un banco, de que la antigua iglesia se derrumbó en 1769; y que esta plaza se llamaba antes *Plaza de Pedro Quintero Núñez, Virrey de Manila*.

—Pero de Virrey, nada, oiga; que el tal Quintero no pasó de alcalde.

—No me diga.

—Sí le digo. Si es que estos paisanos... ¡tienen una imaginación! ¡Y hacen una cantidad de cosas inútiles! Mire, le voy a contar…

El viajero piensa, en contra de la opinión de este buen señor que le habla con la seguridad del hombre que ya ha resuelto todos los crucigramas de la vida, que estos paisanos, amén de ser gente de confianza, hicieron muy bien con inventarse ese título, porque se merece un virreinato y mucho más esta plaza única, con un sinfín de balaustradas, jardincillos y maceteros.

Cuando se despide de su informante, se queda contemplándola. A medida que las escalinatas descienden hacia el océano, las glorietas se van entrelazando entre sí mediante pérgolas y parterres, con la pomposidad exuberante de una señorona de provincias. De acuerdo: estas florestas abigarradas con recovecos pintados en corinto, este cúmulo de escaleritas hacia arriba y abajo, son perfectamente inútiles: tan inútiles como hermosas. El conjunto, con jardines que parecen breves selvas tropicales rebosantes de laureles y los flamboyanes, compone una estampa llena de gracia y dulzura; una dulzura melancólica y blanda, casi portuguesa.

Esta plaza, a la que sólo le falta, para convertirse en cuadrito de Fragonard, un columpio y tres *mademoiselles* alocadas, esconde toda la trampa de la vida. Pero el viajero no es purista: al igual que aquellos murales pintados de las fotografías antiguas, en las que nuestros abuelos posaban con el fondo de unas escaleras imperiales o unos cortinones imposibles, la mentira de esta plaza ayuda a estos isleños a vivir. Y todos necesitamos un sueño que nos consuele antes de que caiga la noche.

Pero no va a pasarse el viajero todo el día contemplando esta plaza, por hermosa que sea. Sube hasta el Ayuntamiento que, como suponía, está cerrado, y desciende hasta la iglesia. Contemplada desde abajo, muestra a las claras sus ínfulas de catedral, con sus muros excesivos, sus arcos desproporcionados y sus contrafuertes de pesada cantería negra. Se le acerca un matrimonio entrado en años.

—¿Busca la Vicaría?

El viajero se estremece. Es lo último que se le ocurriría buscar en estos momentos.

—No; sólo daba una vuelta.

—Pues tenga cuidado, no se le vaya a caer el mapa —avisa la señora— porque lleva la mochila sin cerrar.

El viajero agradece la advertencia, asegura su mochila y comienza a hilar la hebra con estos señores, hasta que llegan a las inevitables presentaciones. La señora da un respingo

al escuchar su apellido:

—¿No será usted pariente de don Gervasio, verdad?

El viajero, que no conoce al tal don Gervasio, se precipita y le contesta que es posible; porque vaya usted a saber si no será un pariente lejano suyo, ya que hubo un capitán con su mismo apellido que vino a esta isla allá por el siglo dieciocho o el diecinueve; ayer, como quien dice...

—Pues menos mal —respira, aliviada— porque don Gervasio era mi maestro en la escuela y nunca me olvidaré de los coscorrones que me daba. Me pegaba todos los días con un anillo de piedra dura que tenía. Me daba aquí, ¿ve?

Y le muestra una pequeña calva, oculta bajo la melena, y una cicatriz.

—Un día porque no me sabía la lección y otro, por lo que fuera. Era una tortura y yo no me atrevía a decírselo a nadie, y menos, a mi madre. Miedos de niña... Hasta que un día, peinándome, me descubrió la herida. «¿Quién te ha hecho eso?». ¡Ay, cuando se lo conté! ¡Se fue caminando hasta su casa, en la otra punta de la isla, y no quiera usted saber las cosas que le dijo!

Al escuchar esto, el viajero abre rápidamente un abismo infranqueable entre su persona y el tal Gervasio; pero la señora continúa:

—Mi marido conoció a uno con su mismo apellido cuando hizo el servicio, ¿verdad Manuel?

El viajero tiembla al imaginarse las salvajadas que habrán podido hacer en el pasado los militares de su mismo apellido y procura desviar la conversación. Imposible.

—Es que mi marido tiene una memoria prodigiosa. Yo no he visto nada igual. Se sabe toda la lista de su cuartel, de pe a pa.

—Mujer —ataja el marido, modesto—, si es sólo de mi Compañía y además, eso para este señor no tiene interés.

—Anda, dila.

—¿Quiere usted que la diga?

—Claro que sí —miente el viajero—. Diga, diga usted.

Sonríe satisfecho, sin hacerse de rogar. Se yergue y tras tomar aire, empieza:

—Acosta Armas, Francisco; Acosta Pérez, Manuel; Acosta Sánchez, Baudilio; Bethancourt Martínez, José; Bethancourt Ramírez, Rafael…

—¡Ah, muy bien! Qué cu...

No hay quien le pare. Se le ve tan feliz que el viajero pone cara de muchísimo interés.

—...Machín Mayordomo, Pedro; Marín Bermúdez, Andrés; Mata Perdomo, Juan Antonio…

Al fin, cuando logra escabullirse, el viajero sube hasta el Ayuntamiento, en el preciso instante en el que el reloj da la campanada de las nueve y media. En el zaguán hay un cartel con el rostro de una muchacha de la isla, desaparecida.

—¿Busca los archivos? —le pregunta el conserje.

—Pues... sí —miente el viajero.

—Por esa puerta a la derecha.

Y hacia allá se encamina, pensando qué diablos va a preguntar cuando llegue a un lugar donde no se le ha perdido absolutamente nada. Sólo quería dar un vistazo al Ayuntamiento, pero ahora piensa que ver los archivos no le vendrá mal. Se queda perplejo porque, en vez del archivero de rigor de tantos organismos oficiales —un anciano miope y carraspeante, envuelto en una bufanda de lana— se encuentra con una belleza isleña de labios sensuales y ojos verdes, medio sepultada entre un montón de carpetas.

—Usted dirá...

—Pues esto... yo venía... a ver si encuentro...

Se ha quedado sin ideas.

—Algún dato de un antepasado suyo, ¿verdad? Pues, cuánto lo siento, porque no tenemos nada: hubo un incendio y se quemó el archivo entero. Vienen muchos de ustedes para eso, pero…

—¿Se quemó el archivo entero?

—Entero —dice apenada—. Parece que fue provocado, pero no está claro. Unos le echan la culpa al alcalde, que quería deshacerse de unos documentos que le comprometían. Es lo que dicen… Era jefe de un partido y le ayudaba su hermano. Murió al poco tiempo.

—¿Quién?

—El alcalde.

—¿De qué?

—De disgusto, por lo del incendio.

—En ese caso, no debió de ser el causante.

—Pues tiene usted razón... De todas formas, voy a mirar por si quedase algo. ¿Cómo se llama usted?

La archivera se sobresalta al oír el apellido.

—¡Ay, perdone!

—¿Qué pasa?

—Es que se llama usted igual que el alcalde. ¿No será familia suya, verdad?

El viajero niega tajantemente cualquier vínculo.

La archivera, aliviada, sale y vuelve a los pocos minutos.

—Nada de nada. Lo que le decía. Y no es usted el primero: hay muchos que nos escriben desde Venezuela y a todos les tenemos que decir lo mismo: se lo llevó el incendio.

—Vaya. Pues...

—Pues... buenos días —dice la archivera, sonriendo y despidiéndose, porque, a diferencia del viajero, tiene trabajo por hacer.

—Buenos días y muchas gracias.

—A usted.

Entendámonos: no es que el viajero no tenga nada que hacer. El viajero ha venido a esta isla para olvidar y para seguir los pasos de Brandán; y por eso se deja llevar de la mano

del conserje, de la archivera o de la casualidad, aunque no crea en ella. Dicen que Brandán, el irlandés, pasó por aquí hace unos mil quinientos años.

¡Qué gozo el mío si hubiera podido peregrinar a tu lado, Brandán, con tu discípulo Mernoc y tus diecisiete hermanos, hasta la isla vecina —un islote, más bien— a la que bautizaste como la Isla Prometida!

Siete años duró tu viaje, si es cierta la crónica de Sigeberto de Glembours; aunque según Eustache de la Fosse, que visitó estos lares en 1479 con unos marineros lusitanos, Brandán no fuiste un irlandés, sino un obispo de Portugal, fantástico y nigromante, que se refugió en la Isla Prometida, embrujándola de tal modo que los marineros, aunque veían pájaros al navegar por este cuadrante, no la divisaban nunca. Cosas del encantamiento.

No es cierto: siempre he creído a pies juntillas en las aventuras del monje de Irlanda, que buscaba el paraíso terrenal y lo encontró. Los juglares cantaron sus andanzas durante la Edad Media por toda Europa, junto con las aventuras de Merlín, Tristán y el Rey Arturo.

Aunque hay que reconocer que a Brandán le perdió su simplicidad de monje: cometió el error de comunicar su hallazgo a los cuatro vientos, y eso provocó que tras su muerte —allá por el 577—, los comentaristas retorcieran su relato y le hicieran decir lo que jamás pensó: que la Isla no era, en realidad, más que el lomo de una ballena inmensa que se sobresaltó al sentir en su piel el calor de las brasas… cuando lo que le sucedió fue muchísimo más real e infinitamente más maravilloso. Como suele suceder, no le entendieron.

Los eternos chismosos llegaron a afirmar que Brandán pasaba cada temporada del año en una isla (¡el pobre monje, que no salió jamás de su monasterio de Clonfert!): la Navidad en la isla de los cenobitas; la Semana Santa, en la isla de las cabras bailadoras; y Pentecostés, en la isla de los pájaros...

O quizá fuiste tú en persona, Brandán, el que, irritado por tanta mentira, situaste mal la isla en los mapas de tu época, para que, a partir de entonces, cada viajero tuviera que peregrinar y buscar la felicidad por su cuenta. Si lo hiciste, te perdono: no tienes la culpa de la ignorancia de tus comentaristas, que llegaron a decir, con el correr de los siglos, que moraba en tu isla nada más y nada menos que nuestro llorado rey don Sebastián.

Aseguran que el mejor momento para ver tu isla «color de plata, un tanto oscura, perfilada, en medio del mar», son las mañanas de los días luminosos. ¡La isla del Deseo! ¡La Isla Prometida!

Quizá el viajero, que se dirige hacia allá, se convierta en un fracasado más, como aquellos que salieron en 1721 de la isla vecina en busca de la isla soñada. Se formó una comisión en el Archipiélago, compuesta por el Corregidor, el Alcalde Mayor y la flor y nata de los coroneles, teólogos y abogados de cada isla. Nombraron a don Juan de Medina Comandante en Jefe, Gobernador de San Brandán y Descubridor Oficial de la Isla, con dos requisitos:

Primero: que la descubriera;

Y segundo; que tomara solemne posesión de ella.

Don Juan de Medina estuvo todo un mes, que se dice pronto —desde el 10 de noviembre al 10 de diciembre de aquel año glorioso de Nuestro Señor—, mareando y mareándose por estos mares sin alcanzarla. ¿Qué terrible oleaje le hizo perder el rumbo? O más bien, ¿qué extraña ceguera?

***

En esto, el viajero se topa con la Oficina de Turismo, donde le atiende un tipo alto, con el pelo rapado al cero. Observa su mapa y le mira con conmiseración:

—Este mapa es muy malo. Lo mejor es que vaya usted andando desde aquí hasta la ermita de la Peña, por Guarazoca, y luego baje al Golfo por Jinamar...

—Yo pensaba bajar directamente por aquí, por el Camino de la Peña.

—¡Uf! No se lo aconsejo. Es muy peligroso. Da un mal paso y se va al fondo del barranco.

Pero el viajero es testarudo. El camino hasta Jinamar le supone un día más de viaje, y su mapa, grande y colorido —cualidades que le pondera— le indica todo lo contrario.

—Pero caballero: lo importante de un mapa no es que sea grande y esté impreso a todo color, como el suyo, sino que la información que le proporcione sea verdadera. Tome.

Y le da la fotocopia en blanco y negro. Es un planito esquemático, con anotaciones escritas a mano. El viajero toma el papelucho y se lo guarda en el bolsillo por simple educación, pero decide que bajará por el Camino de la Peña. El rapado le deja como un caso perdido.

—Haga usted lo que quiera. Pero si baja por ahí, recuerde, es bajo su responsabilidad…

El viajero dedica las horas siguientes a deambular sin rumbo, como un *flâneur,* por las calles de la Villa que, hasta hace pocas décadas tenían nombres que rezumaban el jugo de la vida: las Piedritas, el Puente, el Portillo, la Higuera Negra..., hasta que los sabios ediles del honorable Ayuntamiento del lugar acabaron con esas vulgaridades y decidieron bautizarlas con nombres de paisanos ilustres: una tropa de arqueólogos, acuarelistas y canónigos de la catedral de Nicaragua; clérigos secuestrados por corsarios moros y médicos rusos de nombres impronunciables; generales de galeras del Pacífico, latifundistas preclaros y víctimas del sangriento Martes de Carnaval de 1922; sin olvidar a un valeroso militar, don Nicolás, que se enfrentó, él solo, al poderío naval de Norteamérica; ni al egregio señor don Bartolomé García del Castillo, escribano del siglo XVIII, autor del famoso opúsculo titulado *Relación de los prodigios que ha obrado el águila más elevada, fénix de los divinos incendios, el sol del cielo militante, el norte de verdaderos católicos, el maestro de los maestros sagrados, el patriarca de treinta y cuatro religiones, el gran Padre, Luz y Doctor de la Iglesia, San...*

El viajero se divierte al encontrar entre muchos rótulos los apellidos de sus antepasados: este recorrido por la Villa se va convirtiendo en un insospechado paseo por su árbol genealógico.

Enfrascado en estas cavilaciones, cae en la cuenta de que es casi la una del mediodía y decide entrar en una tienda de comestibles.

—Perdone, ¿a qué hora cierran?

—A la una en punto; es decir, dentro de cinco minutos; ni uno más ni uno menos, porque yo soy muy estricto en eso —le dice el dueño de la tienda, un tipo de cabeza poderosa y pelo cano, que está alineando junto a su esposa las barras de pan en el mostrador—. Pero si usted se da usted prisa, le espero.

—Gracias. ¿Tiene conservas?

—En la parte de atrás.

En la parte de atrás hay cepillos de dientes, maquinillas de afeitar, frascos de perfumes, cintas para el pelo... y aquí están las conservas: una lata de maíz, otra de espárragos blancos y un zumo de piña. Esa será su comida de hoy.

—¿Que tal está usted? ¿Y su hija? —pregunta el dueño a un anciano encorvado sobre su bastón que acaba de entrar en el local.

—Se ha vuelto ya.

—¡Pues, hala, ahora, a disfrutar! —exclama el dueño—. Solo, tranquilo y en casa, que es como mejor se está.

—¡Calle, calle! —le corta en seco—. Y no digo nada más porque está aquí delante su mujer.

—¡Uy! ¡Por mí diga lo que quiera! —ríe la dueña.

—¡Como mejor se está…! Qué daría yo por tener a mi mujer y...

—Hombre, hombre, si se lo decía en broma. Si era sólo hablar por hablar.

—¡Nada! ¡Que no me gusta estar solo!

—¿Y a quién…? —le consuela la dueña—. ¿A quién le gusta la soledad?

—Solo... ¡ni para beber agua! —remacha el anciano, que se da la vuelta furioso y sale de la tienda, dando un portazo.

Los dueños miran con pena al anciano, que regresa a los pocos segundos.

—Qué cabeza tengo. Vengo a por pan y me voy sin él. Deme usted una barra pequeña.

El dueño pregunta al viajero, para cambiar de conversación:

—Usted es de por aquí, ¿verdad? Su cara me suena.

—No, es la primera vez que...

—Pero tendrá parientes en esta isla.

—Ni uno —ataja, escaldado con las parentelas.

—Bueno, no importa mucho. ¡Si en esta vida todos somos parientes!

El viajero se queda desconcertado.

—Mire usted —prosigue—. Aquí viene gente de todas las partes y nos llaman *extranjeros*. Y nosotros a ellos. Pero tanto ellos como nosotros, ¿qué somos? Todos de aquí; y al mismo tiempo, todos extranjeros: hijos de celtas, de romanos, de godos; un revoltillo de judíos, moros y cristianos. Y en estas islas, más revoltillo todavía: indígenas, europeos, africanos, americanos, indios... De todo verá usted por aquí. Por eso le digo yo que todos somos parientes, todos mestizos. ¿No piensa usted que...?

Sí; efectivamente, el viajero piensa lo mismo; y charlando, charlando llegan hasta los romanos, y luego, hilando la hebra, hasta Venezuela, isla soñada de estos isleños, que ya sabe usted que de esta isla se van allí para volverse y comprarle al rico la tierra que trabajaron de pobres antes de marcharse. «Es la llamada de la tierra», dice el viajero, pero el dueño de la tienda no le escucha, y sigue contándole que de este tierra pasan a Cuba. Y después de hablar de Cuba pasan al tango:

—¿Sabe usted que el tango se inventó en esta isla?

—Pues no lo sabía.

Y del tango pasan, minutos después, al absurdo de la guerra.

—Y yo me pregunto: ¿cómo es posible que la gente se mate por algo que sucedió cuando todavía no había nacido su abuelo? Cada generación lo mismo y no aprendemos.

Su esposa se despide, presintiendo que esta charleta va para largo.

—¿Sabe —le cuenta el dueño (que se llama José, aunque en la isla le conozcan por don Pepe) en tono de confianza, en cuanto se marcha su esposa—, qué acabo de descubrir? Tengo casi setenta años y he descubierto…

—Dígame usted…

—He descubierto que todo lo que creía de niño… es verdad.

Y así siguen hasta que al cabo de media hora le dice:

—…pero se nos ha hecho tarde y tenemos que cortar. ¿Por qué no se viene esta noche al casino y le presento a don Juan, un amigo mío, y hablamos de historia y de filosofía, que a mí me gusta mucho? ¿Quedamos a la nueve?

—Muy bien.

—¿Qué hora tiene usted? —pregunta don Pepe, al despedirse.

—Las dos y cuarto.

—Pues ya va siendo hora de cerrar.

Tras el almuerzo, el viajero regresa la plaza y se sienta en un banco, frente al mar. Viera, el gran estudioso de estos pagos, tenía razón: esta pequeña isla es una «tierra de paz». Los isleños actuales coinciden con la descripción que nos dejó Thevet: «Lozanos, de buen aspecto y maravillosamente bien alimentados». A un viajero inglés del XVIII le parecieron indígenas de ojos negros y chispeantes. Y escribió que había aquí tanta gente hermosa en proporción al número de habitantes, como en Inglaterra: «Pues los ingleses, aunque aventajan a todas las gentes en finura y lozanía de la tez, tienen rostros tristes e inexpresivos por lo general cuando se comparan con los de estos nativos».

A otros viajeros, por el contrario, les parecieron sombríos y melancólicos: «Cantaban de manera de endechas tristes» cuenta uno. Para Madoz eran ágiles y vivaces, «aficionados al canto y al baile, y muy inclinados al matrimonio».

¿En qué zona del mundo habría encontrado Madoz personas sin esa inclinación para formular semejante teoría? A propósito de matrimonio: en el extremo opuesto de la plaza, junto a la pérgola, hay una pareja enzarzada en una discusión desde hace unos minutos. El viajero no entiende qué se dicen —más bien, qué se gritan— entre sí, y le extraña que el hombre —un tipo desgarbado, con pantalones de pescador— le señale varias veces con el índice.

Ignora por qué le mira y por qué le señala una y otra vez de semejante modo; pero pasa de largo y regresa a su pensión donde da unas cabezadas hasta las nueve: el tiempo justo para llegar a la tienda de don Pepe, que le acompaña hasta el Casino.

NOCHE DEL SEGUNDO DÍA

—¿ESTE ES EL casino viejo?

—No. Ese lo cerraron.

Y le explica don Pepe que este casino de la calle del Teatro es el único que les queda, porque antes tenían tres: *El Principal*, que era para los ricachones; el de *La Aurora*, para la clase media; y el que llamaban *El Cabo*, al que iban los pobres. Y tenían además, un Gabinete Instructivo y una Real Sociedad de Damas.

El Principal —concluye el viajero— era el verdadero casino, y el resto, modestas imitaciones. Era un cenáculo exclusivo para gente de lustre, con maceteros y grabados ingleses, mecedoras de rejilla y aparadores de cresta historiada, con saloncitos de relumbrón en los que las señoras debían morirse de tedio durante los inviernos, escuchando a una orquestina que sólo se atrevía con habaneras al estilo de:

Vámonos a la mar,
vámonos
con su dulce vaivén…

El viajero los imagina, los ve casi, charlando entre bostezos de alta política, tormentas marinas y cochinas a punto de parir bajo estos techos de molduras doradas. Al fondo habría una mesa de billar con el fieltro rajado y un pasillo con espejos delatores, donde las damas de la Real Sociedad susurrarían maledicencias a la luz de los quinqués. Y tras la barra, el mismo camarero gruñón de todos los casinos del mundo hablaría de las chinitas de rostro de porcelana que conoció en Asia, cuando era cocinero de un barco mercante; y de todas las mujeres, blancas, negras y mulatas con las que se había topado en sus andanzas.

El Principal tendría, además, un lamparón de almendrones en el vestíbulo y otro aún más grande en la sala de baile, donde se organizarían rigodones los domingos y fiestas de guardar y se cantaría con ansia, respirando hondo y marcando el paso, como si fuese una marcha militar, aquello de:

Mi madre fue una mulata
y mi padre un general;
yo…
teniente de una fragata

que va y que viene
para ultramar...

Y no faltaría tampoco una sala de lectura para leer *La Ilustración Europea y Americana* y un saloncito para los conciertos de piano. Debió ser el lugar perfecto para los comadreos provincianos, aderezados con pullas y risitas malintencionadas, amén de la puesta al día del escalafón militar.

—Pues sí señor, que así debió ser —asevera don Pepe.

A pesar de todo, los socios de *El Principal* debían ser buena gente: unos ricachones del tres al cuarto, que pasarían inadvertidos en los grandes salones de la metrópoli, pero que en este decorado pretencioso lograrían provocar la envidia de sus paisanos (que era de lo que se trataba) y la indignación de aquel capitán de milicias (según las malas lenguas, un picapleitos y un buscabelenes) que comenzó a gritar, cuando no le admitieron como socio en el casino, tras la tercera votación:

—¿Pero ustedes qué se piensan, que tienen el rabo blanco?

Los socios del Casino le entendieron bien, porque muchos de ellos habían sido pastores antes de volver de Cuba; y la expresión hizo fortuna: desde aquella jornada memorable los *rabos negros* de la isla critican sin cesar a *los rabos blancos* en las bullangas populares; y los *blancos* evitan cualquier parecido con los *negros* en sus keermeses y saraos: desde el color de las camisas hasta la forma de pronunciar las eses.

Pero dejemos estos asuntos, porque en el salón principal les espera don Juan, sentado en la penumbra, junto a un velador de mármol. Tiene el aire grave y patricial de un séneca isleño; y el viajero le tomaría por un setentón de aspecto lustroso si no le asegurara, tras las presentaciones, que hace dos años cruzó la raya de los ochenta. Sus manos fibrosas se apoyan en el bastón con la energía de un *condottiere*.

Mientras el viajero toma asiento, don Juan le taladra con sus agudos agudos como cerbatanas, semiocultos bajo una oleada de arrugas que parecen talladas a cincel. El reloj marca las nueve en punto.

—¡Hombre! Yo tenía una abuela, mi abuela Ana, que se apellidaba igual que usted. ¿Tiene parientes aquí?

—En absoluto.

—¿Seguro?

—Segurísimo —dice el viajero, escaldado, que pregunta, cambiando de tercio:

—Y usted... ¿también ha estado en Venezuela?

—¡Naturalmente! ¡Toda la isla ha estado en Venezuela!

Don Pepe matiza: toda la isla, no; es una forma de decir, pero pocas familias habrá que no tengan un pariente allí. Y sugiere comenzar hablando de filosofía... Pero don Juan ya ha empezado a contar cómo se fue para allá a comienzos de los cuarenta.

—Me fui de polizón, naturalmente. Eran los años el hambre. Trabajaba en el campo y en esta isla había tanta miseria que comíamos raíces. Estaba recién casado, con un hijo pequeño y no tuve más remedio. Me fui a la otra isla, vi un barco que iba para América, y me subí en un descuido de los marineros. Venía de Barcelona y estaba lleno de italianos. Me encontré al Antonio, que me dijo: «¡Estás muy pálido! ¡Escóndete!». «Yo

no me escondo». «¿Estás loco? ¡Métete en un bote, que te van a detener!». «No; en los botes, no; ¡yo me voy con los italianos!».

Y con los italianos me fui. No tenía más ropa que la que llevaba puesta y noventa pesetas, que en aquellos tiempos era una cantidad. Me quité el palton, la americana, como dicen aquí, me senté entre los italianos y me puse a leer un libro que traía. Hasta que viene uno y me pregunta: «*Qué ora e?».* Saqué mi reloj del bolsillo sin decir palabra y se lo enseñé. Pasó de largo. Menos mal... Y en esas, se nos acerca una falúa de guardias civiles para inspeccionar. Empecé a sudar. Subieron, empezaron a buscar entre los botes y descubrieron a gente escondida... Uno, otro, otro... ¡Todos afuera! Yo seguía disimulando, haciendo como que leía, hasta que los guardias vinieron donde yo estaba, pero seguí leyendo y pasaron de largo. A mí la lectura siempre me ha salvado.

Levaron anclas, salimos del puerto y no se me olvidará mientras viva cuando pasamos por enfrente de esta isla y vi las luces de mi casa, donde dejaba a mi mujer y a mi hijo pequeño...

—Usted tenía entonces... ¿cuántos años? —pregunta don Pepe.

—Veinte. Y tenía que sobrevivir en aquel barco: comer y dormir durante la travesía. Lo primero no fue difícil, porque había muchos viajeros mareados que no bajaban al comedor; y yo, en cuanto veía un sitio libre entre las mesas, me sentaba. Hasta que a los tres o cuatro días se me acerca un italiano: «*Cosa succede? Lei è al mio posto!». «*Ah, muy bien, pues me voy», le dije, y ahí podía haber acabado la cosa, pero vino el camarero y me preguntó: «Y tú, ¿de qué mesa eres?». Yo hice como que no le oía, pero empezó a gritar: «¡Eh, eh, ven acá, ven acá!».

Comencé a correr por los pasillos, y menos mal que en aquel tiempo cualquiera me cogía: subí unas escaleras, me encerré en un baño y allí me pasé el día entero.

Por las mañanas subía hasta los camarotes de literas y cuando veía una cama libre, me acostaba. Y así estuve, paseando de noche y durmiendo de día, hasta que una noche escucho en la cubierta: «Schiss, schiss... ¿Puedes darme algo?». Era un muchacho de mi misma edad, polizón como yo, que venía desde Barcelona escondido en la bodega. Estaba muy pálido, porque llevaba varios días sin comer. «Mira —le dije— en la popa amarran por las noches unos bidones con las sobras de la comida. Hay pedazos de carne, de pan... ¡Anda, ve rápido, antes de que lo boten!».

Al día siguiente le volví a ver:

—¿Qué?

—¿Qué? ¡Gracias a usted me comí todo lo que había!

Pero aquel muchacho no tuvo suerte. Dos o tres noches después lo encontré baldeando la cubierta del barco.

—¿Qué le pasó?

—Nada; me pillaron y me tienen trabajando toda la noche. De día me encierran en un cuarto, pero por lo menos, me dan comida... —me dijo, abriendo los ojos como platos.

Así continué la travesía, hasta que llegamos a Puerto Cabello, en La Guaira. Oigo por los altavoces: *Los viajeros que se quedan en Venezuela, pasen para popa; los que van para Cuba, en proa.* No sabía qué hacer. Me había pillado de improviso. Tenía que

decidir en un segundo a dónde iba. Pues me voy con los de Cuba, para que no me pidan la documentación, me dije; pero vi en el muelle a uno de la isla, el Antonio, otro Antonio distinto del de antes, que al verme me preguntó por señas: «¿Por qué no bajas?». Yo empecé a decirle desde la cubierta, por señas también, claro, que estaba de polizón, pero no me entendía, hasta que se encontró con el otro Antonio, que acababa de bajar del barco, y le dijo que yo venía clandestino. Entonces vi cómo metía un papelito en una caja de cigarros y se lo daba a un marinero, diciéndole: «Por favor, llévele esta cajetilla a aquel paisano, que es pariente mío y va para Cuba».

—Perdonen que interrumpa —pregunta don Pepe—. ¿Usted fuma?

El viajero no fuma. Don Juan tampoco. Don Pepe comenta, mientras enciende el cigarro, que esta historia ya se la ha escuchado a don Juan, pero cada vez le parece distinta, porque siempre descubre un detalle y una chispa diferente; y sugiere que en cuanto termine, hablemos de filosofía y de historia, que es a lo que hemos venido, porque...

Don Juan asiente y continúa:

—Eso. Y me dije: él sabe que yo no fumo, aquí hay gato encerrado. Me dieron la cajetilla y encontré dentro el cartón que pedían en la salida. Era un cuadradito con un número. Me puse en la fila. «¿Y tú? —me preguntó un marinero, escamado—, «¿no tienes maleta?». Le contesté no sé qué y le pedí al que venía detrás que me dejara una de las suyas.

En esto llegamos hasta el policía, que me dijo, sin hacerme caso: «Siga, siga».

—Es curioso —comenta don Pepe—. A veces la vida se decide en un segundo. Si usted no llega a encontrarse con el Antonio, acaba en Cuba; y toda su vida hubiera sido distinta, ¿verdad?

—Verdad —asiente don Juan—. Bien... Ya estaba fuera del barco. Ahora tenía que salir de la Aduana. Fue más sencillo, porque había una soga grande en el muelle que separaba a los viajeros de los que venían a recibirlos, y en un visto y no visto me pasé al otro lado y allí me quedé, más quieto que una estatua.

—Y entonces se subió a un coche de policía —continúa don Pepe, intentando agilizar el relato.

—No: fue al revés. Me encontré con unos amigos de la isla: —«Pero, ¿cómo? ¿Tú, aquí? ¿A dónde vas?». Yo no sabía adónde iba. —«¡Pues te vienes con nosotros a Caracas!». Me metí con ellos en una camioneta, con tan mala suerte que al dar la vuelta nos hacen así con la mano unos policías y nos preguntan si los podíamos llevar. Y se sientan a mi lado. Yo iba temblando, pero mis paisanos no le dieron importancia y les preguntaron: «Si agarran ustedes a un emigrante sin papeles, ¿qué le hacen?». «Si no se mete en líos, nada». «¿Y si se mete en líos?». « Entonces se le detiene —dijeron— y se le envía para su tierra...». Aquello me dejó más tranquilo.

—Y empezó a trabajar con el camión —sigue don Pepe.

—Sí; me recorrí todo el interior: Barquisimeto, San Felipe, Puerto Cabello, Aragua... y dando la vuelta, todo el llano de Venezuela.

—Cuéntele, cuéntele cómo aprendió a manejar.

—Ah, muy rápido. Un día me preguntó Deogracias, que era el conductor: «¿Tú quieres aprender?». «¡Yo sí!». «¡Pues… ahí está el volante!». Así de sencillo: cambiamos de sitio y empecé a manejar. Era una carretera completamente recta: no había problema. Hasta que se nos adelantó un cochito y gritó: «¡Púyalo! ¡Púyalo! ¡Si es a mí no me pasa!». Yo apreté el acelerador, pero no lograba enderezar la dirección. «¡Que nos volteamos, que nos volteamos!», gritaba Deogracias. Menos mal que aquello es llano y el camión, desbocado, empezó a arrasar árbol tras árbol, y a perder velocidad...

—¿Y...?

—Nos bajamos. No había sido mucho, salvo el parachoques, que tropezaba con una rueda. Pero aquel hombre tenía solución para todo: lo amarró de un cable y seguimos adelante.

—Es una forma de aprender más barata y rápida que la de aquí —bromea don Pepe.

—Desde luego; y te pasan más aventuras. Por ejemplo, una vez que iba en el camión con Deogracias nos pararon dos mujeres. «¿Las llevamos?», me preguntó, guiñándome un ojo. «Sí», le dije yo, sin darme cuenta de que estaba anocheciendo. Y a medio camino, cuando le pareció a él bien hacerlo, para el camión, baja, abre el capote y dice: «Estamos accidentados. No nos podemos mover y tendremos que pasar la noche aquí». Y de repente, sube, agarra a la mujer que tenía al lado y se la lleva casi arrastrando hacia la oscuridad. «¿Qué hago?» pensé yo, mirando a la otra. Ella también me miraba... Los de esta isla tenemos fama de atacones, pensé… Pero luego me dije: «No. Yo estoy casado. No debo».

Entonces vi que la mujer se llevaba la mano al pecho. La paré a tiempo, porque era... ¡un revólver!

—«¿Y esto?», le dije. «Esto —contestó ella muy segura, muy fría— es para defenderme de los hombres atrevidos». «¡Pues vaya forma de defenderse! —le contesté —. Si te llego a tocar... ¿me hubieses disparado?». «Si te hubieras portado como ese, sí. Pero tú te has portado bien conmigo».

Al cabo del rato llegó Deogracias con la otra, subimos al carro y a la media hora o así, llegamos al pueblo. Y allí las dejó, diciéndolas: «¡Váyanse, váyanse! ¡No quiero verlas más!»

—¿Y así acabó la cosa? —inquiere don Pepe.

—Sí.

—¡Pues se libró de una buena! Mire que si llega a disparar... Esto… —insiste don Pepe, mirando el reloj— como ya va siendo tarde, podríamos comenzar a hablar de...

—¿Tarde? ¡Si ahora es cuando empieza lo bueno! ¿Usted tiene prisa?

—Yo, ninguna —dice el viajero.

—Entonces le voy a seguir contando…

Don Juan toma aire, mientras se afloja el nudo de la corbata. Don Pepe se arrellana en su asiento.

—Esto que les voy a contar ahora me sucedió con un capataz de la finca donde trabajaba. Era un tipo bronco y fuerte, muy violento, que tenía una hija muy guapa que pronto me tomó confianza. Una muchacha joven... Y se ve que yo a ella le gustaba.

Hasta que una tarde viene su padre y me dice: «Musuíto, venga. Tome este machete y sígame».

—*Musuíto* —explica don Pepe— es como llaman a los extranjeros en Venezuela.

—Yo me puse a temblar —sigue don Juan—. El tipo me llevó monte abajo, abriendo brecha con el machete, hasta que llegamos a un naranjal. Un naranjal hermoso, con naranjas grandes de California, y el río al otro lado, con una casa entre las plataneras. Un sitio muy bueno.

—«¿Ve usted esta vega?», me dijo. «Sí, la veo». «Pues yo le doy esta vega para que usted la cultive y todo lo que coseche es suyo. Y no es esto sólo. ¿Ve usted la casa de la niña?». «¿Qué niña?». «Bueno, ya no es tan niña, tiene ochenta años. Es una tía mía, que no quiere la casa. Yo se la pido a ella y usted se va a vivir allá. Y por el dinero no se preocupe, porque en cuanto se case con mi hija, yo le doy quinientos bolívares, para que me lleve la oficina». «¿La oficina?». «Sí, porque yo no sé más que poner una raya y usted sabe de números y letras». «Perdone, perdone usted —le comencé a decir— yo sé que su hija es buena chica, y es guapa, pero...» «¡Eh! —protestó furioso—. ¡Mi hija es bonita, pero guapa no!».

Don Juan se detiene para tomar un sorbo de agua. Don Pepe enarca las cejas con gesto expresivo, mientras don Juan explica:

—Es que *guapa*, en Venezuela, significa provocativa, desvergonzada.

—«Disculpe —le dije yo—: es que en mi isla quiere decir bonita». Se calmó: «¡Ah! ¡Eso ya es otra cosa! Porque mi hija, para que usted lo sepa, está estudiando en el Padre Mendoza». «Disculpe, disculpe». «Disculpado». «¿Entonces, que me dice?».

Don Juan hace otra pausa, con un guiño pícaro en la mirada. Toma otro trago de agua y se queda en silencio.

—¿Qué le dijo? —preguntan al unísono don Pepe y el viajero.

—¿Qué le iba a decir? ¿Que yo era casado? ¡Él tenía un machete y estábamos los dos solos en el campo! Me hubiera matado. Yo a la hija no le había hecho nada, ni le había faltado al respeto... Así que le contesté que muy bien, pero que yo tenía que hablar primero con mi familia para que viniera a la boda. «¡Bien hecho! —me dijo—. Y eso, ¿cuánto tardará?». «Pues unos dos o tres meses: lo que tardan en llegar las cartas y en venir el barco». «Está bien», me dijo.

Y nos fuimos a comer. Sentaron a la hija a mi lado, que me miraba con unos ojos... Yo, en cuanto terminé, salí pitando de allí y me fui a trabajar a una fábrica de la capital.

Pero no paró ahí la cosa, porque un amigo mío me contó que le habían ofrecido un dinero para darme una paliza; y me aconsejó que me marchara de allí... Al señor debió parecerle que yo había despreciado a su hija… «Yo te lo digo —me advirtió mi amigo —, para que tengas cuidado, porque a lo mejor va a otro y al ver el dinero, lo acepta».

Recogí mis cosas y me fui a la fábrica de cemento de unos italianos. Trabajábamos en dos turnos de ocho horas, día y noche. Diez hombres en cada turno, a destajo. Se ponían primero cinco sacos de cemento; después, la arena; luego, otros cinco de cemento; y al final, el agua. Y yo muchas veces, al terminar mi turno, me decía: ¡pues voy a hacer otras ocho horas! Y las hacía. Lo que es ser joven... Dormía allí mismo, en la fábrica,

sobre el aserrín. Hubo una semana que trabajé tanto, dos turnos todos los días, que cuando vino el italiano a pagarnos, me dijo:

—Aquí hay una equivocación.

—No hay equivocación ninguna —le dije yo—. Yo cobro el doble porque he trabajado el doble.

No se lo quería creer y preguntó a los otros. Cuando le dijeron que era verdad, cogió los tres mil bolívares, y los botó así, con desprecio, sobre la mesa:

—¡Toma! ¡Te voy a pagar lo que no vas a volver a ganar en tu vida!

Me metí el dinero en el bolsillo, y le dije:

—Lo que no voy a trabajar es nunca más con usted.

—¡Qué orgulloso! ¡Español tenías que ser!

Yo me puse en pie. —Si yo soy orgulloso o no, no lo sé —le dije—; pero español, sí que soy: ¡y muy orgulloso de serlo! Y no sé si sabe usted que nosotros les dominamos a ustedes en Milán y en Nápoles, y que gran parte de Italia durante siglos fue nuestra...

Y comencé a hablarle del Gran Capitán y de Ceriñola y Garellano... ¡yo qué sé de cuántas cosas le hablé que había leído en una enciclopedia! «¡Bueno, bueno! *Va bene! Addio!*», me dijo, muy irritado. «¡Adiós!», le contesté, pensando para mis adentros: «¡No trabajaré nunca más para nadie!». Y lo cumplí. Poco después comencé...

—A trabajar de panadero —se adelanta don Pepe.

—No; de repartidor de pan, que es distinto. Hubo uno que me vendió el reparto por tres mil bolívares, y me sucedió una cosa increíble...

—Perdón, pero antes de seguir, ¿de qué año estamos hablando? —pregunta el viajero, venciendo un repentino ataque de sueño.

—No recuerdo... ¡Ah, sí! Fue el año en que Zarra metió el gol y un embajador le puso un telegrama a Franco, diciéndole: «Hemos vencido a la pérfida Albión». Y Franco le destituyó.

—¿A quién? —pregunta don Pepe, medio dormido.

—Al embajador. Por eso Inglaterra se llama Albión: porque los romanos que llegaron allí, al ver la costa tan blanca, dijeron: ¡Albión! Todo esto lo explica muy bien el Espasa, que es la enciclopedia que tengo en mi casa. *Alba,* en latín, significa blanca. Por eso el alba de los curas es blanca.

—¿Y qué tienen que ver los curas con esto? —pregunta don Pepe, que ha perdido el hilo, mientras comprueba en su reloj que falta poco para la una de la noche.

—El tiempo pasa volando —dice el viajero.

—Sí; para los demás —exclama don Juan—. A nosotros… ¿qué nos importa el tiempo?

—Tiene usted razón —corrobora don Pepe, restregándose los ojos y dejando boquiabierto al viajero—. Nos hemos pasado la vida trabajando, siempre con prisas, siempre sin tiempo; y ahora, cuando lo tenemos y podemos disfrutarlo... ¿no vamos a poder perderlo? ¡Ande, siga, siga usted contando, que ya estoy otra vez despierto!

Don Juan asiente y durante la hora y media siguiente va relatándoles historias y sucedidos que, a medida que se acerca la madrugada cobran mayor fuerza y aliento,

como si los recuerdos de su juventud le transmitieran el vigor de aquellos años. Unos años, explica don Juan (tras aclararle a don Pepe la relación entre Albión, el alba, los curas y el telegrama de Franco), que tuvieron sus momentos buenos y sus momentos malos.

—Por ejemplo —dice, bajando el tono de voz— cuando vinieron dos policías a mi casa por lo del petromax. Es una historia un poco larga, pero se la cuento, si a ustedes les apetece, claro.

—¿Cómo no me va a apetecer? —dice el viajero, dispuesto a quedarse aquí hasta el alba (que significa blanca).

—Pero explíquele primero —apunta don Pepe— que el petromax es una lámpara.

—Claro, ¿qué va a ser? Pues resulta que un día se presentan dos policías en mi casa, con uno, detenido, que era el que me lo había vendido cuatro días antes. «¿Cuál es?», pregunta el policía. «Aquel», dice el vendedor, señalando mi petromax. «¿Y usted se lo compró?». «Sí. ¿Qué pasa?». «Pasa que a las once de esta misma mañana tiene que ir a prestar declaración a Seguridad Nacional».

No entendía nada. Fui a Seguridad Nacional, y tras cachearme, me dice el policía de la entrada: «Queda detenido por aguantador».

—*Aguantador* —explica don Pepe— llaman en Venezuela a los que compran cosas robadas.

—Eso. Yo no sabía qué hacer. En dos horas había pasado de libre a preso. Me pusieron en hilera con varios más, de cara a la pared, junto a una verja. «Ahora nos llevan al Obispo», susurró uno de ellos.

—La cárcel de Caracas —aclara don Pepe.

—Sí. La llamaban así porque era la antigua casa del Obispo. Y nada más llegar los policías comienzan a gritarnos: «¡Vamos! ¡A ducharse!». Yo llevaba mi ropa nueva: mi chaqueta, mi corbata, mi camisa limpia... y al terminar de ducharnos viene uno de los presos, que debía ser el jefe, y me dice: «Esta camisa me queda bien. ¿Me la das?». «¡Cógela!», le dije yo, porque no quería peleas con asesinos... Y se acerca otro, con cara de matón, y me pregunta: «¡Qué corbata tan buena! ¿Me la das?». «¡Sin problema! ¡Cógela!».

Total: que me dejaron casi sin ropa. Luego nos metieron en una celda y los matones empezaron a jugar a las siete y media. De pronto, se apagó la luz; empezaron a oírse golpes, y cuando volvió la luz, todo el dinero había desaparecido. Se armó un jaleo tan grande que vinieron los guardias y comenzaron a darnos latigazos a troche y moche. Los que estaban en el piso de arriba empezaron a reírse, hasta que dijo uno de los guardias: «Tú, tú y tú, bajad aquí». Y comenzó a golpearles.

«¿Dónde me han metido?», pensaba yo. En esto, se me acerca un guardia: «¿Y tú? ¿Por qué estás preso?». «Porque le compré un petromax a ese». «¡Ah, fuiste tú! —comenzó a gritarle al vendedor—. ¡Látigo con él!».

Y después de darle latigazos, le apalearon.

Yo estaba temblando. Le preguntó a otro.

—¿Tú qué hiciste?

—Yo robé setenta mil bolívares.

—¡Buen trabajo!

—¡Mentira! —gritó un matón desde arriba—. ¡Sólo robaste ropa tendida!

Empezaron a reírse y a golpearse de nuevo. Aquello era el infierno. Allí vi hasta dónde puede llegar el ser humano. La degradación era... Nunca me olvidaré de un italiano que estaba llorando, pocos días después, en medio del patio.

—¿Por qué lloras? —le preguntó un tipo.

—Porque no tengo dinero para escribir a mi familia.

—¿Y cuánto cuesta el sello?

—Real y medio.

El tipo estuvo charlando con los de su camarilla y le dijo al italiano:

—Mirá: nosotros te damos el real y medio, si por cada cinco céntimos nos dejas darte un cintarazo.

Así lo acordaron, y parece que estoy viendo todavía a aquel infeliz, medio desnudo, en medio del patio, retorciéndose ante cada golpe, con la espalda llena de sangre. Luego le dieron sal y vinagre para las heridas.

En el fondo no eran más que unos pobres diablos. Una vez le pregunté a uno:

—Y ustedes… ¿no podrían cambiar de vida?

—¡Claro que sí! —me dijo, riendo—. Pero... ¡estamos tan malacostumbrados!

—¿Y qué pasó con el petromax? —pregunta don Pepe, que no conocía esta historia.

—Ah. A los pocos días me llamaron a declarar: «¿Usted no sabía que un petromax cuesta cien bolívares?». «Yo no. ¡Pensaba que eran cincuenta!». Y me tuvieron encerrado varios días más, hasta que un guardia me mandó que tomara mi coroto y le siguiera.

—¿Coroto?

—Sí; mi equipaje, las maletas. Yo fui tras él, tal como estaba.

—¿No tiene nada más?

—No.

Salvo los pantalones, me lo habían quitado todo. Y así me llevó hasta la Cárcel Modelo.

Durante el viaje intentó sobornarme. «Esto está complicado —empezó a decirme— y yo podría ayudarle...».

No caí en la trampa. Menos mal, porque a los pocos días me llamó el Jefe Superior de Policía y me dijo: «Hemos investigado y sabemos que es usted un buen ciudadano. A partir de ahora, ¡compre siempre con factura!».

Y me dejó en libertad. El Obispo está a unos diez kilómetros del Valle; y en cuanto me vi libre, me puse tan loco de alegría que me los hice de un tirón, corriendo...

—Las dos menos diez —anuncia don Pepe.

Ya es tiempo de irse, decide don Juan. A estas horas, salvo el camarero, no queda nadie en el casino. Salen a la calle de San Francisco. Corre un viento frío y cortante, y antes de despedirse, don Pepe propone tomar algo caliente en el bar de la esquina, que continúa abarrotado. Además, don Juan quiere invitar al viajero.

—De ningún modo. Invito yo.

Ya en el bar, tras saludar a unos y a otros, don Juan le propone dar una vuelta mañana por la tarde (o sea hoy) para que conozca sus tierras. Y sigue evocando historias pasadas.

—Me acuerdo yo que en el año cuarenta...

Cuando el viajero se acoda en la barra, se encuentra con el que le recitó esta mañana la lista de su compañía de memoria. Se le ve cariacontecido, a pesar de las copas de anís que lleva encima, y habla a borbotones, como el que necesita quitarse un peso de encima a toda prisa.

—Menos mal que le veo. Esta mañana le he mentido y me había jurado no mentir más, porque mire usted, yo no nunca hice la mili, porque en el reconocimiento me dijeron que tenía los pies planos, y entonces no ir al servicio era una vergüenza. Hasta que me muriera, en esta isla sería «el de los pies planos», no sé si usted comprende eso. Por eso me fui a la otra isla, y comencé a trabajar en la relojería de mi tío, y escribía de vez en cuando unas noticias del cuartel que me iba inventando. ¡Hasta me llegué a hacer varias fotografías con el uniforme que me prestó un amigo para que me viera mi novia! Y tan ignorante era, que yo les contaba en las cartas que estaba en Artillería, y el uniforme que me puse para la foto era de Infantería. Pero aquí, salvo un viejo, nadie se dio cuenta de nada, y cuando decía que yo era un embustero, lo callaban, diciéndole que el Ejército había cambiado y no era como antes…

—No se preocupe usted, si yo…

—Sí, sí, yo me preocupo. Yo nunca le he engañado a mi mujer. En nada. Salvo en esto. Y ahora no se lo puedo decir, porque es como quitarle a uno el orgullo, ya me entiende. Aunque yo pienso que ella se lo imagina, porque siempre habla como si lo supiera. Esta mañana mismo, me ha hecho recitarle la lista… Y cuando…

Se les acerca don Juan y la conversación sigue por otros derroteros. El viajero se empeña en pagar el café de don Juan y los anises del imaginario soldado de infantería, pero el camarero se inclina y le susurra al oído, señalando a don Juan:

—Supongo que sabrá usted que está invitando al hombre más rico de la isla.

TERCER DÍA

SON LAS DOCE del mediodía cuando el viajero se dirige hacia el bar bajo un cielo monocromo, de un azul brillante como recién terminado de pintar. Junto a la puerta hay dos magníficas *cabras*, a metro y medio de la carretera, recostadas sobre el murete de piedra. Se queda perplejo porque nadie cuida de ellas.

Descubre a sus dueños en un extremo del bar, bebiendo ron con miel. Al viajero le extraña semejante despreocupación.

—¿Y dónde iba a ir el ladrón? —le replica un camarero de piel pálida, casi de cirio de iglesia—. A los pocos minutos, darían la noticia en la radio y toda la isla se pondría en alerta. Y a partir de entonces, hasta que se muriera, el ladrón sería «el ladrón de las cabras». No compensa. No sé si en esta isla seremos más honrados que en otras partes; pero aquí no hay ladrones; las puertas de las casas, ya lo ve usted, están todas abiertas.

Se marchan los dueños de las cabras —*maillot* amarillo*, culotte* rojo, chinchonera blanquinegra— y ocupan su mesa dos niñas pequeñas, dos hermanas, con trenzas de chinitas de cuento. La mayor es una chiquituela con movimientos rápidos de lagartija que contrastan con el hieratismo de su hermana —dos años menor, como mucho— que mira al viajero con ojos asustados, semiocultos bajo el flequillo, como de libélula.

Son una tentación demasiado poderosa y el viajero espera a que el camarero se ausente y el bar quede vacío, para caer en ella.

Alguna vez ha tenido problemas con este asunto, pero esta vez decide arriesgarse.

Sabe, por experiencia, que hay que actuar con rapidez.

Acerca su mochila.

Mira fijamente a la menor.

Ella se queda contemplándole embobada, indecisa.

Ahora es el momento.

Vuelve el camarero y empieza a trasegar entre las tazas de café.

El viajero disimula y espera.

Cuando el camarero se va de nuevo, el viajero saca su cuaderno y hace un esbozo rápido de la nariz, breve y graciosa; del mentón menudo; de los labios frágiles; del cabello lacio…

Ella finge no darse cuenta, y permanece inmóvil.

—¿Cómo te llamas?

—Elena.

Elena tiene unos ojos de miel que se han quedado paralizados, mirando al viajero, que comienza a dibujar ahora el rostro de su hermana.

—¿Y tú?

No contesta.

—Anda, dime cómo te llamas.

Musita una palabra ininteligible, con un hilillo de voz.

—Sa...

—¿Sara?

Niega con la cabeza.

—¿Sabina?

—No.

—Sa... ¿Sagrario? ¿No? Por favor, habla un poquito más alto...

Toma aire y susurra al fin:

—Sandra.

—¡Sandra! Oye, Sandra, ¿por qué no sonríes un poco? No querrás que te retrate así, con la boca cerrada...

Sigue impasible.

—¿Ni un poquito siquiera?

Al fin esboza una sonrisa fugaz, casi una mueca, que descubre el vacío de un diente de leche. Vanidad femenina, ¡qué pronto empiezas!

En cuanto les da su retrato (en el que Sandra luce una dentadura perfecta), las pequeñas modelos se precipitan hacia la cocina en busca de su madre. Regresan a los pocos segundos con la lección aprendida.

—Muchas gracias, señor —dice Elena, nerviosa y erguida, casi de puntillas.

—Gracias —musita Sandra, con su vocecita inaudible y casi sin abrir los labios, no vaya a ser que el viajero se dé cuenta.

Entran en el bar varias muchachas ruidosas, desembarazándose de sus chaquetones de plástico para la lluvia. Tras ellas, un viejo, embutido en un jersey de lana, con una bufanda de punto enrollada al cuello. Le sigue un mozo con el torso desnudo y musculatura de gimnasio de barrio. Tras él, una pareja de turistas franceses: sandalias de cuero, bermudas y camisolas de flores.

—¿Qué desea el señor?

El señor desea un café, un *croissant*, la cuenta y que el camarero asentidor le explique, si puede, qué demonios de clima hay en esta isla.

—¡Es que no hay uno sólo! —ríe—. ¡Hay muchos! O un clima que tiene de todos los climas, como usted prefiera. Por eso, cada uno va vestido según la zona a la que vaya o de la que venga. Si vas a atravesar la isla, aunque haga bueno, lo mejor es que salgas de casa con paraguas: por la lluvia o por el sol abrasador. Por la mañana suele haber niebla. Luego, a eso de las diez, despeja. Ello no obstante, por la tarde hay lluvia. Y viento. Y por las noches, ya lo verá usted. Por las noches… ¡hace un frío que pela!

El viajero tiene ocasión de comprobar en vivo esta verbena climatológica mientras espera que le traigan el café: sale el sol, se oculta pocos segundos después y vuelve a

brillar mientras una bruma blanquecina se apodera del cielo, velándolo como un cristal de Bohemia. Está dando su último sorbo cuando se le acerca un tipo con pantalones de pescador: el mismo que discutía ayer con su esposa en medio de la plaza.

—¿Escribiendo sobre la isla, eh?

—Las noticias vuelan —dice el viajero, oliendo a su interlocutor.

—¿Y qué va a contar? Que somos unos cabrones y unos hijos de puta, ¿no?

— Pues no. ¿Por qué iba a escribir eso?

Este es otro de los misterios que inquietan al viajero. Le ha sucedido en Praga, en Tokio, en Ciudad de Guatemala: si hay mil personas y un tipo en la situación de este, con muchas más copas de la cuenta encima, ya sabe que le elegirá a él para increparle, para contarle sus penas o llorarle en el hombro. Es una extraña ley, una maldición de Baco que soporta resignado.

—Yo se lo decía ayer a mi mujer: «Vámonos de aquí, que ese hombre está escribiendo y necesita paz y sosiego». Paz y sosiego. Pero mi mujer no quería, y yo se lo decía: «Mira que te lo estoy diciendo, que vámonos de aquí, que ese hombre necesita paz y sosiego. Pero mi mujer no quería, y yo a usted le respeto. ¡Yo a usted le respeto! ¡Yo a usted...!».

—…le respeto. Y yo también le respeto a usted —ataja el viajero, que se toma el café de un trago, se levanta, paga la cuenta y se larga a toda prisa del local, mientras su admirador le grita y le repite una vez y otra, tambaleándose, desde la puerta:

—Le respeto mucho. ¡Le respeto!

El viajero se dirige al otro extremo de la Villa, donde se topa con una fotocopia pegada con adhesivo en el cristal de una ventana, junto al cartel de la muchacha desaparecida. En la fotocopia, bajo la fotografía de un perro blanco, muerto en un basurero, están escritas a mano estas palabras:

¿Tú perro es una basura?
Por casualidad encontramos este perro,
que era blanco y bonito.
Pero ya no lo es.
Murió.
Estaba detrás del vertedero de basura,
bien atado con una cuerda gorda.
Una muerte sin dignidad.

***

Es el momento —piensa el viajero— de calarse la gorra hasta las sienes, de sujetar los tirantes de la mochila a la espalda y caminar con paz y sosiego, durante horas, como le aconsejaba el amigo de Baco. Tiene todo el día por delante. Consulta su mapa: *Charco Manso*.

El sol cae de plano. A los veinte minutos se detiene un auto:

—¿Vas hacia Charco Manso…?

—Sí.

—¡Sube, que te llevo!

Una vez dentro del auto, el viajero empieza a pensar que ha sido una temeridad aceptar el ofrecimiento de este tipo de cabello encrespado y ojos enrojecidos, que no ha dejado de hablar desde que entró en el vehículo. Su empresa —le cuenta— le destinó hace dos años a esta isla, donde pensaba que acabaría adaptándose, pero no; aunque ha viajado mucho, nunca le había pasado lo que ahora: está completamente harto de este lugar, harto de todo y de todos.

—Harto es poco, porque tú no sabes lo que es esto. Un campo de concentración. Una cárcel en mitad del océano, como las que salen en las películas: como Alcatraz, o esa francesa de la Guyana, ¿cómo se llama?, la del Diablo… Como las Marías, en México. Como la Bastøy, de Noruega. Como la Robben, de Sudáfrica, donde estuvo Mandela… Una isla de esclavos, peor que Zanzíbar. Me conozco todas las islas convertidas en cárceles. Y no me preguntes por qué, ha sido siempre, pues… pura curiosidad. ¿Has estado en Zanzíbar? Yo no, pero esto es una mazmorra, donde todos se creen jueces con derecho a juzgar la vida de los demás por el canuto de sus prejuicios; a juzgarte y a condenarte.

—Pero...

—Son esclavos, créeme. De sus convenciones, de sus tradiciones, del qué dirán, del qué pensarán. Se pasan el día diciendo: *esto no se puede hacer y aquello tampoco*. Para conocer esta isla necesitas tiempo, meses, años… ¡Qué maravilla, qué tranquilidad, qué silencio, qué paz! —decís todos al llegar. ¿Pues sabes lo que yo digo? ¡La paz de los muertos!

El viajero le mira con estupor, mientras continúa su perorata, con los ojos a punto de salirse de las cuencas, casi declamando.

—¡Pues me importan un bledo vuestras condenas! ¡Miseria! ¡Cadáveres! ¡Muertos en vida! ¡Eso es lo que sois! No os dais cuenta, pero sois unos muertos andantes, obsesionados con América. ¿No les has oído? Siempre con lo mismo: «Porque yo, cuando me fui para Venezuela; porque yo, cuando me vine de Venezuela...». Pues no te creas ni la mitad de la mitad: se lo inventan. Tienen que justificar sus años de miseria. Salieron de la miseria, llegaron a la miseria, y volvieron a la miseria. ¿Tú por qué te crees que la gente se va de aquí? ¿Por la pobreza? Sí; algunos se van por eso, no te lo niego, pero la mayoría se largan porque no soportan este ambiente de cárcel, donde no puedes salir a la calle sin que se entere media isla o la isla entera. Mira: te voy a contar lo que me acaba de pasar…

Y le narra una historia truculenta, inverosímil, imposible, gesticulando de forma tan desmesurada y teatral que el viajero se pregunta si este buen señor estará en sus cabales o este cuento no será parte de una treta para atracarle. Quizá sea un drogadicto que intenta robarle para comprarse su dosis, porque hace un rato que se ha desviado de la carretera, sin avisarle y está internándose por un camino de tierra, estrecho y solitario. El viajero no se atreve a interrumpirle mientras continúa con su historia, con su patraña —está convencido— ácida y desgarrada.

El viajero desconfía porque ha conocido ya a demasiados tunantes por esos mundos; y este tipo, que sigue despotricando a troche y moche, parece ser uno de ellos.

Se vuelve hacia el viajero:

—Bájate.

Se queda desconcertado. Mira hacia su derecha. Ahora comprende: todo era una trampa. Ha detenido el auto justo al borde de un acantilado de piedra negra con una caída libre de decenas de metros. No puede escapar por ningún lado. ¿Qué querrá robarle? ¿Quién es este tipo? ¿Un loco? ¿Un degenerado?

—Bájate —insiste.

—¿Aquí?

—Sí, claro.

—Es que... estoy al borde del acantilado.

Le mira con gesto incomprensible. Al fin reacciona.

—¡Ah! Perdona, no me he dado cuenta —dice, dando marcha atrás al vehículo— y dejándole espacio. Me he desviado cinco kilómetros para acercarte al mar, pero me tengo que volver, lo siento.

—No te preocupes. Muchas gracias —dice el viajero, mientras desciende, rojo de vergüenza.

…

No hay miedos más aterradores —piensa el viajero, por el camino que le lleva al mar— que los que uno mismo inventa. Pero, ¿quién no se confunde en este juego de espejos de la existencia? Vivimos como si no fuéramos eternos y al mismo tiempo, con el temor de que al día siguiente no amanezca. Si alguien nos hace un favor, pensamos que es nuestro asesino. El que hoy nos acuchilla, mañana nos sana y nos cura; al día siguiente, nos alza hasta la gloria; al otro, quizá, nos abandona en la miseria.

O al revés: este, que en tiempos de bonanza es nuestro enemigo, en los días de tormenta, nos salva. ¿Cómo orientarse en el laberinto de la vida? Así es el juego —concluye, mientras recorre los últimos tramos de la bajada—: decimos lo que no deseamos; deseamos lo que no debemos; hacemos lo que no queremos y deseamos hacer lo que no hacemos. Sabemos que sabemos poco y, sin embargo, juzgamos sobre lo que no sabemos. Y sin querer engañar, engañamos.

La vista del mar saca al viajero de sus cavilaciones. Por esa banda azul, le contaba ayer don Pepe (más bien esta madrugada) pasaron durante siglos carabelas, fragatas y corbetas, ante la mirada, unas veces hosca y otras admirada, de los isleños. Marchaban a las Américas como lo que eran: pícaros, aventureros y soñadores. Y entre el viaje de ida y el de vuelta, muchos cambiaban de papeles: los pícaros se convertían en héroes; los aventureros, en frailes; los soñadores, en miserables negreros. El Almirante, tras paladear la gloria, regresó preso. Por ese azul navegaron también los sueños de Brandán.

Llega al mirador de Charco Manso. A la derecha, bajo la sombra de un chamizo —cuatro troncos y un tejadillo de paja— una familia de la zona se protege del sol. Unos metros más allá, recostados sobre unas piedras, cabeza con cabeza, dos muchachos

escuchan música, cada uno con un auricular en el oído. Se ha apoderado del lugar una luz tan hiriente, que el viajero —que pensaba pintar— desiste de su empeño. Se conformará con una fotografía.

Se dispone a estrenar su cámara y arranca la carcasa de plástico en la que viene envuelta el aparato. En cuanto lo ha hecho, tiene la impresión de haberse equivocado. Lee las instrucciones. No dicen nada de la carcasa. Se dirige a los muchachos:

—¿Saben cómo funciona esto? Me temo que he velado el carrete al quitarle el plástico.

—Uff, se lo ha cargado —responde un chico rubiasco y con nariz de garfio.

El otro no está tan seguro. El viajero se arriesga. Pulsa el botón correspondiente. No funciona. No hay duda: lo ha estropeado.

—No se preocupe usted —le grita una señora desde el chamizo—. En cuanto venga mi hijo Amadeo se lo preguntamos, porque entiende mucho de eso.

El viajero agradece el ofrecimiento y espera la llegada de Amadeo, mientras que la familia se desplaza, entre un revuelo de ollas, sartenes y cazoletas, hasta el único lugar en sombra que hay junto al mar: una cueva amplia, excavada entre las rocas. Las mujeres comienzan a preparar la comida.

Amadeo no llega y el viajero decide darse un chapuzón. Se cambia y confía su mochila a una de las mujeres. Ríen todas.

—¡Ande! ¡Si aquí nadie roba nada! Báñese tranquilo.

Eso intenta. Pero los agarraderos de la escalerilla están tan herrumbrosos y las piedras tan resbaladizas, que se ve forzado a representar una pantomima de funámbulo antes de perder el equilibrio y caer de espaldas al agua, endiabladamente fría. Sale aterido a los pocos minutos, intentando controlar la tiritera, entre las risas de los niños.

Le llaman desde la cueva. Ha llegado Amadeo. Le entrega su cámara. Pesimismo general.

—Se estropeó —dice una mujer de pañuelo negro.

—¡Uf! Dela usted por perdida —añade otra, cariacontecida.

Amadeo es un tipo enjuto, seriote y parco en palabras, que observa el aparato en silencio.

—Esas cosas, en cuanto hacen *paf* ya no tienen remedio —pronostica el abuelo.

—Ha sido culpa mía, por no leer las instrucciones —reconoce el viajero.

—De todos modos, estos aparatos se malogran muy pronto —añade otra—. No trae cuenta.

Amadeo, que no ha abierto la boca, da un golpecito, clic, y le entrega la máquina.

—Sólo había que girar esta ruedecilla, ¿ve?, y ya funciona.

—¡Ah! ¡Menos mal! Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¿Lo ve? Ya le decía yo que se lo arreglaba —dice, orgullosa, la madre de Amadeo.

—Con esas manos que tiene estábamos seguros todos —añade una de las mujeres, obsequiosa.

—Si es que nunca falla —corrobora otra.

—¿Un poquito de arroz? —pregunta la del pañuelo negro.

—No, no, se lo agradezco.

—Está muy bueno...

—No lo dudo; pero es pronto para mí: prefiero comer luego. Muchas gracias.

—Como usted quiera.

El viajero se tumba bajo la sombra.

—¿Y usted no se baña? le pregunta la mujer del pañuelo a la de la mirada triste.

—No.

—¿Por qué?

—No sé nadar.

—Eso es fácil: se sienta una en la orillita, y empieza así una vez, y otra vez con la mano...

La señora de la mirada triste no contesta. Está como ausente, con los ojos fijos en el mar, mientras el resto de la familia conversa en apacible confusión. Se acerca una mujer joven.

—¡Aquí viene su nuera con su nietecito!

La mujer joven baja la vista, azorada. Todas las miradas se concentran en la pronunciada curva de su seno. La señora de la mirada triste sonríe por primera vez. La del pañuelo comienza a revolver en una canasta de mimbre.

—No sé qué hacer.

—Es que usted no sabe estarse quieta. Tenía que haberse traído la rueca.

—Es verdad. Aquí, sin hacer nada, me pongo nerviosa.

—Pues piense en algo.

—¿En qué?

—No sé... En el mar, por ejemplo.

—¿El mar? ¿Para qué voy a pensar en el mar, si lo tengo siempre enfrente?

—¡Uy! —dice la señora de la mirada triste—, pues a mí el mar me da siempre mucho que pensar.

—Pues yo no necesito el mar para pensar.

—¿Y a usted, abuelo, le gusta el mar? —pregunta la nieta.

—A ratos.

Ríe la familia entera.

Se oye el chapoteo de los niños en el agua.

—El mar —sentencia el abuelo— es como la vida. O como el tango: unas veces te gusta y otras no. Pero no hay más remedio que bailarlo.

El viajero se aleja del grupo y comienza a caminar junto al acantilado.

—No se vaya a enriscar, tenga cuidado —le avisa la del pañuelo.

Es un buen consejo: el sitio es peligroso y el agua bulle por los bufaderos, saltando violentamente por los orificios de la lava y formando palmeras de espumas en el aire. Huele a sal. Decide sentarse en un cabezo de piedra para contemplar el mimo grandioso del agua. Lo hace con cuidado, porque el oleaje vuelve las piedras inseguras y

resbaladizas en su continuo intento de alzar, una y otra vez, la réplica acuática de las rocas.

Aprovechando que una nube vela y aplaca la violencia del sol, el viajero saca su caja de acuarelas. Pero a los pocos minutos este sol restallante, que compone con sus tajos de luz formas extrañas con las sombras de las rocas —lagartos dormidos, rostros de mujer, muecas monstruosas—, empieza a secar el agua precipitadamente, casi en el mismo pelo del pincel; y así no hay modo. El viajero recoge sus bártulos. Se siente un intruso, un *voyeur* indecente de esta *conversatio* íntima entre la luz y el mar. Mira su reloj. Decide regresar a la Villa. El cielo se va agrisando con coloraciones de estaño. Siente en el rostro la bendición de los alisios y se despide de Amadeo y su familia.

Varias horas después, sentado en la terraza de la pensión, comienza a ojear los libros que ha traído. Uno es el *Diario* de Juan Antonio de Urtusáustegui, que estuvo en esta isla en 1879 y 1885, en tiempos de sequía.

> *No sé qué destino me ha conducido ambas ocasiones a esta isla en tan lastimosa estación. Negó la tierra a estos miserables aquellas yerbas silvestres que alimentan un poco, y echaron mano de las que jamás hubieran oído pudieran servir de alimento al hombre, y muchas de ellas ni aún a los animales, tales eran, conejera, amapola, carcosa, la flor de habas y otras semejantes, que cocinaban reduciendo los restos a pequeñas bolas: de este modo, caídos de ánimo y sin vigor alguno, inflado el cuerpo y en particular el vientre, parecían más bien monstruos que esqueletos; ni vivos, difuntos, porque el color verde que contrajeron con las extrañas viandas que comían, les diferenciaba de unos y de otros.*

Tan enfrascado está en la lectura que no ha escuchado el primer bocinazo del auto de don Juan, que ha venido en su busca para enseñarle sus tierras, como quedaron. Se había olvidado de la cita. Y aunque está cansado, no sabe negarse.

Ya en la carretera, don Juan le cuenta que hace cincuenta años, antes de marcharse a Venezuela, en esta isla se plantaba de todo: habas, centeno, cebada, lentejas, y no como ahora, que ya no... Mire, esa es la casa de mi hija. ¿Ve como tiene su viña? Y esa de la derecha era de mi abuela Ana. Ese terreno lo heredó mi hijo...

—Tierra volcánica.

—Sí; aquí todo es volcán; tierra muy buena; pero no se cuida. Cuando yo era pequeño, no había un metro de tierra que no se cultivara, y ahora, ya ve. Esta zona se llama Capellanía.

Da un volantazo. El viajero se sujeta como puede.

—Estas casas y estas tierras eran de la iglesia, y las privatizaron por lo de Mendizábal. Luego, cuando las vendieron estaba yo grandito, tendría dieciséis años.

Detiene el auto y se queda mirando la tierra en silencio durante unos segundos. Arranca el motor, que ronronea ásperamente. Da un nuevo golpe de timón que desplaza al viajero violentamente hasta la otra ventanilla.

—... lo mismo que Tancagote, que era de mi abuelo y ponía ahí las ovejas. Yo le tenía cariño, y al hacer el partido, le tocó a una hermana mía y recién me dijo: oye, mira, voy a

vender Tancagote. ¿Por cuánto? Por diez mil duros. ¿Diez mil duros?

—¿Eso quiere decir que ya había regresado de Venezuela?

—Sí.

—Y su mujer, durante todos esos años, siguió aquí...

—No, mi mujer se fue a Venezuela en los años cincuenta. Y lo que le decía: diez mil duros. Lo pregunté en casa y me dijeron: «¿para qué más? ¿Te faltan tierras?». Bueno, dije, pues no la compro. Y no la compré. Y al año, mi hermana se la vendió al Enrique en cincuenta mil. ¡Antes de un año, de diez mil, en cincuenta mil! Enrique hizo cuatro parcelas, y... ¿sabe por cuánto le vendió hace poco una parcela a un alemán? Eche un cálculo.

—Pues no sé... veinte millones.

—Quince. La cuarta parte. De diez mil duros a sesenta millones. ¿Se da cuenta?

El viajero intenta darse cuenta entre la sucesión de virajes bruscos que le llevan de un extremo a otro, haciendo retumbar la parte trasera del coche. Es la historia eterna de los campesinos, para los que la tierra es mucho más que un medio de sustento; es una obsesión, una religión, una mística, y una razón que da sentido a su existencia; cuna y ataúd donde se entrelazan, generación tras generación, los sudores, las esperanzas, las penas y alegrías de los padres y abuelos. Por la tierra se vive y se mata; por unas cuantas fanegas se ama, se odia y se enloquece; por conseguir un campo se cruzan los océanos y se trabaja durante toda una vida, a bordo de una ilusión: regresar y comprar aquel pedazo del terruño que se trabajó durante la mocedad.

Por eso, vender *la tierra de uno* es como escupir al pasado: una traición y un desprecio hacia los difuntos que murieron en ella y por ella; uno de esos pecados que claman al cielo, como robarle el pan de la boca a los hijos; una especie de adulterio. Es como secar el mar o cortar las raíces de la vida; porque sin tierra, ¿qué sentido tiene vivir? Sólo en la tierra de uno, piensa el campesino, puede crecer el orgullo y la esperanza; sólo en ella el hombre se siente verdaderamente hombre, y libre. No hay nada en el universo comparable con la alegría íntima que se experimenta al decir: *esta es mi tierra.*

—Eso que ve allá es Tidamar. Y por aquí —continúa don Juan, señalando una vereda pedregosa— se puede ir a Echedo. Esta casa se la compró el alcalde a uno que se casó en Venezuela con una nicaragüense. Él murió y se la dio a la hija, o la mujer, no recuerdo ahora. Una de las dos la vendió y fíjese que bonita la puso: de piedra, con su huerta...

—¿Y esa casa de ahí?

—Esa es de una hija mía que se casó con uno que trabaja en una empresa. Pero ya está harto de vivir en esta isla. Reniega de todos.

—¿No será un tipo muy alto y delgado, por casualidad? Ayer coincidí con uno que... —pregunta el viajero, reponiéndose de un nuevo volantazo e intentando atar cabos.

—No; es más bien bajo y grueso. Y aquel campo —indica, dando otro viraje— lo compró uno que estaba destinado aquí. Clemente se llamaba. Y eso del fondo es del Tomás, que vino rico de Cuba y se arruinó en cuatro días. Luego le contaré como rehízo la fortuna. Y esto que ve a la derecha es la Montaña de Tisamar. Aquí hay un dicho que dice*: Para vino Tenesedra; pa centeno, Tisamar*... No; no es así. *Para trigo, La Caleta;*

para vino Tenesedra; pa centeno, Tisamar; para baile, el Mocanal.... Mire: aquello de abajo son las Calcosas.

Y le muestra un poblado de casas construidas con piedra seca y tejado de paja, que aquí llaman *de colmo*.

Se detiene en una pequeña explanada junto al acantilado. Cuando abandona el auto, el viajero no puede contener un suspiro de alivio y agradece al cielo haber llegado vivo. Comienzan a descender por un sendero estrecho con varios tramos de escaleras que bajan hasta la playa en zigzag.

Mientras descienden, don Juan sigue hablándole de los tiempos antiguos, y de la tierra de su hermana, que se arrepiente de no haber comprado, porque a él, cuando se pone, no hay quien le saque de sus trece.

—A propósito —le pregunta—: ¿sabe usted de dónde viene ese dicho?

El viajero se queda desconcertado.

—Pues del Papa Benedicto XIII, que estuvo desterrado en Peñíscola, que se murió creyendo que era el Papa verdadero. Eso es lo que dice mi hijo, que yo no doy nunca mi brazo a torcer. Mire, mire, yo tenía quince años cuando me aposté a que pasaba ese charco de mar que se ve ahí, de aquí hasta allí. Era de los pocos de la isla que sabía nadar.

—¿Cómo es eso?

—Pues era. Casi ninguno sabía. Mi padre decía que el agua es muy peligrosa, y es verdad. Sólo nadaban los mareantes, la gente de mar y algunos amigos míos.

— ¿Y pasó nadando?

—Sí; y cuando regresé me sucedió una cosa extraordinaria... ¡Ah, pero mire estas plantas! Son calcosas. En otras islas las llaman vinagreras. Esa de ahí es corchuela. Y esas son chiriminas, que aquí las llaman coles de playa. Y tanto de esta planta, como de esa y como de esa, en cuanto mira usted para arriba la montaña, como doscientos metros no más, ya no las ve. ¿Se da cuenta? Sólo hay calcosas aquí, cerca del agua... Antes, en los años que hubo una sequía muy larga, las cogían así y hacían un colchón para dormir. Y se sacaba de este modo, ¿ve? —dice, mostrando unas raíces que acaba de arrancar de cuajo— y con esto se comía en los años cuarenta. Raíces. Lo único que había. Ahí —dice señalando una cascada que cae a pico desde la altura— venía la gente a darle de beber a las ovejas. Está algo salada... pero es agua.

—¿Y qué cosa extraordinaria le sucedió?

—Fue el treinta y seis, cuando yo tenía dieciséis años, que me dije: «¡pues después de haber atravesado el mar, ahora me voy a dar un baño bajo el chorro!» Y ya iba a lanzarme, cuando se me ocurre poner la mano así, y por poco se me lleva el brazo. Si no llego a poner primero la mano, me mata.

—Y otra vez, como diría don Pepe, se decidió su vida entera en un segundo...

—Sí, claro. ¿Y cuándo no?

CUARTO DÍA

Al albita, como dicen en la isla, el viajero abandona sigilosamente la Villa. Se marcha con ademanes de furtivo mientras las sombras se difuminan en el primer temblor de la amanecida. Se va (más bien, se fuga) con pena y alivio, porque no soporta más, aunque le cueste decirlo, este gemir constante de los alisios por las calles y esta soledad adormecida por la niebla. Además, esta noche no ha podido dormir: un trío de borrachos se ha desgañitado durante bajo su ventana, entre tragos de ron, repitiendo una y otra vez la cantinela:

No siento el barco,
no siento el barco
que se perdioooooooó...
siento el piloto,
siento el piloto
y la tripulacioooooón...

A lo largo del día de hoy la cancioncita de marras irá afluyendo a su memoria una y otra vez:

Señor capitaaaán
déjeme subiiir
a izar la bandera
al palo más alto
de su bergantiiiín.

Comienza a clarear. El viento le trae palabras desgajadas de conversaciones lejanas. Cuando deja atrás el humilladero de San Lázaro le parece descubrir, en el entreluz lechoso de la madrugada, el azul del mar. Se adivinan los contornos naranjas de la montaña, una mole rojiza que la bruma matinal convierte en una inmensa sanguina. Cantan los gallos, como berbiquíes del silencio, desde las casas altas.

Los gallos. Tanto temían las gentes de esta isla a los piratas —le contaron ayer en la cantina—, que en otros siglos les ataban los picos con cuerdas por la noche para que su canto no les delatara. Vivían amedrentados, «porque en una isla cómo esta —le contaba un vecino—, ¿qué defensa tiene uno? Estamos solos, perdidos en medio del océano. Por

eso, nos hemos acostumbrado, qué remedio nos queda, a sacarnos nosotros mismos las castañas del fuego. Y cada uno va a lo suyo, ya lo irá usted viendo, porque a la gente de esta isla se la conoce enseguida: es muy egoísta, y aquí nadie te hace un favor ni te regala nada…».

Las seis en punto. Hace frío. El viajero avanza con paso rápido por la vertiente norte que llaman de Barlovento, como si la isla entera fuera un barco de piedra varado en el mar, con colinas y promontorios que hicieran de velas y jarcias. Algunas de esas velas pétreas tienen nombres sonoros, como Guarazoca o Tanagiscaba, que le recuerdan al viajero antiguas conversaciones por tierras centroamericanas. «¿Y tú cómo te llamas?». «Me llamo Oswaldo, señor». El patojito guatemalteco tenía la tez morena, los ojos tristes y el hablar sumiso y ceremonioso de los mayas. «¿Eres ketchí o cakchiquel, Oswaldo?». «Cakchiquel, señor». «¿Cuántos años tienes?» «Once, señor». «¿Y hoy no vas a la escuela?» «No, señor». «¿Por qué?» «Porque los días miércoles, jueves y viernes no llega el maestro, señor». «¿Da clase en otra aldea?» «No, señor». «¿Entonces?» «Es el trago, señor: pero los días lunes y martes sí tenemos lección, porque todavía no está borracho». «Adiós, Oswaldo». «Adiós, que le vaya bien, señor».

Un poco más allá, el viajero se encuentra con una escena escapada de un lienzo de Solana: sobre un fondo de nubes de color gris cuarzo conversan dos ancianas de cabello negro, enlutadas de los pies a la cabeza: zapatos, medias, faldas, pañolones, blusas, todo oscuro. Junto a ellas, erguidos, con ojos avizores, dos gatos inmaculadamente blancos.

Señor capitán,
señor capitán,
déjeme subir...

El sol disipa el celaje de la bruma y desvela el rostro de esta parte de la isla, de una hermosura agreste y violenta, casi primitiva. Entre el tajo abrupto de los roques, que se alzan ante la furia del océano, se ven casitas modestas, como pinceladas de blancura inocente entre el verdor de las tabaibas. El viajero camina en silencio por este paraje, sobrecogido por la armonía de esta trinidad majestuosa: cielo, tierra y mar.

La carretera, solitaria y empinada, es un largo pespunte de alquitrán que culebrea entre sembrados, huertecillas, viñedos y barrancos. En el muro trasero de una casa, un cartelón anuncia artesanías para el cuerpo y el alma:

Macramé.
Croché.
Talleres de autoestima para mujeres.

—¿Falta mucho para el próximo pueblo?

—Bueno... eso depende de lo que entienda usted por pueblo.

Gracias a este ciclista de ojos gatunos y pelo ralo se entera el viajero de que en esta isla no hay pueblos: estas casas, que se alzan desde los 500 a los 700 metros sobre el nivel del mar, siguen siendo barrios de La Villa, desmembrados en pequeños caseríos, como Curascán y Aguarijó.

— Muchas gracias.

—Venga —se despide el ciclista.

Las siete de la mañana. La carretera continúa solitaria entre rodales de tierra abandonada donde crecen relinchones y otras malas hierbas. Es hora de desayunar.

—¿Es la primera vez que viene? —le pregunta un curioso desde el extremo de la barra del barecito.

—Sí.

—¿Y le está gustando la isla?

—¿Usted qué piensa?

El curioso —un hombrecillo desdentado que apura el primer trago de aguardiente del día— le contesta, acariciando el lomo de su perro, largo y granujiento:

—Hombre, pues pienso que sí que le gustará, aunque a lo mejor le parece pequeña. Pero pequeña como parece, se necesitan muchos años para conocerla. Tiene de todo: sus cosas malas y sus cosas buenas.

—Comencemos por las buenas.

—Las buenas es que aquí todo el mundo se necesita, porque estamos solos; y todos están dispuestos a ayudarte y a hacerte un favor... Las malas, que no es tan fácil conocer a la gente como parece. Cuando crees que ya te las sabes, te sorprenden. Son como las mujeres. ¿Usted conoce a alguien en el mundo que haya llegado a comprender a las mujeres?

Cerca de Erese, el viajero encuentra a dos ancianos sentados en el patinillo de su casa.

—Buenas.

—Muy buenas —dice el anciano, que afila pacientemente un cuchillito de cocina.

Su señora —una anciana de mirada hospitalaria, con el cabello blanco recogido en moño sobre la nuca— deshoja con cuidado unas mazorcas de maíz que va apilando en el regazo, sobre los faldones del delantal. Debe rondar, al igual que su marido, los ochenta y muchos.

—¡Buenas calabazas! —dice el viajero, señalando dos tubérculos sobre un tejadillo.

—No son calabazas, son bubangos —aclara la anciana, sonriendo—. Son medio parecidas, pero no es igual.

—¿Bubangos?

—Sí señor, bubangos —interviene el marido—. ¿Quiere usted que le explique en qué se conoce que es un bubango?

Se ve que este buen señor tiene tantas ganas de charleta como el viajero; por eso, este no se hace de rogar y a la primera invitación, se sienta con ellos en una banqueta bajo la parra del patio para saber cómo se distinguen los bubangos, y luego, cómo se averigua el estado de la mar, y los nombres de los árboles y los aperos de la huerta:

—Eso es un serón, esto una barqueta, y lo de más allá, una panera. A mí antes no me gustaban las plantas, pero a medida que te vas volviendo viejo, te vuelves hacia las cosas más sencillas, que son las más verdaderas, ¿no le parece?

Al viajero le parece, pero es tan ignorante que aún no sabe distinguir entre un melocotonero y un duraznero. Se lo explica.

—¿Y ese de allá?

—Un viña. Y el que está bajo el cerro, un naranjero. Corre, corre, que se está saliendo el agua.

El marido se levanta, dócil.

—Y el que está al lado es un... ¿cómo se llama? —le pregunta al marido, que ya ha vuelto.

—Naranjero.

—No. El de por debajo.

—Nisperero.

—Eso, un nisperero. Y esto, una higuera. Y eso, un moral. Y aquello, un tagasaste.

—¿Tarazaste?

—No, no: Ta —ga—sas—te.

—¿Y eso?

—Calcosas, que no dan fruto ninguno, sólo comida para los animales. Y estos de aquí, geranios —prosigue la anciana, mientras toma una regadera de hojalata gris y comienza a regar el pequeño jardín frente a la fachada de la casa—. Geranios, rosas, begonias... Y esas... pues no sé: son plantas que uno tiene y que no sabe cómo se llaman.

—Ni tampoco uno se preocupa de saberlo —explica el anciano, que continúa afilando su cuchillo.

La anciana termina de regar las plantas y comienza a trastear con la palangana. El viajero sigue inventándose dudas para charlar con ellos de cualquier cosa: de las uvas y las costumbres de otros tiempos; de aquel picacho, que le dicen la Montaña Bermeja, según él y la Quebrada, según ella; y de aquella Baja, que llaman la del Negro... El viajero pregunta y pregunta, mientras intenta descubrir las claves de la felicidad de estos ancianos: basta un leve movimiento de cabeza de ella para que él le pregunte qué desea con la mirada. Antes de despedirse, se presentan.

—Tomás.

—Ólida.

—¿Ólida? ¿Así, como suena?

—Sí; no es un nombre corriente, ¿verdad? —dice, con un mohín gracioso—. ¡Yo, desde luego, no lo he oído nunca!

—Ni yo tampoco. ¿Es un nombre de aquí?

—Pues no lo sé. Me contó mi madre que cuando yo nací vino una señora del Golfo y le dijo: «¿Y por qué no la pones Ólida, que es un nombre muy bonito?». Y con Ólida me quedé.

Se hace tarde y el viajero no tiene más remedio que despedirse de don Tomás y de doña Ólida, que tenía razón la señora del Golfo: es un nombre muy bonito. Regresa al camino. A los pocos minutos, el anciano le llama, y sube corriendo, carretera arriba, presuroso, a pasitos cortos, con las manos rebosantes de peras.

—Llévelas, llévelas todas.

El viajero no sabe ni quiere negarse, y acaba con los bolsillos de la mochila, de la camisa y de los pantalones, cargados a más no poder de estas peras menudas y jugosas, como el alma de estos ancianos.

—Que le vaya bien.

—Muchas gracias. Hasta luego.

Cuando vuelve el rostro para verles de nuevo, en un recodo de la carretera, don Tomás y doña Ólida siguen trabajando en silencio, mirándose sin mirarse. La felicidad, piensa el viajero, debe ser esto.

Un poco más allá, en un altillo, descubre una tienda —*Víveres*, reza el cartel— con una portezuela y un ventanuco tan diminuto que parece de cuento. Entra. Es una casa familiar convertida en tienda. Las losetas, blancas y negras, crujen estremecidas bajo sus pies. Descubre, tras la mesa que sirve de mostrador, la adolescencia tibia de una muchachita de once años, de cuerpo menudo, trenzas rubias y ojos vivarachos como dos tarritos de miel, que le pide que espere un poquito, porque su madre no tardará en venir.

—Gracias. Mientras tanto... ¿tienes libretas pequeñas?

—Ay, no —dice, agrandando unas pupilas de mariposa asustada, en las que se trasparentan casi los revoloteos de los pensamientos—. De esas no nos quedan.

—¿Y grandes?

—Grandes, sí señor.

—Pues me llevo una grande y la parto en dos, ¿qué te parece?

A esta Blancanieves isleña le parece bien cuanto diga el viajero, pero como se está viendo ya, eso de desgajar una libreta con las propias manos no es tan sencillo como parece. Tras intentarlo infructuosamente, el viajero concluye que su ocurrencia ha sido tan salomónica como tonta.

—¿Y guillotina? ¿Tenéis guillotina?

—Ay, no. Aquí no tenemos de eso.

—¿Y un cuchillo?

La tenderita se dirige con presteza al interior de la casa y le trae un cuchillo, con el que ayuda al viajero a practicar la incisión, sujetando ella la libreta sobre el mostrador, mientras él intenta inútilmente cortar la libreta en dos.

—Imposible —dice el viajero, después de raspar el cartón con una sensación de ridículo cada vez mayor—. Muy agradecido de todas maneras.

Sale de la tienda. Vuelve a entrar.

—¿Y tijeras?

A la tenderita se le ilumina el rostro; y al fin, con un tijerón inmenso y un poco de paciencia, coronan con éxito la empresa. Ya tiene el viajero sus dos libretas pequeñas y gemelas.

—Muchas gracias y adiós —se despide, pensando que tardará mucho tiempo en encontrar una tenderita de ojos tan hermosos como esta.

—Adiós, señor; y lo que se ofrezca.

El viajero deja atrás las últimas casas de este pueblo, barrio, o lo que sea. En el siguiente repechón, amarradas a un cable fino anudado a los postes de la luz, entre las

nubes errantes, flamean unas banderas: rojos sandía, verdes césped, amarantos y azules ardientes. Un poco más allá, un cartel le da la bienvenida por haber alcanzado el punto más alto de la isla. Si su mapa no le engaña, estos riscos de la derecha se llaman de los Muertos.

Se acerca un poco más. Vaya chasco: no son banderas. Estos trapos mecidos por el viento son —lo descubre ahora, cuando se encuentra a dos palmos de distancia—, retales viejos de un muestrario de tapicería. Ya le extrañaba esta enseña de lunares, y esa, con festones deshilachados; y aquella, floreada; y la otra de cuadros...

Su corazón ácrata se alegra. Así deberían ser todas las banderas: distintas, variadas, tan numerosas como los hombres que pueblan la tierra. Cada hombre, cada mujer debía tener su propia bandera, que recordara al mundo su ser irrepetible. O mejor, ninguna bandera, para que nada —enseñas, fronteras y geografías— nos hiciese olvidar nuestra común condición humana.

Un poco más allá, junto a la última curva de la carretera, descubre la carrocería de un *suzuki* polvoriento, sin cristales ni ruedas, junto a una camioneta desvencijada de color arena. El viajero duda. ¿Qué será? ¿Una moderna *instalación* al aire libre del *Nouveau Realisme*? ¿Una escultura del Arte Povera?

Parece a primera vista, simple chatarra que espera humildemente su desguace, sin pretensiones de vanguardia. El viajero se sorprende, porque de confirmarse que se trata de un coche abandonado y no de un monumento —hay que ser precavido en estos tiempos—, este sería el primer rasgo de abandono que encuentra en esta isla de pulcritud extrema. Y, para qué negarlo, se alegra.

Sí: se alegra; ya le estaba cansando tanta higiene, tanta pulcritud y limpieza. Tan coqueta y peripuesta, tan nometoques, acicalada y lozana, esta isla le recordaba a veces un chalecito de dos solteronas inglesas. Por eso agradece este desahogo de roña a la napolitana, estos escombros en libertad, este respiro de cochambre.

Los napolitanos lo saben bien, desde tiempos inmemoriales: por eso, los turistas que recorren sus calles se topan sin cesar, de arriba abajo, con callejones malolientes, *quartieres* regados con orines de gato y patios interiores donde se apilan sillas y camastros. No es desidia, ni abandono, ni fervor por lo cutre, como suponen los ignorantes, sino sabiduría de siglos, bálsamo sabio y lenitivo eficaz para los visitantes, gente propensa al síndrome de Sthendal.

Por esa misma razón muchos *palazzi* se muestran a los ojos del mundo como excelsos leprosos del Renacimiento, con fachadas deformes por los hierbajos, bajo costras de grasa, ronchas de mugre y jorobas de humedad: las mismas que contemplaron Garibaldi y *Michelangelo*. Ese pueblo de artistas sabe armonizar el barroco de Bernini con los *grafitti* de los *tiffosi*. Sí, la basura *è bella*.

Sigue caminando. Adivina por segundos, en un claro de la bruma, los Roques de Salmor. Ocho islotes minúsculos, como ocho tildes pétreas del único saliente puntiagudo de la isla. El viajero ha llegado a la cota más alta, frente a un mar de nubes del que emergen varios picachos.

El dramatismo romántico de la escena se trasforma en segundos, al diluirse la niebla, en la alegría multicolor de un cuadro impresionista, y pasa de Fiedrich a Van Gogh. Contempla por primera vez desde el mirador el paisaje del Golfo, la otra cara de la isla. Verdaderamente, como escribió Urtusáustegui, es *un golpe de vista hermoso*. El azul marino se derrama hacia el horizonte con tonos compactos, entre la larga cicatriz de piedra del litoral, como si un monstruo marino surgido de las profundidades lo hubiese desgarrado a dentelladas, dejando sobre el mar, tras su ingesta brutal, restos de peñascos afilados y jirones de rocas, como sobras de su comilona.

En los jardines del mirador, un jardinero de veintipocos años canturrea dando golpes de azada entre las plantas. Luce una barba espesa, melena acaracolada y una coleta semioculta bajo la gorra amarilla vuelta del revés. En este año 2000, con las Torres Gemelas todavía en pie, su aspecto es sorprendente; quince años después, se pondrá de moda: a finales del 2060 dirán que… El viajero le saluda y comienza a preguntarle por este arbusto y aquel. Responde con desgana. Los nombres de las plantas no le interesan.

—¿Ha visto los Roques de Salmor?

—Sólo un momento, entre la niebla.

—Pues véngase, venga. Póngase aquí y contemple...

Conduce al viajero hasta la atalaya y le muestra la vertiente de barlovento. A su derecha, el Atlántico; a su izquierda, el espinazo verde de la Meseta de Nisdafe, con cumbres de mil quinientos metros; a sus pies, el vértigo de los acantilados; enfrente, el largo abrazo entre la mar y el cielo. Se divisa entera, a vista de pájaro, la planicie del Golfo: las manchas verdes de las plataneras, los senderos y atajuelos; y los caseríos blancos.

—Toda esa zona se llama de medianías. Aquellos bosques ¿ve?, son de laurisilva; y al fondo...

Al fondo se ve el lado femenino de esta isla—macho. Su propio nombre remarca su masculinidad. Las líneas ariscas de las tierras del norte se amansan y dulcifican por aquellos pagos. A medida que bajan hasta el litoral, van ondulándose, perdiendo la brusquedad rectilínea de los acantilados. La llanura del Golfo semeja una inmensa taracea con forma de media luna; un costurero descomunal que el monstruo marino hubiera partido en dos, dejando a la vista sólo la mitad del dechado.

Su cicerone le explica que desde aquí El Golfo parece media rebanada de pan, ¿verdad?, como si se hubiera desmoronado un volcán; pero no; fue una falla: una falla enorme, como la de San Francisco, que se hundió en el agua... y algunos dicen que se formó una ola tan grande que llegó hasta América.

Ordena el alboroto de su barba y continúa, riendo.

—Figúrate... ¡América! Mira: esos peñascos de abajo son los Roques de Salmor. Ahí justo encontraron al lagarto gigante, que tiene un tamaño bastante superior al resto de los lagartos... Ahora quieren que viva en otras zonas de la isla, porque no es un lagarto agresivo, sino un animalote pacífico, herbívoro, tranquilo... No sé si verás alguno. Con suerte, quizá. Viven en un sitio inaccesible, en la fuga de la Goleta, que es esta zona de aquí... O esta de aquí, no sé. Lo importante es que se está evitando que desaparezca.

Aquello es el lagartario de Guinea. Dicen que el pueblo se llama así porque cuando capturaban a los esclavos en el Golfo de Guinea, los llevaban ahí hasta que se llenara el barco. Vete tú a saber...

Le señala un edificio pequeño, junto al mar.

—Eso, que antes era un almacén, es ahora el hotel más chico del mundo. Tiene el diploma del Guinness. Bueno, *era* el hotel más chico, porque tenía cuatro habitaciones; pero se ve que alguien dijo: ¡Ah, pues yo lo voy a hacer más pequeño! Y lo hizo de tres. Y pienso yo que ahora debían quitarle una habitación a ese y ya está...

Se pone serio de repente y continúa:

—Esto está creciendo económicamente, pero cuando lo del 36, y después, se debió pasar mal. Hubo muchas sequías y el campo no ayudaba... La gente comenzó a comer raíces y a pensar en la emigración. Por eso, aquí es raro el que no ha estado en Venezuela.

—Precisamente ayer estuve hablando con uno que...

—...había estado en Venezuela, ¿verdad? Y te contó sus aventuras, ¿no te dije? Y te diría que esto era muy pobre y se morían de hambre… Pues, mira: depende. Lo que pasa es que aquí nadie ve la paja, sino la del vecino. ¿Cómo es el dicho ese?

—Que sólo vemos la paja en el ojo ajeno.

—Eso. De esta isla se fueron en los años cuarenta porque decían que aquí no se sacaba nada; y era verdad, pero sólo en parte; porque en los años sesenta vinieron los de la otra isla, y empezaron a trabajar esas mismas tierras y convirtieron el Golfo, que era un secarral, en una inmensa platanera. Ya se ve que el problema no estaba en la isla, sino en su cabeza...

Durante la media hora siguiente hablan de frutales y viñedos, de plátanos y piñas; de los desterrados políticos y de aquel inglés que descubrieron *in fraganti* con un saco repleto de lagartos para venderlos; de las *mudadas*...

—No sé si te suena la palabra: las familias se mudaban de casa por lo menos dos veces al año, para la poda o la vendimia. Cada pueblo tenía su pueblo hermano en la otra vertiente. Los de San Antonio se venían a los Llanillos; los de Tiñor, a Malnombre; los de Albarrada a Las Toscas... Y otros a Frontera, que son esas casas que se ven al fondo. Tiene, ¿lo ves?, el campanario separado de la iglesia, encima de una colina, para que las campanas se oigan en todo el valle. Allí al fondo, aunque no se ve desde aquí, hay una casa pequeñita que llaman del ataúd y te muestra la pobreza que había en esta tierra; menos mal que como sólo se moría un tipo de San Juan al Corpus...

—¿De San Juan al...?

—O sea, que pasaba mucho tiempo entre que se moría uno y otro; y en esa casa tenían un ataúd que servía para todos: metían al muerto en la caja, lo llevaban a la Villa, lo enterraban y se traían la caja de vuelta, de reserva, para el siguiente. Tenían un lugar previsto para descansar durante el viaje: la Piedra de las Vueltas. Curioso. Yo he viajado por muchas partes del mundo y nunca he visto nada parecido.

—Yo tampoco. Esto es... otro mundo.

—Eso. Aunque, por otra parte, compadre, no somos tan distintos. En esta isla tenemos todos los mundos. Mira: yo tengo un amigo al que le ha dado por buscar nuestras raíces, y un día me estaba diciendo que si tal y que si cual, y que si descendemos de los bereberes y no de una colonia romana deportada, y para arriba y para abajo, por los signos que han encontrado en los letreros del Julan, ya habrás oído hablar de esos signos, unos jeroglíficos que muchos vienen a intentar descifrarlos. Y yo, dándole vueltas después, en mi casa, me decía: sí; venimos de los bereberes, venimos de los indígenas... pero también de los conquistadores, porque se mezcló la sangre, ya sabes, por el modo que quieras; porque un padre, aunque sea bastardo, no deja de ser un padre... Y ese es nuestro pueblo: una mezcla de sangres. Por eso, yo digo a veces que llevo el universo entero dentro de mí. ¿Tú crees en algo?

El viajero le devuelve la pregunta:

—¿Y tú?

Como respuesta, el filósofo—jardinero se desabrocha los botones de la camisa y le enseña el hombro, donde lleva tatuado, sobre la piel reluciente y morena, el Crucificado de Velázquez.

El viajero le seguiría escuchando durante horas, pero no tiene más remedio que seguir su camino. Se despiden. El jardinero—poeta—historiador sube a su coche, arranca, y cuando está a punto de enfilar la carretera, se detiene, abre la portezuela, baja de nuevo y se acerca al viajero con una *cassette* de música en la mano:

—Toma, amigo. Para tu colección.

El viajero agradece el recuerdo y se sienta al borde del risco. Allí, mientras escucha las canciones de esta tierra y saborea las peras que le ha regalado don Tomás, intenta recordar dónde ha leído que el amor y la amistad son el resultado de mezclar renuncia, magia, complicidad, química y hechicería. Pocos conocen la fórmula secreta de esa alquimia, que sólo se logra con silencios, sufrimientos y sonrisas de perdón, escuchas atentas y jugos de flores cotidianas con nombres desconocidos, como las que tiene doña Ólida en su jardín.

Reemprende su camino hasta que un auto se detiene a su lado. Un matrimonio isleño se ofrece a llevarle al Golfo.

El viajero agradece la invitación, pero no acepta. Responde, comedido y digno:

—Muchas gracias, pero voy a pie.

Y a pie, torciendo a la izquierda, al final de una vereda, se encuentra con un cementerio. Se detiene un instante, porque le repelen los camposantos y jamás entraría por su gusto en uno ellos. Lo contempla desde lejos. Es sencillo, pequeño y recoleto, y está protegido por cuatro muretes encalados de blanco. Un lugar simpático, aunque quizá no sea ese el adjetivo más adecuado.

Sin darse cuenta, ya está frente a la cancela. El viajero experimenta, ya lo ha dicho, una repulsa íntima hacia lo funerario: no lee las esquelas y no le hacen gracia los chistes macabros; pero hay algo en este cementerio que le atrae; quizá, la ausencia de ese aire melancólico y tétrico y de esos alardes funerarios que hacen furor en los cementerios italianos.

¡Qué lujo, qué aparato sepulcral en el camposanto de Nápoles! ¡Qué soberbia *post mortem* la de los patricios de esas capitales! ¡Qué panteones se preparaban los miembros de las grandes familias en su postrera ostentación de poderío terrenal! ¿Será cierto lo que de aquella castañera genovesa que estuvo ahorrando durante toda su vida para pagarse un panteón «de primera especial»? *Se non è vero è ben trovato…*

Por el contrario los primitivos indígenas de esta isla sepultaban a los suyos, según cuentan, en cualquier cueva de la montaña, sin un yo valgo más que tú, con sentido democrático ejemplar. «Todos eran iguales en casta y linaje, si no era el rey», aseguran los arqueólogos.

Quizá por eso en esta necrópolis recoleta no haya cipreses de luto vertical, esos árboles angustiados que entristecen la costa mediterránea; ni verjas renegridas; ni tumbas con epitafios trágicos y versos con lamentos en los mármoles resquebrajados. No hay tampoco fotografías ovaladas de adolescentes muertos en plena juventud, ni esculturas con las manos rotas, ni querubines de culete pomposo recubierto de verdín, secándose las lágrimas en pañolones de escayola.

Eso explica que el viajero se detenga, indeciso, ante la cancela (que no chirría, como parece obligado en cualquier cementerio que se precie) y acabe desatando los nudos del cordel que hace las veces de cerrojo.

Entra. El blancor de las tumbas contrasta con el negro del picón volcánico, que forma un cuadrilátero en el suelo, y el viajero, en contra de sus fobias, comienza a caminar entre las lápidas, pensando que uno no acaba de conocerse nunca.

Muchos murieron centenarios. En una esquina encuentra una lápida de mármol negro, en la que lee su nombre y sus dos apellidos, tan comunes en esta isla.

—Ajá. ¿Era esto lo que buscabas? ¿Encontrar tu propia tumba?

El viajero debería haberse estremecido al *verse muerto*. No ha sido así, porque la muerte, como punto final, pertenece siempre a los demás. Cuenta los nichos vacíos. Treinta y tres. Cuarenta y cinco, incluyendo los huecos del suelo. Eso significa que si a todos los ancianos de la isla se les ocurriera morirse esta tarde, tendrían serios problemas de alojamiento. Pero no hay que temer: en este rincón del mundo la vieja puta se toma su oficio —y ese sí que es el más antiguo del mundo— con calma soberana: desde San Juan al Corpus, como decía el poeta—filósofo—jardinero.

Además el personal se muere aquí de puro viejo y descansa eternamente entre gente de confianza: padres, hermanos, primos, abuelos, sobrinos, yernos, cuñados y vecinos; no como en las grandes capitales, donde se arma tal revoltijo que vaya usted a saber junto a qué tarambana le toca esperar a uno las trompetas del Juicio Final.

Qué escandalosa naturalidad la de esta muerte isleña. Aunque, pensándolo bien: ¿hay algo más natural y cotidiano que morirse? Aquí la muerte se ofrece desnuda al visitante, sin los pudores de Centroeuropa. Nunca vio el viajero durante el tiempo que vivió en Suiza un cortejo de difuntos por las pulcras calles de Zúrich o Ginebra. Un discreto servicio funerario se llevaba a los finados por la noche, casi en secreto, como si hubieran cometido un delito vergonzoso. Qué políticamente incorrecto, qué falta de *politesse* y buen gusto, cometer un óbito en plena sociedad del bienestar.

Estos isleños, por el contrario, parecen saber cómo se las gasta y asumen que tarde o temprano se saldrá con la suya: abrirá la puerta (aunque parezca que la cierre) y les acabará besando, uno a uno, en la frente, desanudando el hilo de su aliento, un hilo resbaladizo y traicionero, menudo y frágil, como el cordelillo de la cancela de este cementerio. Y sentirán en su nueva piel una bocanada de luz y de misterio.

De repente, al viajero le entra la prisa: anuda el cordel, carga de nuevo con su mochila y enfila con paso rápido la carretera, tras refrescarse con la cantimplora que le prestó su amigo Luis hace más de tres años. Nunca se acuerda de devolvérsela.

Un letrero indica, a la derecha: *Camino de la Peña*. Sobre su cabeza, un sol de fuego. Se ha disipado la niebla, y con ella, la aureola brumosa con la que esta isla se arrebuja por las mañanas. El camino no merece el nombre: es un sendero malo, de polvo y tierra; un atajo de cabras que avanza entre sequizos y pastizales. A su izquierda, unos labrantíos que según el mapa se llaman los Jarales. Huele a espliego, tomillo y hierbabuena.

Sigue caminando hasta que descubre, a su derecha, un camino de herradura que desciende casi en vertical hacia la costa, estrecho y empinado como un tobogán. Y lee en unas tablas, con las letras carcomidas por el sol:

«Camino de la Peña».

Se le ponen los pelos de punta. No esperaba semejante despeñadero. Ahora comprende por qué le dijo el rapado: «Es tu responsabilidad». Y aquí está, paralizado, como equilibrista antes de lanzarse al vacío.

Allons enfants de la Patrie: anuda con cuidado sus zapatillas de suela resbaladiza, amarra el cordón de sus gafas a un tirante de la mochila, y comienza a descender de espaldas, junto al murallón de piedra.

Esto es una temeridad y una locura. Deberías haberte ido con ese matrimonio que se ofreció a llevarte al Golfo.

A sus pies, un precipicio de seiscientos metros de caída libre.

Demasiado peligroso. Ya te lo dijo el rapado. Quién te mandará meterte en esto.

A lo hecho, pecho. Ahora, vista, paciencia y sentido del equilibrio.

Y valor también, porque una caída desde aquí es necesariamente mortal. Se acabó: no voy a pensar en nada hasta que llegue abajo. Da un paso, y otro, y otro, con sumo cuidado.

En un ensanchamiento del sendero, saca el mapa y reconoce cada entrante y saliente del litoral: Punta Grande, Punta de Izquierdo, Punta de Márquez, Punta Negra, Punta del Altar... Y allá, cerca de la meseta de Nisdafe, los roques desafiantes que llaman El Cuchillo de Jinama.

Guarda el mapa, porque la vista será todo lo grandiosa que se quiera, pero da terror contemplarla. Bastante tiene con ver dónde pone el pie. Hace años, en los Pirineos estuve a punto de... Intenta apartar de su mente los malos recuerdos, pero está claro que si doy un traspiés me voy derecho al fondo del barranco. Y nadie me espera. Nadie, salvo el dueño del hotel, que no me echará en falta si no llego. Salvo que me pase como a Juan, y la dueña tenga una corazonada.

Mi amigo Juan se despeñó en una isla parecida a esta hace poco más de un año y tiene

la suerte de contarlo, porque la señora del dueño no hacía más que preguntarse por qué aquel cliente no había llegado aquella noche.

Sí. La esposa del dueño es tu única esperanza, si caes con vida al fondo de este precipicio solitario. «Qué raro, no ha venido —le dirá al marido—, con lo interesado que estaba ese señor en llegar pronto». «No empecemos, le cortará el marido, cuántos y cuántos reservan plaza y luego no aparecen». «¿Y sí...?». «Por favor, Carmina, no empecemos…» (el viajero está seguro de que se llama Carmina). «Antonio, es que tengo una co...». «Carmina, compréndelo, no vamos a llamar a la policía cada vez que tengas una corazonada».

Pero Carmina es terca y seguirá insistiendo, convencida de que al viajero le ha sucedido algo; y le esperará en el porche del hotel hasta las doce o la una de la noche, sin dejar de mirar hacia la montaña. Se acostará inquieta y pensará en él antes de conciliar el sueño, mientras que el viajero, inconsciente, se irá desangrando en la ladera del barranco, tras una caída fatal de cincuenta metros, bajo unas zarzas, con la muñeca y los tendones rotos, y una contusión grave en la cabeza, igual que Juan.

Igual que Juan, pasará una noche de angustia interminable, entre alucinaciones y lamentos, hasta que al día siguiente, al despertarse, a Carmina se le ocurra llamar por teléfono a la Oficina de Turismo de la Villa, donde trabaja el hermano de una cuñada suya, para saber si saben algo de... «Pues sí, el Tadeo —le dirá a su esposo— recuerda muy bien al hombre, porque le dijo que no bajara por el camino, que es muy peligroso, y él se empeñó en bajar. Sí, así se lo dijo, con esas mismas palabras, pero el hombre parecía terco y testarudo». «Antonio, ese se cayó, tengo una corazonada». «Carmina, por favor». «Antonio...». Y al minuto, para que le deje en paz, Antonio concederá: «Mira, haz lo que quieras, llama a los bomberos, porque no hay quien te pare cuando se te mete una idea en la cabeza». Y primero Antonio, y luego Carmina —ella con su móvil y él con el teléfono del hotel—, avisarán al Servicio de Bomberos, a Protección Civil, al Ayuntamiento y a la Policía. «No se preocupe, señora, que ahora mismo vamos, le dirán los del helicóptero de Protección Civil, si de todos modos esta misma mañana teníamos que hacer un vuelo de reconocimiento por la zona. Ya miraremos». «Son siempre los turistas los que dan trabajo —le dirá el piloto a su ayudante, un novato que acaba de llegar hace veinte días, antes de despegar, entre el zumbido de las hélices— y además de no tener experiencia, son temerarios». «Es que son temerarios por eso —le dice el novato— porque no tienen experiencia». (El que no tiene experiencia eres tú —piensa el piloto— qué sabrás de esto, pero no se lo dice, para mantener el espíritu de cuerpo). «Ese se ha despeñado». «No, hombre, no; se habrá perdido, o ni siquiera estará en la isla, tú no sabes cómo es de preocupona la Carmina, que no es la primera vez que llama».

Y darán una vuelta, y otra, y otra, y al principio no le verán y pasarán de largo, pero en la tercera, en la cuarta vuelta quizá, cuando ya pensaban regresar a la Villa, el novato creerá ver algo parecido a una mochila roja entre los matorrales; luego, volarán más bajo y... Sí: es una mano. «¿Es el Hospital, el Servicio de Urgencias?» «No se preocupen: en diez minutos, en un cuarto de hora como mucho, están ahí. Eso: dos de la Cruz Roja y un especialista en salvamento. Venga».

Tras descolgarse del helicóptero, el especialista en salvamento —que seguirá furioso, porque pensaba librar aquella mañana y marcharse con su novia a la playa, que siempre te viene el trabajo cuando ya tienes los planes hechos— anudará al viajero en la maroma, todavía inconsciente, y lo subirá al aparato, procura que mueva la cabeza lo menos posible, así, muy bien, con el costado sangrante y un brazo amoratado, en medio de la expectación de las gentes del Golfo, que al ver el helicóptero dirán: no aprenden, otro turista despeñado; y le llevarán en la ambulancia por las calles de la Villa entre el estrépito general y una locura de bocinas y sirenas; y el cirujano de guardia, que acaba de tener un hijo esa misma mañana, que siempre se junta todo en el mismo día, le operará de urgencia y al día siguiente, cuando despierte, en la habitación número doce de la primera planta, el viajero no recordará nada de lo que ha pasado, qué hago aquí; y a su lado, junto a la cama, satisfecha, melosa, benéfica, feliz, más segura de sí misma que nunca, Carmina le dirá en voz baja: «Usted no se preocupe, que ya hemos avisado por teléfono a su familia, y todos vienen de camino para acá, y los médicos dicen que lo más malo ya ha pasado; menos mal que se me ocurrió llamar a los de Protección; ya le contaré: pero ahora usted no se preocupe, duerma, que es lo que han recomendado los médicos; lo que tiene que hacer es no pensar y recuperarse; duerma, que falta le hace». Luego, volviéndose hacia el Antonio, que está de pie, no sabe si contento o irritado, junto al cabecero de la cama, Carmina remachará, triunfal y fastidiosa:

—Para que otra vez no hagas caso de mis corazonadas.

En estas, el viajero decide dejarse de imaginaciones, y se detiene. Contempla abajo, diminutos, los caseríos del Golfo, entre el ajedrezado de las huertas. Recobra el ánimo.

…Ánimo que pierde enseguida, al encontrarse en el recodo siguiente con una piedra que corta el sendero. Logra bordearla a duras penas. Sigue adelante. Se detiene de nuevo para recobrar el aliento. Está sudando. Abajo, el mar, de un verdor azulenco y transparente, deja ver los arrecifes sumergidos bajo el agua.

No pienses. Sigue bajando.

Otra piedra de grandes dimensiones obstruye de nuevo el camino. Tras un instante de vacilación, salta por encima y continúa a paso ligero, procurando no pensar en el peligro que acaba de correr, porque un movimiento en falso le hubiera precipitado hacia el abismo. No pienses en eso, recuerda algo que te distraiga; por ejemplo, los lagartos de Salmor, debe ser formidable encontrarse con uno de ellos. Son del tamaño de un gato, dicen. Inmensos. De color pardo negruzco. Sería formidable...

Un nuevo recodo. Más piedras desprendidas. Salta, no pienses: dicen que esos lagartos comen escarabajos, saltamontes, abejones, chinches y larvas de mariposa. Debería de haberle hecho caso al… pero ya no tiene remedio. ¿Y si desanda el camino? No. Continúa descendiendo.

Encuentra ahora un arco formado por la retícula de una araña que brilla al sol, frágil y temblona. Los hilillos están intactos. Eso significa... Sí, significa que no ha pasado nadie por aquí en mucho tiempo. ¿Y qué? Decide plantar cara a sus propios sentimientos: va a despreocuparse. Canta, vas a cantar, se ordena a sí mismo: voy a cantar. *Hey Jude.... And anytime you feel the pain, hey Jude, refrain, don´t carry the world upon your...* En el

siguiente recodo se le ahoga la voz, al descubrir, incrustado en la roca, un nicho de mármol, con una fotografía y una fecha. Lee, con pena y respeto:

... muerta en 1972.

Continúa descendiendo, en silencio. Nuevas telas de araña. Más piedras desprendidas.

1972.

El Golfo, bajo sus pies, le ofrece uno de los paisajes más hermosos que haya contemplado nunca.

1972. Casi treinta años. Otro recodo del camino. Otro. Otro. Unas nubes componen en el cielo, por segundos, perfiles de caballos, montañas caprichosas, rostros de mujeres con los cabellos al viento, manos que...

Sin saber cómo, resbala, da un trompicón y se queda tumbado a lo largo en el camino, con la cabeza al borde del precipicio. Se incorpora trabajosamente, con las manos ensangrentadas y unos rasponazos en el antebrazo. Nada.

No ha sido nada.

No ha sido nada, pero podías haberte matado. Empapado en sudor, intenta bromear consigo mismo, y llama a sus espectadores del Golfo.

—¡Eh, muchachas del Golfo! ¡Las del hotel! ¡Miradme! ¡Voy a batir un récord!

Sí; vas a batir un récord: el récord de bajada lenta de montaña. La mochila pesa cada vez más y estas zapatillas... No pienses en eso. Detente para contemplar el paisaje. No pienses.

Se encuentra con media ladera de la montaña desgajada. El camino ha desaparecido. Ahora o nunca. Se lanza sin pensar, trepa como puede entre las piedras, da un salto sobre el talud de tierra, y alcanza el otro lado casi de milagro, cayendo justo al borde del precipicio.

Uf... No pienses, camina y no pienses.

Va recobrando poco a poco el aliento.

Sigue descendiendo.

No pienses.

Qué bien te vendría aquí tener un tamasaque, aquel cayado que usaban los indígenas para bajar por estas quebradas. Dicen que los untaban con tuétano de cabra para ponerlos amarillos, y que…

Tras el siguiente recodo, otra hornacina de mármol blanco. Otro que falleció en este intento. Ya te lo dijo el rapado: «El camino está muy malo, no se lo aconsejo».

No tiene ánimos para leer la inscripción de la lápida. La tierra se vuelve de color rojo oscuro. ¿Cómo se llamaba aquel pintor que se retrató a sí mismo, atropellado bajo las ruedas de un coche y que murió pocos años después en un accidente de tráfico tal y como se había pintado? Otra inscripción en la roca.

Esta vez no es funeraria: es la firma de un tal Vidal, que quiso dejar constancia de su excelso paso por este lugar. Encantado de conocerte, Vidal, perdona que no me detenga, pero tengo prisa.

El camino se allana poco a poco.

La una y media.

Más piedras desprendidas.

Al fin, a las dos de la tarde, la música del mar.

El viento arrastra hojas secas y voces entrecortadas. De cuando en cuando, se escucha un sonido de claxon, un grito perdido. Está regresando al reino del hombre.

Llega por fin a la planicie, donde enfila un sendero que desemboca en una avenida con palmeras. Se vuelve para contemplar la montaña vencida, como un David orgulloso de su hazaña. Y toma la decisión de no volver a jugarse tontamente la vida; al menos, de forma tan absurda y temeraria como en esta ocasión.

Pasa a su lado, tocando la bocina, una camioneta desvencijada. Lee, en la puerta delantera: *Manolo el Portugués.* El viajero le saluda apretando el paso, no vaya a ser que este paisano se empeñe en llevarle a cualquier parte. Pregunta por el hotel Jazmín del Sur a un niño desgreñado y descalzo, embutido en una camiseta naranja que le llega hasta las rodillas.

—No sé.

—¿Ni siquiera te suena la calle?

Se queda pensativo. Hace un gesto de intensa reflexión, se apoya el mentón en el puño, cierra un ojo y frunce exageradamente el ceño, hasta que dice, agitando la mano:

—Ya sé dónde es: pa allí pa allá.

El viajero se dirige *pa allí pa allá,* hasta que encuentra una casa modesta, con un patizuelo triste y una higuera abrazada a un muro sin encalar. El suelo es de tierra, con restos agrietados de cemento. Bajo el chamizo de caña hay una mecedora, una silla coja, y unas cuantas macetas con geranios resecos. Más allá, sentado al borde de una mesa humilde de madera, un viejecillo se anuda al cuello una servilleta. Una mujer de pelo trigueño, con delantal gris, le acerca una sopera humeante.

—¿El hotel Jazmín del Sur?

—Aquí mismo.

—¿Aquí? —exclama el viajero, disimulando su asombro. Hay una ligera diferencia entre la estampa que contempla en estos momentos y las fotografías del comedor que incluía el folleto del Hotel.

—Aquí mismo, tras esa casa —continúa la mujer, señalando con el mentón el próximo edificio y depositando la sopera sobre la mesa—. Ahí está el cartel.

Tras el cartel descubre un caminillo con parterres rebosantes de diamelas y claveles de la India. La zona de recepción está cerrada. Da varias vueltas por el jardín, en busca del dueño, el recepcionista o algún camarero. Pero no hay nadie en todo el establecimiento. Al fin repara en un papel pegado en el cristal de la puerta de recepción.

Sr. Viajero
La llave la tiene
en la habitación n.º 2

El apartamento número 2 da directamente a la carretera. Y aquí está la llave puesta en la cerradura, de forma que cualquier conductor o paseante podría llevársela con sólo

alargar la mano. Pero en esta isla de la confianza las cerraduras son sólo un motivo de decoración.

Bien. Esta es su habitación, limpia, cómoda y espaciosa; este es el frigorífico; esta es la ducha y este, el chorro de agua helada bajo el que se refresca; y esta es, por fin, la cama en la que se tiende y se duerme, hasta que a eso de las cinco y cuarto de la tarde, al despertar, repara en un ligero detalle: se ha olvidado de comer.

***

—¿Cansado, eh? —le dice la camarera de un restaurante cercano al hotel, al traerle la carta.

—Pues la verdad, menos de lo que esperaba. ¿Me ha visto bajar la montaña?

No, la camarera no le ha visto bajar. No le ha visto tampoco la cocinera que trasiega desde la cocina hasta el salón, una caribeña exuberante con aspecto de matrona romana, con un cuello imposible que emerge tras un delantalón carmín. No le ha visto bajar absolutamente nadie.

Los comensales —únicos clientes del restaurante junto al viajero en estos momentos — son nueve: una anciana de negro con sus cuatro hijos y sus cuatro nueras. Mantienen dos conversaciones cruzadas: reposada y bronca la de ellos, frenética y gritona la de ellas: ellos proclaman que el océano reclama siempre lo suyo, porque es la ley del mar, y si no fíjate en lo que pasó en el Roque de Bonanza, donde hicieron un hotel cerca de las rocas, a flor de agua, robándole su playa al océano, y a la primera subida, hasta los colchones salieron flotando. Ellas son casi todas de Aries, salvo una que es de Escorpio:

—Las Aries somos enérgicas y agresivas.

—Pues el horóscopo dice que las Escorpio tenemos problemas con los Géminis.

—Paparruchas.

—Pues a mí me acierta siempre. Manuel es Géminis.

—Pues Paco también es Géminis y fíjate.

A continuación discuten sobre el nombre que le van a poner a la niña: Tania o Yasmin, que son dos nombres preciosos. Otra cuñada prefiere Jennifer. La otra, Mariana.

—¿Mariana? ¿Cómo te puede gustar Mariana?

—¿Y por qué no?

Al cabo del rato las dos conversaciones confluyen en una: cómo se vivía y moría en esta isla en los tiempos antiguos, es decir, hace poco menos de cuarenta años. El viajero aguza el oído. Cada vez que un hijo solicita el asentimiento con un ¿verdad, abuela?, la *materfamilias* hace un gesto indescifrable, hasta que el siguiente comensal cuenta la costumbre más truculenta que recuerda.

—Se les enterraba con los pies para delante, para que el alma pudiera encontrar el camino de vuelta, ¿verdad, abuela?

—Con las manos así, sobre el pecho, cuando eran niños o mujeres solteras.

—Y había animales de mal agüero.

—Como los cerdos y los tapagados ¿verdad, abuela?

—¡Anda, y como los perros!

—*El perro aúlla, madre* —canturrea una de las nueras— *tras de la puerta*...

—*Antes que acabe el día* —prosigue otra, divertida— *ya estaré muerta.*

—Qué horror.

—Y había almas en pena. ¡Y almas *arrimadas,* que maullaban como los gatos! Y duendes.

—¡Uy, los duendes! ¡Si lo sabré yo! ¡Eran la mar de caprichosos! —cuenta la nuera mayor de todas—. Se pasaban el día cambiándote las cosas de sitio: los dedales, los carretes de hilo, las tijeras...

—Yo no sé —corta la nuera joven, seria— cómo podían vivir así.

—Compréndelo, hija: era otra mentalidad, otros tiempos. Hay que situarse.

—Ni mentalidad ni nada. ¡Miseria! —ataja uno de los hombres—. Eso es lo que era.

— Y hacían bailes ante los que se morían.

—Sí. Y tenían remedios para todo: para el mal de ojo, para el quebranto, para averiguar dónde estaban los desaparecidos...

—A propósito, ¿sabéis algo del Fausto?

A continuación le toca el turno al Torondo, un roque que era mejor no mirarlo, porque como vieras a un cuervo posarse en su cima, es que la muerte te estaba acechando... Desde ese roque se hacía el *margareo*: algunos isleños subían allí por las noches para gritar las verdades reprimidas durante años: *«¡El Juan es un ladrón! ¡La María está engañando al Santiago, con el Mateo!* »

La conversación gira ahora sobre ermitas y santos. La abuela comienza a recitar:

Me preguntas por los santos,
yo te diré dónde están.
San Telmo está en el puerto,
viendo los barcos fondear.
La Concepción, en la Villa.
San Pedro, en el Mocanal...

Su voz temblorosa y aguda resuena en el silencio del restaurante como un hilillo de cristal a punto de quebrarse.

San Salvador en la cumbre.
Al canto arriba, el brezal...
San Andrés, en Ajarera,
haciendo grano de pan.

Parece que ha concluido y algunos estrenan un aplauso. Pero faltan todavía los dos versos finales:

Es como el cuento que dice:
Cada santo en su lugar.

Los hijos, las nueras, las camareras y el viajero aplauden y corean:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien, abuela!

Cada santo en su lugar —piensa el viajero, de regreso a su hotel—. Cada generación burlándose y escandalizándose de lo que hizo la anterior para terminar haciendo algo muy parecido, aunque de otra manera. *Camina el viento hacia el sur, gira hacia el norte, y gira y gira el aire, sin dejar de girar.*

Atardece. Se presagia la noche en el horizonte con sombras alargadas de tonos cárdenos. Es un cielo de tragedia, algo afrancesado y enfático, a lo Gericault, porque también esta isla tuvo su *Medusa*, que aquí se llamó *Fausto.*

El *Fausto* zarpó desde este mismo puerto, allá por los años sesenta, a medianoche. Era una embarcación tripulada por cuatro marineros experimentados y se dirigía a una isla cercana. Jamás llegó a su destino.

Durante la movilización general —radio, helicópteros, servicios de emergencia— que se organizó enseguida, se pensaba en un simple percance: un arte de pesca trabado en la hélice, una confusión en la ruta o algo similar; y pareció confirmarse esa impresión cuando el *Duquesa*, un carguero británico*,* localizó al *Fausto* aquel mismo día, a unas cien millas más allá. Cosas que pasan, así es la mar, dijeron. Los ingleses les suministraron agua, víveres y combustibles, y comunicaron por radio que aquella misma tarde llegaría al puerto.

Pero no llegó, y durante los diecisiete días siguientes varios aviones y buques de la Marina de Guerra estuvieron buscándolo infructuosamente en el mar. Se desataron los rumores. Se habló de Venezuela...

Pasó el verano. A comienzos de septiembre un carguero italiano encontró el *Fausto* a la deriva, en medio del océano. En la sala de máquinas estaba el cadáver descompuesto del mecánico, junto al timón, con varias cartas escritas a mano. Del resto de la tripulación, ni rastro. No había libro de bitácora, ni documentación de ningún tipo. La nave había navegado sin rumbo durante más de mil millas, al capricho de los vientos.

El carguero italiano lo remolcó durante dos días. Pero cuando amaneció el día tercero, el *Fausto* había desaparecido.

Llegaron a Venezuela. En Puerto Cabello el capitán entregó las cartas a un funcionario del Consulado. Y desde entonces, a lo largo y ancho de la isla, todo han sido silencios y sospechas sobre el *Fausto*.

El viajero se recuesta entre las rocas para contemplar este cielo, blanco como un sudario, con nubes rojas de piel fría, como teñidas de sangre derramada. El sol bermejea a lo lejos. Sopla el viento, mientras atardece y se apaga lentamente el festín de colores. La brisa marina, tierna y recia como la caricia de un padre, azota el rostro del viajero, que comienza a leer al escritor danés:

> *Que hayas sido creado y hecho hombre, que tengas olfato y gusto y tacto, que el sol brille para ti por su causa, y que después, cuando el sol se cansa, salga la luna y se enciendan las estrellas; que llegue el invierno y toda la naturaleza se disfrace y juegue al escondite para distraerte; que broten las hojas tiernas y el bosque se embellezca como una novia para brindarte alegría…*

Se levanta y comienza a caminar de regreso. Pasa la página. Intenta seguir con su lectura. Se detiene bajo la luz macilenta de una farola del paseo.

Si todo esto no es nada de lo que poder alegrarse, es que no hay nada en absoluto de lo que poder alegrarse. Piensa que el lirio y el pájaro son alegría, y que a pesar de eso tienen mucho menos de que alegrarse que tú... Aprende del lirio y aprende del pájaro, que es buen maestro....

Un coro de grillos da alfilerazos al silencio. Se dirige a su hotel por una vereda de tierra, pensando en la sabiduría de Kierkegaard, a pesar de las brumas interiores y exteriores que le rodearon. Las luces de neón del *Jazmín del Sur* parpadean entre la negrura. El hotel continúa solitario. Llama al timbre de recepción. No contesta nadie. Descubre un auto al fondo de la avenida, junto a la carretera. Se acerca. Está seguro. Debe ser él.

—Buenas noches.

—Muy buenas.

Es un tipo grueso, de mediana edad, con la camisa entreabierta, que se abanica penosamente con un cartón.

—Perdone... ¿Es usted el dueño del hotel?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque... Pero, ¿es usted el dueño o no?

Al fin musita:

—Sí.

—Qué bien. Es que me gustaría pagarle ahora, porque mañana me levanto temprano.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Usted dirá...

No dice nada. El buen señor baja del auto con gesto resignado y conduce al viajero hasta la recepción del hotel, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Qué calor. Vengo de un restaurante y estaba abarrotado. En esta isla ya no se puede ir a ninguna parte. Esto... ¿a qué venía yo?

—A cobrarme.

—Es verdad. Voy a ver.

El viajero está de suerte. Con paciencia, en cuanto este buen señor se aclare con el manojo de facturas, y encuentre la llave de la caja fuerte, conseguirá pagarle.

Lo logra al fin.

—¿Quiere una cervecita? Le invito.

—No, muchas gracias.

—¿Y un refresco? Con este calor...

El viajero acepta.

—Perdone que le haya molestado a estas horas. Si hubiera encontrado a alguna persona en el hotel, a su mujer, por ejemplo...

—Soy viudo.

—Ah, perdone. ¿Y dónde dejo la llave cuando me vaya?

—La llave —dice, mientras le anega la frente otra catarata de sudor—. La llave... Esto... déjela... donde la encontró, en la puerta de la calle.

QUINTO DÍA

ASEGURAN QUE FUE el faraón Amenemhat III el primero que construyó uno, a orillas del río Moeris. Herodoto lo llamó *labyrinthos* y ahora el viajero se encuentra perdido en uno de ellos.

—Tuerza a la derecha.

—Le dijeron mal: a la izquierda.

—Al frente, siempre al frente.

—No, por aquí no: regrese usted y luego...

No está teniendo suerte el viajero con sus guías esta mañana. Son casi las ocho y lleva más de media hora buscando el camino de la costa, sin más brújula que su intuición, porque su mapa, como de costumbre, no le aclara gran cosa.

Sus informantes —un repartidor de pan, una anciana menuda, dos albañiles desganados que marchaban al tajo— le han ido dando direcciones distintas, y aquí está, completamente perdido, junto a un acantilado, contemplando la incesante cabalgada de las olas, sin saber a quién preguntar. Se acerca a una casona con una larga hilera de ventanales cerrados a cal y canto. ¿Un colegio abandonado? ¿Un hospital?

Pulsa el timbre.

—¿Qué se le ofrece?

Aunque sus aventuras a lo largo y lo ancho del mundo le hayan curado de espantos, el viajero no da crédito a lo que ve. Desde la ventana le sonríe, como una aparición blanquinegra, una monja de tez oscura, con un hábito de un blanco inmaculado y acento caribeño, que le vuelve a inquirir:

—¿Qué se le ofrece?

—El camino de la costa. Pero, perdone, ¿qué es esto?

—Un convento —dice la monja, sin inmutarse, como si todos los acantilados del mundo estuviesen llenos de conventos—. ¿No le han sabido indicar?

—No. Y llevo casi una hora dando vueltas.

—¡Si es muy fácil! Tome primero por aquella carreterita de allí, ¿ve? Y luego, a la izquierda. Vaya, vaya que es muy bonito. Esta isla es un paraíso.

Y antes de despedirse, la monja le comenta que ha sido una suerte que le haya oído, porque hoy es la fiesta de nuestro santo fundador —dice— y ahoritita mismo está toda la comunidad rezando en la otra parte del convento, y desde allí no se siente ni la campana, ni el timbre, ni nada.

—¿Y cuál es su santo fundador?, pregunta el viajero, que aunque esté sin desayunar, ya tiene ganas de cháchara.

La monja hace una pausa. Baja los ojos. El mar del Caribe se transforma repentinamente en meseta castellana y su voz suave adquiere acentos recios y fuertes, mientras pronuncia estas cuatro palabras, acariciando las sílabas, como si cada una de ellas fuese una reliquia:

—Santo Domingo de Guzmán.

El viajero prosigue su andadura junto al mar, siguiendo las indicaciones, hasta que una lengua petrificada de lava se engulle el sendero. Su mapa sigue sin orientarle. ¿Qué es esto? ¿El Matorral Suelto, Los Guaclos o el Agua Nueva? Atisba a lo lejos a un hombre sudoroso que está cavando una zanja en un huerto cercano, rodeado por una verja de barrotes altos.

—¿Voy bien para Frontera?

—Sí señor. Pero le queda un rato.

—¿Mucho?

—Bastante. Aunque a usted se le ve con ganas de caminar.

—Es verdad. Y ese acento... ¿usted no es de aquí, verdad?

—No señor; soy de Venezuela.

—¡De Venezuela! ¿Y cómo fue eso de venirse aquí, cuando ahora todos se van para allá?

El vaivén de la vida, le cuenta el venezolano, que deja el azadón y se acerca hasta la verja alisándose la maraña del cabello, ensortijado y húmedo.

—Yo vine por el problema de la pobreza...

Y le explica que llegó a la capital tal día como mañana, que hará dos meses justos, donde hay una plaza con una iglesia. «Allí me entré a orar hasta que un Padre me tomó del brazo y me animó: `No tengas miedo'. Yo le conté mi problema: `Mire, Padre, llegué ayer en avión y no tengo dónde trabajar'. Y él me dio dinero para comprar un boleto y venirme acá. Esa noche dormí en una pensión y al día siguiente me di cuenta de que me habían robado toda la plata que llevaba. Entonces...».

Corta su relato al advertir que se acerca un todoterreno grande de color amarillo. Ante la sorpresa del viajero, da un salto y regresa a la zanja.

—Perdone usted —dice en voz baja, sin levantar la cabeza, disimulando, como avergonzado— pero ese es el carro de mi jefa; y si me ve platicando, me echa.

—¿?...

—No es mala persona, pero es algo bruta. ¡Shistt!

El todoterreno pasa sin detenerse.

—Menos mal, no era ella —dice, tomando aire y subiendo de nuevo, dando un salto, hasta la verja.

Tras los barrotes de la verja, que dan a la conversación ambiente de locutorio carcelario, el venezolano le dice que es una pena que no tengan tiempo, porque tiene una historia muy larga que contarle. Aquella noche, cuando se encontró sin plata descubrió que... pero allí viene —dice, despidiéndose y saltando de nuevo a su zanja.

El viajero reanuda su marcha. El todoterreno amarillo de la déspota pasa lentamente a su lado y entra en la finca. Es una cincuentona de perfil adusto, con gafas oscuras. La negrera aminora la velocidad al pasar junto al venezolano para comprobar, desde su confortable asiento de cuero, que su esclavo trabaja en silencio.

Es posible, piensa el viajero, que el padre de esta mujer emigrase a las Américas a comienzos de siglo y que después de trabajar a las órdenes de otro hijo de emigrante de cualquier país de Europa, regresase a la isla, convertido en lo que aquí llaman un *retornado*, un *bolivarero*, un indiano rebosante de plata y soberbia. …Y es posible también que, en un vaivén de la vida, a comienzos de otro siglo, el hijo o el nieto de este emigrante amable y obsequioso que trabaja cabizbajo en la zanja, vigile en esta isla, o de nuevo en América, a su emigrante—esclavo, africano o asiático. *Chi lo sa?* «Todos los ríos caminan hacia el mar —recuerda Qohelet— pero el mar no se llena: desde allí comienzan otra vez a caminar».

Es la rueda de la existencia: unos van, otros regresan; para América, desde América. Unos encuentran la felicidad en lo que otros detestan. Para unos, esta isla es un infierno del que intentan escapar; para otros, como la monja, el paraíso donde se encierran. Misterios del alma, paradojas de ese reloj íntimo que rara vez marca la hora de la cordura para todos al mismo tiempo y que no cesa de revolverse, descabalado, soñador e inquieto, unas veces hosco, otras, galán, acobardado a ratos, y siempre aventurero; capaz de amar y traicionar a los que más le aman; o morir como el *Fausto*, sin razón aparente, lejos de su puerto.

El viajero siente en sus pies y sus tobillos el peso de la andadura de ayer. Tiene sueño y escasas ganas de caminar, por no decir ninguna. Pregunta a una pareja de turistas que se dirigen hacia su *jeep* si la carretera llega hasta Tigaday. Se ofrecen a llevarle, como suponía, y descubre, cuando ya van de camino, que no son precisamente unos turistas.

Él, Mr. Robert, es un anticuario británico de calva cenobítica, con un aire de *bon vivant* o de aristócrata en vacaciones. Su camisa de seda roja, con las iniciales bordadas, acentúa esa primera impresión. En cuanto al rostro, sólo le falta el monóculo para convertirse en un personaje de una novela de Wilkie Collins. Ella, Miss Mary, estilizada y rubia, es una alemana vivaz y pecosa, con gestos rápidos de profesora de danza. Pero no es danzarina, sino escultora, una Karen Blixen de estas islas nacida en Baviera.

Forman una pareja exquisita, más cerca de los setenta que de los sesenta, bohemia y aristocrática al mismo tiempo. Hablan en un castellano casi perfecto, algo lógico —explica Mr. Robert— porque llevan muchos años residiendo en esta isla, que es el lugar de la tierra más parecido al paraíso.

—Esta es la isla de la felicidad. Aunque —puntualiza Miss Mary— ya no tenemos la tranquilidad de antes. Demasiados turistas.

—¿Sí? —se extraña el viajero.

—Es que cuando llegamos no había ninguno —aclara él.

—Y esto era la gloria —precisa ella.

—La gloria bendita —continúa su esposo, remarcando el casticismo de la expresión.

—Y lo sigue siendo —matiza Miss Mary, evocando los años en que llegaron a esta

tierra prometida como dos jóvenes robinsones.

—Nos parecía un sueño....

—Tanto, que nos quedamos aquí.

—Algo que desearían hacer todos los que vienen.

—Pero que no todos los que vienen se atreven a hacer —puntualiza Mr. Robert.

—Por eso, cuanto más desconocida sea, mejor. Los paraísos no son para las muchedumbres.

—Tienes razón, Mary. Los paraísos sólo son para dos. Dos son compañía y tres son multitud, dice el refrán. Y ahora está a punto de perderse lo más hermoso de la isla.

—¿?

—El silencio —aclara Miss Mary—. Mire, el Charco Azul. Ahí está nuestra casa.

Señala una motita blanca junto a la costa.

—¿La del tejado rojo?

—Esa. Antes estábamos solos y ahora... ya ve.

El viajero sólo ve una casa más en el horizonte, y a muchos kilómetros de la suya, pero no lo dice por respeto a esta segunda edición de Adán y Eva. Y agradece que esta amable entente angloalemana se haya desviado varios kilómetros de su ruta para dejarle en la entrada de Los Llanillos.

—Muchas gracias —dice al apearse.

—No hay de qué, caballero —se despide Mr. Robert.

Y añade Miss Mary, haciendo gala de su dominio de la lengua, y señalando el Charco Azul:

—Y ya sabe dónde tiene usted su casa.

El viajero entra en un local cercano; una tienda de ultramarinos con un mostrador que, según se mire, se metamorfosea en barra de bar o viceversa. Frente al mostrador cuchichean las de la cola del pan. A su izquierda, unos cuantos parroquianos —consortes de las de la cola— paladean en silencio sus cervezas. Las señoras se han enredado en un galimatías de parentescos y genealogías familiares.

—Esa era cuñada de un primo de mi madre, que en paz descanse.

—Y prima de la segunda mujer de mi padre, que en paz descanse también, que fue la última hija y la única hembra de once hermanos, todos varones.

—¿Quién?

—La Justa.

—¿La Justa se casó con un primo de tu madre?

—¡Qué se va a casar! La Justa era prima de mi madrasta. ¡Ay, esta, que nunca se entera! Por eso, cuando nació, como tenía once hermanos, dijo el Juan...

—¿Qué Juan?

—¡Su padre, quién va a ser! Dijo: «justa para la docena. Pues... ¡Justa la vamos a llamar!»

—Qué cosas pasan.

—Verdad.

—Y como a ese que le dieron por muerto durante la guerra, al volver se encontró a la

mujer casada con su hermano. Y con un hijo.

—¿Y qué hizo?

—¿Qué iba a hacer el pobre? Volverse por donde había venido.

—Eso le pasó también a un desterrado, que...

Los *desterrados* constituyen en esta isla capítulo aparte. Los enviaban desde Europa como si este trozo del paraíso perdido fuera un lugar inhóspito, lo que pone de relieve la supina ignorancia de los desterradores. Los isleños, además de no hacerles demasiadas preguntas, procuraban hacerle grata su condena; tanto, que para muchos el verdadero destierro consistió en regresar de nuevo a su tierra.

Uno de los desterrados más ilustres fue el doctor Pérez, que cometió el delito de ser liberal en la España de mediados del XIX y ejerció la medicina entre estas gentes, arriesgando su vida por los barrancos para conseguir las plantas que necesitaba para sus fármacos. Eso explica que cuando llegó su sentencia de muerte desde la metrópoli, cayese sobre la isla un silencio siciliano. Nadie sabía nada sobre su paradero, hasta que las autoridades descubrieron que había huido a América en un velero varios meses antes, amparado por los isleños.

Esa y otras muchas historias semejantes de desterrados ha leído el viajero y se las contaría a ustedes si no tuviese tanto sueño en estos momentos. No se sostiene en pie y decide dar unas cabezadas en la mesa del fondo de esta tienda—bar. Al despertar, el local se ha quedado casi vacío. Le pica la curiosidad y localiza en su mapa el Charco Azul.

—¿Queda muy lejos? —pregunta a un parroquiano de panza venerable que apura su penúltima jarra de cerveza.

—¿El Charco? —grita con la boca llena de espuma—. ¡A un tiro de piedra!

Ignorando lo que mide un tiro de piedra en estos lares, el viajero sale del bar y comienza a bajar por una carreterita flanqueada por viñas y huertos, entre parras y buganvillas. Huele a azufre. El descenso le resulta más laborioso de lo que pensaba: al parecer, todos los perros del municipio se han enterado de su llegada y se acercan a recibirle, uno tras otro, para darle la murga. Son cuatro perros pequeños, de esa raza de chuchos que llaman falderos. Goya retrató a uno de ellos junto a la duquesa de Alba.

El viajero no siente excesivo afecto hacia estos canes y con gusto los espantaría a pedradas; pero es un hombre civilizado e intenta proseguir pacíficamente su marcha. Hasta que llega un momento en el que se agacha y toma un pedrusco. Y acierta.

Bien. Parece que se van; pero no, regresan a los pocos minutos, multiplicados. Ahora son siete. Ocho, porque se les acaba de unir un perrucho de lanas, sucio y esmirriado. Ocho perros, aunque sean *de compañía*, son demasiados. Si al menos sirvieran para algo, como los podencos...

Segundo proyectil.

Nuevo acierto.

En la terraza del chalet vecino, un isleño de tripa enorme, con bermudas verdes y camiseta blanca, con pinta de ser el dueño de esta rehala, contempla impasible la escena.

El viajero sigue descendiendo entre viñedos y cretas, por las lomas acarbonadas, hasta que los perros le alcanzan de nuevo. Les grita y no se arredran. Sigue tirándoles guijarros hasta que el buda de la terraza emerge de su nirvana, da un silbido y la jauría se aleja.

El Charco Azul. Un letrero advierte, junto al camino que baja entre los roquedales hasta la orilla del agua, en inglés, francés y castellano:

PELIGRO. ACANTILADO.

Estos avisos tienen la virtud de estimular la temeridad del viajero, que cuando se encuentra en plena bajada comprueba el peligro anunciado. Una caída desde aquí, un simple resbalón —y más en un día de viento como el de hoy— sería mortal. Desciende paso a paso, con la espalda junto al muro, mirando al vacío.

No aprenderás nunca.

El tramo es suficientemente largo —casi media hora de aliento contenido— para sacar una buena lección; lección que olvida al momento porque abajo le espera, como premio a su osadía, uno de los baños más deliciosos de su viaje. Las rocas forman cuevas de lava y arcos fantásticos sobre un mar verdigris, del que surgen farallones que forman una piscina natural.

Tras dar unas cuantas brazadas, decide escribir un rato junto al mar, pero no encuentra su pluma. Otra vez será. Contempla el espejeo del agua, que se vuelve espuma furiosa en los rompientes y amenaza con salpicar el cielo, grandioso y acelajado, engamado en azules. Cierra los ojos. Le invade una plácida atonía. Comienza a hacer cuentas: llegué el día dos y ya estamos a ocho. Seis días caminando sin parar, y me esperan...

Deja de cavilar. Es el momento de leer a Brandán. Abre el libro al azar y lee en el capítulo XXIII:

LOS VIAJEROS SE ADENTRAN
CON EL BARCO EN UNA COLUMNA
DE CRISTAL

En alta mar, singlando adelante, ven brillar los viajeros un gran pilar. Con puros rubíes estaba hecho —materia de otra naturaleza no había ni una onza— de un rubí zafirino destellante —¡muy rico sería su amo! —, hasta las nubes alcanzaba la cúpula y la base se asentaba en el fondo del mar, toda de oro precioso, delicadamente labrado. Seguro que no la habían edificado para cualquiera.

Hacia aquella columna dirige Brandán el rumbo...

Cuando despierta, el viajero se encuentra sumido en medio de una algarabía. Varias familias conversan y ríen a su alrededor, sentadas entre las rocas. Decide irse de inmediato. Tenían razón Mr. Robert y Miss Mary: para contemplar esta isla se necesita, como las obras de arte, una actitud de silencioso respeto. No se pueden admirar los frescos de la Capilla Sixtina en medio del griterío: lo saben bien los ordenanzas de los Museos Vaticanos, que llevan décadas ordenando silencio a los turistas cada cinco minutos.

El viajero recoge sus bártulos y sube, jadeante, casi a gatas, el camino junto al acantilado. El viento le arrastra en varias ocasiones casi al borde.

Contiene el aliento.

El cielo se va volviendo fosco y anubarrado, con coloraciones que van del negro al cobre, cuando le viene a la mente de nuevo al viajero el cuadro premonitorio de aquel pintor que retrató su propia muerte bajo las ruedas de un automóvil. ¿Cómo se llamaba?

Al fin, la carretera. Decide que no volverá a hacer temeridades. Y en la primera curva, refulgente, brillando al sol en medio del asfalto, encuentra su pluma perdida. Bendita isla esta, Arcadia feliz en la que todo se recupera.

Se topa de nuevo con los perros, a los que se han unido varios más de aspecto inquietante. Ya son doce o trece. El viajero se está irritando, y no tanto por los animalejos, como por el desinterés del buda en camiseta, que continúa inmóvil tomando el sol en su terraza. Decide correr monte arriba, hasta que los perros le dejan en paz.

Tras una loma, ya libre de canes, regresa al sendero, entre un mar de viñedos. Es la herencia de John Hill, el primero que plantó viña en estas tierras allá por el año 1526, si hemos de creer a Mrs. Thomas Nicols, que proporciona el dato. Sea o no cierto, aquí están, junto a la carretera, una sucesión de viñas en copa y una avenida de parras de las que penden miles de racimos en agraz, como estalactitas de coloraciones acianas. El viajero duda. Déjate de escrúpulos: hay una ley no escrita que dice que el caminante puede comer del fruto que cae sobre el camino; y estos racimos, además, dificultan la visibilidad de los caminantes.

Y... justo en el momento en el que su dedo comienza a palpar la piel del pecado, un pecado casi transparente, de un sugestivo y blando azul purpúreo, se detiene un automóvil a sus espaldas.

Lo que temía: el dueño.

Afortunadamente el viajero conserva sus reflejos. Su dedo de ladrón de caminos se congela rápidamente en el aire para convertirse en un dedo ingenuo y santurrón, escolar, inocente y dudoso, puramente indicativo.

—Perdone, ¿sabe cómo se llaman estas uvas?

—Listán —contesta el dueño, con cara de pocos amigos.

—Ah, Lispán —dice el viajero, devolviendo el dedo a su sitio.

—No. Lis—tán.

—Ya. Y... ¿cuántos racimos podrá haber aquí?

—Cientos.

— Vaya. ¿Y da mucho?

—¿Qué?

—La viña.

—¿Cuándo?

—No sé; el año pasado.

—Mil.

—¿Mil qué?

—Litros.

—Ah.

No parece demasiado expansivo. O quizá haya visto su intento de robo. El viajero se despide educadamente y se aleja por la cuesta. Un repecho más y ya está en los Llanillos.

—¿Cuánto queda para Frontera? —le pregunta a un muchachote de pelo acharolado, que sale del bar.

—Esto es Frontera.

—¿No es Los Llanillos?

—Sí; pero esta parte se llama Frontera.

El viajero saca su mapa. No se aclara. Aparca junto a la puerta del bar una camioneta de reparto. El conductor, un viejecillo de ojos saltones, le saluda al cerrar la portezuela:

—¡Hola amigo!

—¡Hola! ¿Sabe cuánto falta para Frontera?

—¿Va usted caminando?

—Sí.

—¿Hasta Frontera?

—Sí.

—Pues falta un rato.

El viajero, que ignora tanto la duración del tiro de piedra como del rato isleño, decide avanzar por donde el camino le lleve, despreocupado del tiempo y de los destinos —¿qué más da que Frontera esté aquí o allá?—, disfrutando de las plantas y arbustos que alegran los arcenes: rosas, azaleas, salvias, caléndulas, verbenas...

Pero el calor, que desdibuja los perfiles del asfalto, empieza a convertir su paseo en pesadilla. Son casi las dos, y el sol amenaza con convertir su cabeza en una jarra ardiente. Cuando está a punto de derretirse, llega a Merese. Hace auto—stop de nuevo, y sus benefactores —un isleño rubio con su novia, rubia también— le dejan, en un visto y no visto, junto a la avenida de Frontera.

—¿Esto es Frontera, verdad? —pregunta a dos quinceañeras que charlan sentadas en uno de los bancos.

—No, esto es Tigaday.

El viajero está a punto de enloquecer cuando se acerca un chicarrón en motocicleta, con gafas de antifaz y *piercing* reluciente en una ceja, que aclara la cuestión:

—Qué va a ser Tigaday. Esto es Frontera.

—¡No! ¡Es Tigaday! —protestan ellas.

—Bueno, no importa —dice el viajero, recordando que ha corrido sangre en el mundo por cuestiones más nimias que esta—. Si a mí me da igual: yo sólo busco un restaurante.

—Pues allí tiene uno, en la esquina.

La quinceañera remacha con intención, de espaldas al de la moto:

—Allí en la esquina de Frontera, porque esto es Ti—ga-da-y.

—¡Esto es Frontera! ¡Si lo sabré yo! —se burla el motorista, alejándose entre un estrépito de tubos de escape.

—¡Que no! —gritan—. ¡Es Tigaday!

—Bueno —las apacigua el viajero—: y ahora que ya sé dónde está el bar. ¿Por dónde

queda el Ayuntamiento?

—Por allí —dice la muchacha, molesta todavía, señalando al sur.

—¿Y la iglesia?

—Por allá —indica la otra, sin mirarle, desganada, señalando al norte una montaña roja, coronada por una especie de zigurat. Ya se ve que el motorista las ha puesto de mal humor.

—¿Eso es la iglesia?

—No. Eso es el campanario —explica, a punto de enfurruñarse también con el viajero —. La iglesia está debajo. ¿Pero es que no ha oído usted nunca hablar del campanario?

En la esquina en cuestión de donde sea hay un revuelo de mozos con el torso desnudo y rostros caballunos que levantan entre gritos el tingladillo de una verbena. Retruenan en la calle, estridentes, como una cuchilla mohosa, canciones de los años ochenta. Los mozos ríen, juran y bromean mientras engalanan las fachadas con banderolas y farolillos de papel. Otros prueban el sonido de los altavoces subidos a varias escaleras. El lugar, sea Tigaday o Frontera, está a punto de entrar en fiestas.

El restaurante es un local amplio, casi en penumbra, donde el viajero adivina, tras una larguísima barra, una cordada de clientes alineada de perfil. Tras el camarero se alzan los vasares, abarrotados de copas, medallas y botellas.

—Un segundo, caballero; que ahora mismo le atiendo —dice un camarero hipercortés.

En medio del bochorno de la tarde, mientras el viajero espera a que le sirvan el primer plato (y único: la calorina le ha quitado el hambre), repara en las paredes y alacenas de este local dominado por el *horror vacui*. No queda un espacio libre: por todas partes, carteles de fútbol, calabazas, conchas de tortugas, toneletes de vino, pieles de zorros, corchos para hurones, collares para perros, cinturones y redes parecidas a los chinchorros, que en Venezuela las llamamos hamacas, como le explica el vecino de mesa, aunque aquí no sabe ahora cómo las llaman: sólo que sirven para algo que tampoco recuerda. El conjunto es un híbrido extraño de restaurante, club de cazadores y museo de Ciencias Naturales.

Mira hacia arriba. Un pellejo mugriento cuelga sobre su cabeza.

—¿Y esto qué es? —pregunta el viajero a dos tipos que charlan junto a la barra, con sus zurrones al cinto.

—Eso es una bota de vino —aclara uno, irónico y desdentado— y sirve para echar un trago después de cazar una pieza.

Ríen todos.

—¿Te has enterado de lo del inglés? —pregunta uno de ellos.

—¿De los estafadores? ¿El inglés y la alemana?

—Sí.

El viajero les escucha inquieto.

—Desde que lo dijeron por la radio los están buscando por toda la isla. Me lo han contado esta mañana. Para que luego te fíes de la gente. A mí esos extranjeros no me han dado nunca mucha confianza. Ya me olía yo que tenía que haber gato encerrado… ¡Hombre, Juan, qué haces tú por aquí?

El viajero se queda con la duda, mientras Juan comienza a relatarles su última aventura de caza con esa exageración cinegética, a medio camino siempre entre la fantasía y la fanfarronada. Y se va sumiendo en un sopor intenso, invencible, calenturiento...

Cuando despierta, son las cuatro y media. Se levanta, adormilado aún, y paga la cuenta.

—¿Qué hay para ver en este pueblo? —pregunta al camarero, recostado en la barra, que amanece también de su siesta.

—El campanario. ¿Es que no ha oído usted hablar del campanario?

Cuando el viajero ya está en mitad de la calle, cae en la cuenta y regresa al bar.

—Perdone, pero es que he oído hablar antes de unos estafadores. ¿Los conoce usted?

—¡Claro! ¡A esos los conoce la isla entera!

—¿Un inglés y una alemana?

—No, al revés: un alemán y una inglesa.

—¿Está usted seguro?

—¿Seguro de qué?

—De que la inglesa es ella y el alemán es él.

—¡Claro, hombre! ¿Me va usted a decir? ¿Cómo no voy a estar seguro —responde, alzando las manos y poniéndose en jarras, con gesto desafiante (se ve que le sienta muy mal la siesta)— si venían todas las tardes por aquí?

El viajero enfila la cuesta rumbo al campanario, por la zona que llaman de Belgara Baja y comprende, demasiado tarde, que ha elegido la peor hora, día y mes del año para subir a verlo. El asfalto se va ablandando bajo sus pies como una goma fláccida y pegajosa. En otros momentos, si le protegiera el mar de nubes que defiende habitualmente esta zona de la furia del sol, se detendría para admirar este cerro de cenizas volcánicas, con tonos herrumbrosos, desde el bermellón al azabache y del escarlata al cinabrio; pero ahora teme que la montaña entera, derretida, se le derrumbe de un momento a otro sobre el cráneo. Además, esta luz inmisericorde lo confunde y amalgama todo: el manchón esmeralda de los bosques de laurisilva, ceñidos por una cenefa de nubarrones blancos como una larga venda; el paredón del Lomo Gordo y los cejos bermejos de los riscos, con sus cicatrices verticales; el mar, omnipresente; y este cielo de agua...

Al llegar a la plaza, a punto del desmayo, busca una sombra desde la que se vea bien el famoso campanario, que está alejado del cuerpo principal de la iglesia. Entra en un bar y toma un refresco que no logra calmarle la sed. Sólo a ti se te ocurre venir caminando hasta aquí, en pleno agosto, piensa. Intenta escribir y cuando va por la segunda frase, la pluma se queda sin tinta.

Estaba comenzando el primer sueño cuando le despierta el ruido de un camión de reparto de cervezas.

El conductor, un tipo de mala pinta, con el rostro atigrado, comienza a descargar las cajas en el bar con ayuda del camarero.

El viajero les pregunta dónde puede conseguir algo que escriba.

—A estas horas y aquí, en ninguna parte —le dice el camarero.

Se había olvidado de que estaba en el fin del mundo. Regresa a su silla, para continuar su siesta, cuando se acerca el de camión:

—Tome, un bolígrafo.

El viajero intenta incorporarse para agradecérselo, pero una de las patas de su silla cruje estrepitosamente y se desploma violentamente hacia atrás. El camionero le agarra con rapidez, sosteniéndole en el aire, con el rostro lívido.

—Uf. Ha estado usted a punto de desnucarse.

Le ayuda a reincorporarse, y en cuanto el viajero se repone del susto, le muestra un punzón de hierro puntiagudo que se alza a ras del suelo, a pocos centímetros de su nuca.

—No se lo ha clavado usted de milagro.

El viajero no sabe cómo agradecérselo.

—Muchas gracias —le insiste—. ¿Quiere usted tomar algo? —le pregunta ofuscado, mientras se reincorpora—. ¿Un refresco? ¿Una cerveza?

—No, gracias, ya llevo muchas. ¡Mire que si se llega a matar usted —le grita, desde la cabina del camión, mientras se aleja—, por un simple bolígrafo!

¿Lo ves? —se dice a sí mismo cuando el camionero se marcha—. No necesita precipicios: le basta y sobra para su tarea con un punzón de hierro y una silla vieja. Hoy sería *un día fatal* —concluye— si creyera en las fatalidades.

Irrumpe en la plaza un puñado de niños gritones. El viajero despliega el gran mapa sobre el suelo y los niños se acercan para contemplarlo. Ha hecho ya un tercio de su recorrido: la costa norte y el Golfo. Veremos qué te espera mañana en el sur, la zona más calurosa y desierta.

—¿Sabe a qué hora es el entierro? —le pregunta uno de los niños.

—¿Qué entierro?

Su madre le grita desde la ventana:

—¡No! ¡A ese señor no! ¡Al de dentro! ¡Perdone usted!

—¡No hay de qué! —contesta el viajero, gritando a su vez y advirtiendo que mientras observaba el mapa, la plaza se ha ido poblando con familiares del difunto.

Se abren las puertas del templo para el funeral. El viajero se acerca, sin mayor interés, y acaba sentándose en uno de los últimos bancos, tras un coro de ancianas que musitan letanías. Antes de comenzar, un monaguillo pecoso reparte unos pliegos de color morado para los cánticos. Un cura joven, con una escayola en la pierna derecha que le llega hasta la rodilla, avanza con muletas hacia el presbiterio. Comienza la ceremonia.

Al atardecer de la vida
me examinarán del amor.

Las viejitas repiten:

Al atardecer de la vida
me examinarán del amor.

El funeral se celebra con dignidad severa. A la hora de comulgar, los deudos pasan

reverentemente la mano por el ataúd —la última caricia—, en un pudoroso equilibrio de sentimientos.

Al terminar, los familiares del difunto, hombres altos y enjutos de rostros afilados, reciben el duelo. La plaza está a punto de estallar en luz cuando la comitiva comienza a ascender por la vereda, camino del cementerio.

—¿Cómo se llamaba el difunto? —pregunta el viajero.

—Difunta —contesta una anciana, desembarazándose de su pañuelo negro—. Espere que pregunte.

Al oír el nombre, el viajero siente un escalofrío. Tiene sus mismos apellidos. Sí: estos hombres y mujeres graves y compungidos que forman el cortejo fúnebre son, probablemente, descendientes de sus parientes lejanos, que se han reunido para el funeral viajando desde los diversos lugares de la isla.

Es una de esas coincidencias que sólo se dan en la realidad, porque la invención no soporta demasiadas. Por eso, cuando el viajero regrese y cuente sus andanzas, no dirá nada de esto. Sólo contará lo que su interlocutor esté dispuesto a creer, velando los auténticos colores de la vida. Como si la luz de la verdad nos dañara las pupilas.

El cortejo fúnebre de esta pariente tan lejana como desconocida sigue ascendiendo por la vereda. El viajero contempla en silencio las últimas siluetas que se van recortando, lentas, contra el oro bruñido de la tarde. Se une a su dolor desde esta plaza vacía, bajo este sol africano que confunde los perfiles, como hace la muerte con la vida.

Está siendo un día extraño para el viajero, que después de sortear los peligros de un precipicio, ha estado a punto de perder la vida a causa de una silla rota. Pero todo tiene sentido —piensa— aunque parezca ilógico. ¿Desde cuándo la existencia debe parecer lógica?

Cuando regresa a Tigaday, Frontera o como quiera que se llame, se encuentra con el chiquillaje del pueblo correteando frenético por los alrededores, agitado por la charanga de la verbena. Un grupo de muchachonas va luciendo el palmito por la calle principal, vestidas —más bien disfrazadas— con eso que llaman *trajes regionales.*

Hermosa falsedad —piensa el viajero— que idealiza una época en la que las mujeres de *los rabos negros* iban descalzas, con un sayal basto de cordoncillo, hilado en los telares familiares, cubiertas —con suerte— con un capotillo de piel de oveja. Qué sorpresa se llevarían las tatarabuelas de estas jovencitas si salieran de sus tumbas y contemplaran a sus descendientes adornadas con semejantes vestimentas y abalorios —ricas enaguas de lino, blusas bordadas, corseletes de damasco y zarcillos deslumbrantes— , pretendiendo ir vestidas como ellas.

Pero en fin, algo tienen en común estas mocitas con sus antepasadas: la limpieza. Ya lo dijo Urtusáustegui, que las olió de cerca: *en ninguna de las Islas anda más aseado el común del vecindario.*

Ahora, el común del vecindario se dispone a bailar salsa hasta el anochecer. Al viajero le gustaría quedarse, pero sus piernas no están para verbenas. Son las siete de la tarde y decide marcharse a Sabinosa cuanto antes. Seguro que encontrará un alma caritativa que le lleve.

Pero se equivoca, porque la fiesta ha vaciado los contornos.
Las ocho de la tarde.
La carretera sigue desierta.
Comienza a caminar.

Las ocho y cuarto.
Nadie.
Prosigue su marcha.

Al fin, se detiene a su lado un todoterreno amarillo. Ver para creer: ¡es ella, la negrera! ¡La déspota en persona! Ha tardado en reconocerla con este vestido de flores blancas, estilo años cincuenta; pero no hay duda, es ella la que le pregunta si puede ayudarle en algo, la que le mira con unos ojos deliciosamente claros, despojados de las gafas negras.

Ya le ha visto esta mañana, le dice, cuando caminaba cerca de la costa, junto a su huerta; pero entonces tenía prisa y marchaba en dirección contraria, lo mismo que ahora. La pena es que no pensaba ir hasta Sabinosa.

—Pero no se preocupe —se despide conmiserativa—: verá como tarde o temprano alguien le lleva. Bueno… —recapacita— no creo que mucha gente pase a estas horas. Suba, que le acerco: son sólo unos kilómetros.

Perplejo y sorprendido, durante el breve trayecto el viajero le pregunta por su huerta. Sí, es una herencia familiar y ahora tiene a un trabajador venezolano trabajando en ella, pero no le gusta hablar de eso, porque en realidad ella no lo necesita. Lo empleó porque hay un cura de la capital que la llama siempre en estos casos y nunca se niega a hacer un favor.

—No sé si es defecto o virtud, pero así es como soy —confiesa.

El venezolano le dijo que le habían robado todo el dinero que llevaba y ella lo puso a cavar una zanja, aunque en realidad no sabe qué hacer con él.

—A usted le cuento esto porque no es de aquí, pero por favor, no lo vaya comentando. Yo soy hija de emigrantes y sé lo que es estar sin trabajo en un país extraño, solo y sin dinero. Sólo te queda la dignidad. Por eso a este hombre le exijo todo lo que puedo, no se vaya a pensar que le estoy haciendo un favor, como dándole una limosna… pero en cuanto termine de cavar la zanja le tendré que buscar un trabajo, y todavía no sé cuál.

En esto, nos adelanta un vehículo, una furgoneta de color negro, conducida por unos conocidos de la ex déspota, que se dirigen precisamente a Sabinosa. Les hace una señal y les pide que lleven al viajero.

Sus nuevos samaritanos son un hombre y una mujer de veintipocos años que regresan del Hospital con su hija recién nacida. La madre viaja en el asiento trasero, plácida y feliz, acariciando a la pequeñina, que bosteza de vez en cuando en su canastilla.

Llegan a Sabinosa, un pueblito con sabor de aldea, recostado sobre una montaña de picos encaprichados con las nubes, con casas bajas de tejas marsellesas. Es el último rincón habitado del Golfo y tiene una sola pensión, a la que se dirige el viajero. Le atiende un anciano ciego, que le conduce a tientas hasta su cuarto, porque todavía no ha llegado la dueña.

Tras dejar su equipaje se dirige hacia el bar vecino. Coincide en la entrada con dos jóvenes que cuelgan de las paredes nuevos carteles de la desaparecida. El viajero intenta fijar en su mente cada uno de sus rasgos: sus ojos acuosos, su mirada ausente, su gesto inexpresivo.

—¿No se sabe nada de ella?

—No.

—Aún no —dice un parroquiano, con intención.

El viajero imagina la angustia de su familia, los sobresaltos ante cada llamada de teléfono, las noches en blanco. El camarero del bar pide silencio. Es la hora de los informativos y el locutor está informando sobre un atentado terrorista que ha ocurrido en la ciudad del viajero, hace dos horas. Hoy la muerte parece seguirle los pasos. Piensa en los suyos. La lejanía hace posible todos los temores.

—¿Han dicho en qué calle ha pasado?

—No. Sólo que han muerto dos personas —dice el camarero.

—Un hombre y un niño —comenta un viejo, sentado junto a la puerta de entrada.

—No, eran dos hombres. Y un niño, que está herido.

El viajero respira hondo, mientras la cámara recoge los cuerpos tumbados en el suelo de los fallecidos, el llanto de las familias, la rabia de los testigos.

SEXTO DÍA

UN AIRECILLO FRESCO despierta al viajero, que ayer, con la preocupación por el atentado, no se fijó demasiado en el cuarto de su pensión, abarrotado con dos camastrones de tubos metálicos y un armario de luna. Los muros pintados en amarillo le recuerdan la casa donde ella vivía, desde la que se contempla la mole del volcán. Aquí sólo se adivina el tejadillo de la iglesia.

Recoge sus bártulos y baja al patio interior, colmado de macetas, donde un niño de tres o cuatro años hace sumas y restas en un cuadernillo azul, bajo la mirada de su abuela, inclinado sobre el hule de la mesa. Su madre —la dueña de la pensión— trastea en la cocina.

—Buenos días —dice a través de una cortina de canutillos. ¿Ha dormido bien?

—Sí señora, muchas gracias. Y este, ¿qué hace levantado tan temprano? ¿Los deberes?

La abuela ríe. El niño sigue enfrascado en sus cuentas.

—¿Quiere desayunar?

—No, gracias.

—¿Ni un cafecito caliente?

—Pues... no diría yo que no.

La dueña entra en la cocina. El viajero se sienta en la silla de anea y saca el block de su mochila.

—¿Cómo te llamas?

—No sé.

—¿*Nosé*? Qué nombre tan raro.

—Eduardo —aclara la abuela.

—¿Por qué se lo dijiste? —refunfuña el niño.

—Mira —le indica la abuela, dulce—. Te está dibujando.

El remedio resulta peor que la enfermedad: al darse cuenta, Eduardo sufre un ataque de vergüenza y sumerge la cabeza bajo el mantel.

—¿De qué equipo eres? —pregunta el viajero, dibujando de memoria su flequillo encrespado.

—No sé —contesta desde las profundidades.

—¿Qué deporte te gusta?

—No sé.

El viajero concluye la caricatura.

—Toma, para ti.

La mano vacilante de Eduardo emerge temblorosa bajo la tela y recoge el dibujo. Ha debido gustarle, porque sale de su escondrijo esbozando una sonrisa.

—¿Qué se dice? —pregunta la madre, que viene con el café.

Eduardo no se atreve a mirar al viajero cara a cara.

—A ver, Eduardo, qué se dice —insiste la abuela.

Eduardo palidece. Eduardo está a punto de morirse de vergüenza; pero se repone como puede, y alcanza a musitar un temerosísimo:

—Gracias.

El viajero se va de Sabinosa con pena. Por lo que ha visto, este pueblo de pastores, rodeado de bancales y ancones, es una encrucijada de culturas, con puertas de molduras a la castellana, balcones de balaustres torneados a la andaluza y ventanas de guillotina de sabor portugués.

Se aleja por el sendero que desciende hasta el balneario, dejando el pueblo tan silencioso como lo encontró, con la luz arrodillada junto a la montaña y el silencio herido por la conversación a gritos de unas vecinas que tienden ropa en las azoteas. Los campos están desiertos a estas horas: sólo un viejito encorvado está cavando en su viña, mientras canturrea.

El camino desciende entre revueltas, por una montaña solitaria de colores aborrachados, entre huertos mínimos y terrazas escalonadas, en los que estos labradores cultivan desde hace siglos —a golpe de azada y guataca— habas, arvejas, cerrajones y tuneras. *Magos* los llaman aquí; y algo de mágico guarda este paisaje amarillento con cepas empolvadas en azufre. Cruzan el cielo varias gaviotas.

Las once menos diez.

¿Cómo? ¿Va a marcharse sin ver las sabinas? —le ha preguntado la dueña al despedirse, haciendo un gesto de contrariedad.

—Si cambia de opinión —le ha dicho, secándose las manos en el delantal—, fíjese que las sabinas que están juntas crecen altas, muy altas, como unos quince metros o más; y las que están solas se quedan achaparradas. No se vaya sin verlo, piénseselo.

El viajero se lo pensará.

—Lo bonito de esta isla es la cumbre —ha añadido—, porque aquí lo llano está en las alturas. Lo feo está abajo, en las montañas, donde va usted. Yo siempre digo que por esa parte el demonio ya no tiene nada que hacer, porque ya lo ha hecho todo. Piénseselo...

Y eso es lo que está cavilando el viajero, mientras contempla a su izquierda una montaña liviana, que se va despojando del manto vegetal de iramas y tomillos a medida que se adentra hacia el Oeste. Se escucha el aleteo de varias alondras asustadas. Pero el viajero es testarudo: seguirá con su plan.

Abajo, junto a los acantilados, se divisa la masa achocolatada del balneario, que es el último edificio del Golfo. En un visto y no visto se encuentra en el vestíbulo, leyendo los nombres pintorescos de cada tratamiento:

Hidrocolonterapia
Parafangos en una región accesoria
Fomentos
Presoterapia
Reflexología podálica
Técnicas miotensivas
Drenaje linfático
Tens

¿Qué será el parafango? ¿En qué fabuloso reino se encontrará la *región accesoria*? ¿Qué extraña magia ocultará la *reflexología podálica*? ¿Y *tens,* que será? ¿Un secreto oriental? Pocos minutos después, sin saber cómo ni por qué, el viajero se encuentra sentado en un despachito minúsculo, frente a una especialista en aguas termales, una señora —seguramente señorita— peinada a lo afro, de ojos rasgados y hermosamente negros.

—Ese acento no es de esta isla, ¿verdad?

—(Ríe) ¡Desde luego! Soy de Zamora.

Y le explica que es hidróloga. Al viajero no le importa gran cosa la hidrología (más bien, nada en absoluto) y menos, las aguas medicinales (ha vuelto a preguntar por preguntar), pero escucha con interés lo que le cuenta esta amable y hermosa doctora, seria, enfundada en una bata de color blanco hospital, sobre este tipo de agua, que es clorurada y sódica, y además, contiene magnesio, litio y un sinfín de sales minerales más.

—Ya habrá oído hablar —explica— del resto de los componentes: fosfatos, nítridos, hierro, potasio, amonio, silicio... (El viajero asiente). Y es radioactiva también.

—Vaya.

—El antiguo balneario —prosigue, luchando con un rizo rebelde— era mucho más pequeño y estaba en este mismo lugar. Todo era muy sencillo: se sacaba el agua con cubos, se calentaba con leña y se daban los baños en estas casas de alrededor. Pero en eso, la que más le puede contar es Rosa, que es la historia viva del balneario. Vive aquí al lado. Rosa, claro, le dará su propia visión de las cosas... Es la que daba los baños, regulaba la temperatura y recomendaba las hierbas medicinales... No sé si recogió alguna tradición anterior, pero en el resto es totalmente autodidacta. Nosotros seguimos haciéndolo tal como se hacía antes; eso sí, con las técnicas modernas, pero del mismo modo.

¿Qué hará —se pregunta el viajero— está señorita —¿o señora?— en este rincón perdido de la isla, aparte de dirigir el balneario? No puede haberse venido aquí sólo por el agua —concluye— por maravillosa que sea.

La zamorana sigue explicándole: «Mire, sólo hay algo con lo que no estoy de acuerdo con Rosa: la temperatura. Porque antes los baños se daban a unas temperaturas enormemente altas, pero... ¡altas! Le estoy hablando de cuarenta y cinco grados, y más; y eso no me parece recomendable».

Se habrá casado con un isleño —sigue cavilando el viajero— o con uno de esos alemanes con camisa de leñador que tanto abundan por aquí. O quizá sólo está de paso.

No lleva anillo. Aunque eso no tiene por qué significar nada.

—…para Rosa —prosigue— esa es la mejor temperatura y así lleva haciéndolo toda la vida; y yo le digo que eso, a los veinte años, se aguanta bien, pero a los sesenta, o más, no; porque aquí la gente vive muchos años, quizá a consecuencia del agua, que aumenta el sistema de defensas; y no sólo influye el agua en la calidad de vida; es también el hecho de vivir al lado del mar, porque este entorno es...

—Sorprendente.

—¿Sí?

—Eso... que es sorprendente que en esta isla que no tiene agua, la poca que se encuentre sea...

—¿Fabulosa? Es verdad. Es agua que se filtra entre las rocas durante años, hasta formar una bolsa impermeable; y que por una falla del terreno o cualquier movimiento sísmico, aflora desde las profundidades, hasta que...

La directora habla y habla del agua, realzando sus virtudes curativas, tanto para las afecciones reumáticas y cutáneas —dice, entusiasmada— como para los procesos circulatorios y digestivos, según las características patológicas de los pacientes.

—Aquí ponemos en práctica unas técnicas curativas que se ejecutan bajo un control médico estricto, combinándolas con el reposo psicológico y una eficaz educación higiénica y dietética. Hacemos tratamientos anticelulíticos, de algas y de barro del Mar Muerto; vapores; parafangos; masajes antiestrés; hidrocolonterapia; láser; infrarrojos; presoterapia; ultrasonidos; quiromasajes; técnicas miotensivas; curas hidropónicas; reflexología podálica; drenajes linfáticos...

—Perdone —dice el viajero—; y usted... ¿por qué estudió hidrología y se vino a vivir aquí?

Duda unos segundos, desconcertada.

—Pues... por intuición. Siempre me había atraído el agua, y he sido siempre más partidaria de una medicina no agresiva, preventiva, que estimule lo que el cuerpo lleva dentro de sí. Por eso me gusta el uso del barro y de las algas. Muchos vienen por cuestiones de reúma o de artrosis; y en dos ciclos al año, de unos nueve días, pueden evitar tomar pastillas, o anti—inflamatorios, o por lo menos, reducir la dosis; y eso, para mí, es muy importante: es calidad de vida, sobre todo cuando se tienen dermatitis o problemas de piel, como psoriasis o...

Se para en seco, al advertir las manchas que se extienden por los brazos del viajero como archipiélagos blancuzcos. Este, al oír la palabrita de marras —psoriasis— intenta disimularlas, como un raterillo pillado *in fraganti,* cubriéndolas con las manos, pero llega tarde.

—Sí, ya me he dado cuenta… —prosigue la doctora— y para esas manchas tenemos esta crema —que se saca del agua hervida—. Es una de las cosas que me enseñó Rosa, que en eso tenía más experiencia que yo. Se hace con agua del pozo, sin ningún conservante. Si quiere, pue...

—No, muchas gracias —dice el viajero, que se ha negado en redondo desde su infancia a pringarse la piel con cremitas.

—Es muy eficaz.

—Muchas gracias, se lo agradezco, pero...

—Si es sólo ponérsela y...

El viajero se defiende como gato panza arriba, argumentando lo que se le ocurre, hasta que declara:

—Mire: es cuestión de *principios*. Seguro que su marido piensa lo mismo.

La zamorana ríe, dándose por vencida, pero no suelta prenda.

—O sea, *que no*.

—Eso —dice el viajero, aliviado, concluyendo que lo más probable es que esté recién casada y no quiera decirlo.

El viajero se despide, agradeciéndole a la directora que haya respetado sus *principios* y comienza a pasear entre las casonas medio derruidas del antiguo balneario. Estos edificios albergaban en sus cuartos, decorados con sirenas y conchas marinas, las antiguas bañeras medicinales. Por aquí han pasado generaciones de isleños *a tomar las aguas*. «Por lo menos —escribía Urtusuástegui, fiel a sus prejuicios de ilustrado— será mejor medicamento que una escudilla de cardón con tabaco verdín, que suelen recetar».

Se detiene frente al antiguo manantial, el Pozo de la Salud. Saca su libreta de dibujo, y tras hacer un apunte rápido, pregunta a un anciano dónde vive doña Rosa.

—Justo detrás de usted —dice, señalándole una casa con un tejado rojizo, rematado por un pato de escayola.

—Te voy a contar primero —le dice doña Rosa, tras acomodarle en una silla de anea, junto a los geranios del jardín— de un argentino que venía con la enfermedad de la psoriasis...

Bien empezamos. El viajero se vuelve a cubrir los brazos. Pero doña Rosa no se da cuenta, o al menos, eso aparenta.

—Era triste. No podía ni comer. Venía con las coyunturas así —gesticula, agarrotando las manos— y empezamos a mirar... En la cabeza no tenía pelo ninguno. Todo una costra... Aquí han venido personas mal, muy mal... Esto es una bendición del Señor. No sabe la gente la maravilla de este rinconcito. Personas que no mueven los dedos, y empiezan a limpiarse... porque se trata de hacer una limpieza general en el organismo. Tomas agua por la mañana en ayunas, y... mira, estoy —dice, estirándose el lóbulo de la oreja— con el oído un poquito atrancado... ¿Qué te iba diciendo?

—Que tomas agua por la mañana en ayunas...

—Eso. Tomas un vaso, luego otro vaso, y así sucesivamente, hasta que das de cuerpo. Y haces de vientre diez o doce veces en la mañana. Las primeras cagadas son más apestosas... (ríe, poniendo cara de asco). Algunas veces me dicen ellos: mire, ya no tomo más agua, ya la voto clarita. ¿Clarita? Hágala aquí, en el orinal, hágala aquí para yo luego verla. Y cuando me la enseñan, les digo: ¿Clarita? ¿Y esto qué es?

Vuelve a reír, sacudiéndose la oreja, mientras la brisa marina azota los geranios. Contempla el mar durante segundos, y continúa con sus recuerdos, cerrando los ojos, dulces e indulgentes.

—Y me dicen: ¡ay, si yo creía que la botaba clarita! Y yo les digo: siga tomando agua,

que no le cuesta nada... Y siguen; y según van desalojando, sale más clarita, hasta que la votan tan clara como la toman. Los que padecen del hígado, no: esos la votan más bien amarillosa, con impurezas, con hebras, con cosas de la bilis, del hígado y de esas cosas.

—¿Y no le ha enseñado nadie?

—No. Todo lo he ido aprendiendo de que hoy uno está de esta forma, y mañana de la otra...

Hace una pausa. Vuelve el rostro para contemplar de nuevo el mar, y se cubre la frente con las manos. Prosigue en tono de confidencia:

—Yo te digo la verdad. A veces me pregunto: ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí, en este rincón del mundo? Y me digo: porque amo esto. Porque yo podía estar ¡qué sé yo! en... Perdona, es que tengo el oído como que...

Agita fuertemente el lóbulo de la oreja.

—Ah, ya se aclaró... ¡por fin!

—Pero —insiste el viajero— aunque nadie le enseñara, de pequeña comenzaría a fijarse...

—¡De pequeña! Mira: yo me crie en esas laderas de ahí arriba, criando cabritas, descalza. Después, cuando me casé, yo venía con mi marido a hacer los baños, porque tenía ácido úrico, y vi cómo se mejoraba; y vi la gente que andaba por aquí... Recuerdo un señor que decía que estaba sordo. Tomaba los vasos por la mañana temprano, hasta que un día le dice a la mujer: «¡Cucha! ¡Cantando un gallo!» Y pensó la mujer: «¡Lo que faltaba! ¡Ya se me volvió loco!». Pero empezó a escuchar el gallo ella también… ¿Y sabes qué era? ¡Tenía un tapón en los oídos y claro, al sudar y meterse en el agua, la cerilla se le ablandó y lo echó todo fuera!

Ríe a carcajadas. De repente, se queda seria:

—Por eso me gusta vivir aquí. ¿Tú sabes lo que es que vengan las personas, solicitándote a ti y haciéndote preguntas?

—¿Y usted qué les dice?

—Yo les digo que la base principal es no comer grasa, ni tocino, ni nada de esas cosas. Si vienes aquí, vienes a limpiarte, a purificarte. Si vas a limpiarte el cuerpo, ¿por qué vas a comer carne? ¿Por qué vas a beber vino, cuando el vino no se debía ni olerlo, porque eso son alcoholes, que arden? Tú tomas el agua y limpias todo el aparato digestivo: y si después tomas una copa de coñac, ¿no te arde el estómago?

—Claro —dice el viajero, mientras le aclara, curándose en salud, que él no bebe.

—Si yo no te digo nada, ni que bebas ni que no; yo sólo te digo la verdad como la siento. Yo, cuando venían, que les daba de comer ahí mismo, en esa mesa, les ponía un vasito de vino chiquitito; y claro, como el vino de aquí en realidad es bueno, me decían: «Écheme otro vasito». Y yo: «No». «—Señora, que yo se lo pago». «Si no es por eso: es que yo estoy aquí para cuidarlos a ustedes, no para envenenarlos». Trataba de hacerles entender las cosas, y unos me hacían caso, otros no. Y así, he estado, luchando, toda mi vida. Todavía estoy luchando...

Vuelve a mirar el mar, pesarosa. Continúa en tono más íntimo, en voz muy baja.

—Algunos botan hasta la piedra del riñón. Una vez uno se atrancó, que no podía... ay, ay, qué dolor... quería votarla y no podía. Yo le calentaba el agua y se la ponía así, en el vientre. Hasta que empezó a votar la piedra. Un color se le iba y otro se le venía: se ponía, blanco, rojo, de todos los colores... Y se curó.

Otra vez vino una señora, Carmen se llamaba. Ya murió, pero de vieja. La trajeron en camilla desde Frontera, porque no se podía mover. Tenía unos dolores... La cogían entre dos por los pies y otros dos por las manos y la metían en la bañera caliente; y así un día, otro día, otro día... Y si el baño hoy lo daban, suponiendo, a treinta grados, mañana lo daban a treinta y uno. Y así sucesivamente, hasta que a los cuatro días dice ella: ¡Ay! ¡Si parece que mis dedos ya los puedo mover! Y a los pocos días se fue caminado para Frontera por su propio pie. Venían pobres y ricos, porque yo soy de esas personas que lo primero es la humanidad y después el dinero, ¿entiendes?

Se queda silenciosa de nuevo. Cierra los ojos, y dice, en voz bajita, casi en susurro, inclinando la cabeza y cubriéndose el rostro con las manos:

—Mira: yo estoy muy agradecida con Dios por haberme puesto aquí, te digo la verdad; porque yo no estoy aquí por el lucro del dinero, sino por hacer un bien a la humanidad. Por eso yo espero que Dios me tenga un rinconcito preparado arriba en el Cielo. ¿Tú crees que sí?

—Estoy convencido —afirma el viajero.

—Yo también lo creo —añade, para sí misma—. Pienso que algo me tiene que tener preparado, allá arriba...

Ladra un perro entre los rosales. Doña Rosa se levanta y lo calma. Luego se dirige a la casa a pasitos cortos y regresa con varios libros, que muestra al viajero: la edición de 1953 del tomo III de *La medicina natural*, del Dr. Vander, y un libretón de cubiertas azules donde ha ido anotando a lo largo de estos años los nombres de sus enfermos. Le habla de su hijo, que es médico y vive en otra isla, de sus ilusiones y sus tristezas.

Se hace tarde. El viajero se levanta para despedirse. Ya ha traspasado la verja del jardín, cuando recuerda:

—Ah, y con el argentino... ¿qué pasó?

—¡El argentino! —ríe doña Rosa—. Se llamaba Ramón... Espera, que lo tengo anotado. Un segundo. Este es. Traía los dedos que parecían mazarocas... No podía ni cerrar las manos. Todo el cuerpo una costra. Yo le decía a la mujer: «Mire, al meterlo en el baño, envuélvase la mano en una toalla áspera y en cuanto empiece a sudar, dele así y así, para sacarle la costra...». Ella empezó a hacerle eso y se le caía la costra, que le quedaba la piel en carne viva, roja, roja. Y empezó a botar la cascarilla: la cabeza, el pelo, la raíz del pelo; todo...

—¿Se curó?

—Sí. Tanto que ya no quería irse de aquí. Y cuando se fue para la Argentina, ya se fue bueno.

Las once en punto. Cruza el aire un gorrión risquero. El viajero vuelve a despedirse.

—Adiós, doña Rosa.

—Adiós, mi niño. Haz el bien por donde quiera que vayas.

Antes de emprender su marcha por la carretera que le llevará hacia la vertiente de sotavento de la isla, el viajero se detiene junto a la última casa de esta zona del Golfo, para contemplar el paisaje del nuevo mundo en el que se adentra. A partir de este lugar, que su mapa denomina Rincón de la Cerca, a la isla le sucede como al argentino: va perdiendo su costra arbórea y sus carnaciones vegetales para adquirir coloraciones herrumbrosas; y a medida que avanza por la carretera, el paisaje se va transformando en un laberinto volcánico de aspecto siniestro y oscuro, en un enorme lienzo pétreo y craquelado, recortado sobre el océano, con tonos de ese azul verdoso que los pintores llaman «azul español».

Durante kilómetros el viajero se encuentra con una sucesión árida de riscos y barranqueras. El oleaje se va desnucando una y otra vez contra las rocas, como una manada de lobos enloquecidos. Sólo roca, mar y viento, bajo un cielo desnudo.

También el viajero se siente desnudo, desposeído de sí mismo, en este paraje, donde sólo es un peregrino, un mochilero errante, una figura extraña y minúscula que se aleja por la carretera con su silueta desgarbada bajo el sol de agosto.

Se anima al pensar que ya está cerca la tierra de Brandán. Dentro de poco la verá, más allá de las Arenas Blancas, que atraviesa ahora: una playa agreste, formada por millares de conchas marinas en un entorno salvaje y brutal de colores imposibles, como pintados por el Greco.

La carretera continúa, abrazada al torso de nuevos acantilados negruzcos, con motas de blancos ácidos y veladuras tornasoladas. Por aquellas cimas jugaría doña Rosa, en su infancia de niña pobre, sola y descalza, entre los gritos de los pastores.

Del sueño del Greco al dramatismo de Caravaggio: el viajero camina ahora entre paredones verticales de cenizas volcánicas con sombras de bermellones atormentados. Un paisaje para la tribulación y el arrepentimiento.

Son casi las doce y media cuando cae en la cuenta de que lleva caminando más de una hora por esta carretera, junto a un océano de relumbres dorados, como de ron añejo, sin encontrarse con nadie. Al rato divisa la Punta del Verodal, donde los isleños creían contemplar, de tarde en tarde, la isla de Brandán. En ese preciso momento se detiene un auto.

—Venga, le llevo.

—Muchas gracias, prefiero ir caminando. ¿Cuánto me queda hasta la Punta de Orchilla?

—Hora y pico. ¿De verdad no quiere subir?

—No, no, muchas gracias.

Le mira con extrañeza, con ojos descreídos.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

Arranca, avanza un tramo de carretera, y se detiene de nuevo. Debe tener escrúpulos de conciencia, porque le grita, acodándose en la ventanilla:

—¿Está seguro de que quiere ir caminando?

—Sí; no se preocupe, muchas gracias.

—Vale, vale —dice, como el que abandona a su suerte a un alma en pena.

Pero el viajero no está tan seguro. Este isleño de ojillos de ratón le ha metido el miedo en el cuerpo mientras sigue caminando bajo una bola de fuego y una luz extrañamente blanca, por un paraje cada vez más inhóspito. El mar sigue su acometida estridente, como un toro obstinado, entre los acantilados cortados a bisel y lavas que refulgen, heridas por el sol. Es la apoteosis del negro. Se aproxima al extremo de la isla, donde acaba el tiempo de la tierra y comienza el del mar, en una perenne nochevieja del mundo.

Cuando enfila la Montaña de los Guirres, como una gangrena pétrea de color pardoceniza, experimenta el primer síntoma de mareo. Empieza a temer los estragos del calor. Y lleva la cantimplora medio vacía. Decide actuar por primera vez, apartándose de su norma, con algo de sentido común: parará el primer auto que venga.

Pero no viene ninguno.

Sigue caminando. Ahí enfrente, en un día de Pascua de Resurrección, llegó Brandán. Era un islote oscuro, envuelto en brumas. Desembarcaron, hicieron fuego, y el irlandés comenzó a celebrar Misa. Fue un tiempo de felicidad plena. Pero al terminar, la tierra comenzó a deslizarse hacia el océano y descubrió que se encontraba sobre el lomo de una inmensa ballena, a la que llamó Jasconius. Los monjes que le escuchaban entendían perfectamente aquel relato esencial, libre de mapas y geografías. También le entendieron las pobres gentes del lugar, los analfabetos y los peregrinos de paso; pero, ay; cuando Brandán lo puso por escrito cayó en manos de los llamados sabios y eruditos, gente inteligente que no comprende nada. Y ese fue el comienzo de la confusión.

El viajero se detiene para contemplar el paisaje: el negro velazqueño está dejando paso a los contornos borrosos de un Turner. Las aristas de las quebradas se diluyen en arrebatos luminosos que dañan la retina. Comienza a marearse.

Avanza lentamente. Teme caerse al suelo si se detiene. No quiere consumir el tesoro de su cantimplora, aunque siente en su garganta las agujas de la sed. No deberías haberle dicho que no al del coche. Sigue caminando. A estas horas, ya estarías en el faro. No deberías...

Al fin, cerca de la una y cuarto, le recoge en su auto un isleño de cejas pobladas, con el ojo derecho cubierto con un esparadrapo.

El viajero, que ya se veía regresando deshidratado al Pozo de la Salud o rodando por la cuneta, se asegura de que hay agua en Orchilla y apura afanosamente su cantimplora. Ya repuesto, sufre un arrebato de locuacidad y comienza a referirle a su benefactor, que le escucha con timidez, sus impresiones sobre la isla y el balneario que acaba de visitar. Con este tipo de iniciativas se ha salvado —le cuenta— no sólo una tradición autóctona de este enclave, sino también un rasgo decisivo de su identidad cultural. Algo importante —concluye— porque en estos momentos en los que globalización hace que se pierdan los perfiles de lo local, hay que preservar esos rasgos, que configuran su idiosincrasia esencial de cada pueblo, ¿no le parece?

—¿?

—¿Está de acuerdo?
—Esto... ¿De acuerdo... con qué?
—Pues... con lo que estoy diciendo.
—Perdone, pero es que no he entendido absolutamente nada.
—No tiene importancia —dice el viajero, avergonzado—. Era sólo hablar por hablar.

Y continúa hablándole en cristiano sobre el bosque de sabinas, una imagen que el viajero ha visto en tantas fotografías: un conjunto de sabinas doblegadas por el viento, como hijas de un Lot arbóreo, víctimas de un desconocido castigo vegetal, que huyen de la tierra de Brandán.

Llegan al faro. El del esparadrapo se dirige hasta la Punta de Orchilla, donde se despoja de su camisa y se tiende para tomar el sol en el espigón. El viajero prefiere refugiarse de los ardores en un chamizo cercano, cerca de unas tiendas de campaña que rodean, como satélites multicolores, una gran carpa blanca, con un pináculo acebollado que le da cierto aspecto de pagoda.

Decide seguir leyendo el relato de Brandán, en este lugar cercano a su isla soñada. En estos momentos el monje marinero acaba de encontrarse con el mismísimo herrero del infierno:

> *De las simas profundas y de los precipicios vuelan disparadas inmensas cuchillas de fuego. Como fuelles soplando ruge el viento. Ni con truenos resuena tal estruendo. Espadas de hojas candentes, rocas ardiendo a llamaradas, tan alto por el aire vuelan, que roban al día su claridad...*

Hace un calor asfixiante y el viajero hace una pausa para zambullirse en el mar de las Calmas, que hace honor a su nombre por su placidez de lago, aunque su entorno sugiera un no sé qué de aterrador. El fondo marino se ofrece como un mundo insospechado en azules, verdes y amarillos de bronce.

Cuando sale del agua ya se ha marchado el del esparadrapo. Se seca en el espigón, deslumbrado por este extraño maridaje de piedra y mar, con verdes y azules cambiantes, que van desde el blanco al albayalde de las esquineras del faro —¡el faro del fin del mundo!— en contraste hiriente con el negro ala de cuervo de la montaña. Se tiende a dormir un rato bajo el sombrajo, junto a una pequeña fuente, construida toscamente alrededor de un grifo. Comienza a leer el Capítulo XIII del viaje de Brandán: «Fiesta en el pez-isla».

Junto al espigón hay un embarcadero con un anuncio escueto que antes no había visto: A LA ISLA. Allí le espera un barquero pálido, que le invita a subir a la barca. «Venga, venga, le estaba esperando». Y cruzan el pequeño brazo de mar que les separa de la isla de Brandán con asombrosa rapidez.

—¿Y esta es realmente la isla de Brandán? —pregunta cuando están a punto de llegar.
—¡Claro!
—¿Está habitada?
—Sólo por el dueño. Ya lo verá cuando lleguemos.

Y aquí está frente a nosotros, el dueño, esperándonos en la orilla, silencioso. Un hombre alto, de mirada tan serena como su rostro, como el ambiente que nos rodea. Tenía razón Brandán al escribir que en este lugar «no azota ninguna cellisca»: el viento y el mar permanecen en una rara calma.

—¿A qué has venido? —pregunta al viajero.

El viajero no sabe qué contestar. Se da la vuelta para contemplar la belleza de la isla, y cuando vuelve de nuevo el rostro se encuentra solo. El barquero y el dueño han desaparecido entre los roquedales.

Comienza a pasear por la isla. Salvo por las rocas de la costa, es plana como un altar, pulida como un inmenso mármol blanco. El océano llega hasta sus orillas de forma temerosa, sin formar olas: se aquieta, se transforma. El viajero se siente inundado por una extraña e intensa felicidad.

Palpa el viento, que se diluye entre sus manos como esporas algodonosas. Se descalza para sentir la bendición del agua. Se siente de ayer, de mañana y de siempre, como si se hubiese liberado del tiempo. Duda un momento antes de abandonar la solidez del mármol blanco y pisar la superficie líquida del mar. Escucha la voz del dueño a sus espaldas, que le pregunta:

—¿Comprendes ahora?

Y le d¡ce las mismas palabras que a Brandán cuando estuvo aquí:

—«Tantas maravillas como has visto, y cien mil veces más, encontrarás más allá, pero no sabrás nada de esto por ahora, hasta que vuelvas aquí…. Ahora ¡regresa! Y llévate contigo algunas de esas piedras preciosas, para…».

El viajero está intentando descifrar el color de las piedras preciosas que le ha entregado el dueño, cuando le despiertan las risas de los tres submarinistas que se han acercado para recoger agua de este grifo, que es, posiblemente, el único manantial en muchos kilómetros a la redonda. Se levanta, frotándose los ojos, sin saber si lo que ha sucedido ha sido sueño o realidad.

Dos de los submarinistas son hermanos y viven en una isla cercana. El tercero, que permanece callado, es italiano. El viajero intenta superar sus prevenciones y se esfuerza por ser amable.

—¡Italiano! *Di dove sei?*

—*Di Napoli.*

—*Napoli! Vederci e poi morire!*

—*Ma non sono proprio di Napoli, ma di Sorrento* —corta secamente, y se marcha dándole la espalda.

Ya está acostumbrado a los desplantes napolitanos. Los hermanos, por el contrario, le invitan a charlar dentro de la carpa, que resulta ser el estado mayor, comedor y sala de juntas donde estos buceadores charlan, ríen, cantan y discuten tras las largas jornadas bajo el agua, hasta las tantas de la noche.

Y hasta las tantas se quedaría con ellos el viajero, si pudiera, porque estos submarinistas son, a excepción del italiano, unos tipos cultos, amables, alegres, locuaces y de conversación interesante. En su isla serán médicos o carteros, catedráticos o

electricistas, qué más da. En este rincón del fin del mundo, donde se reúnen año tras año, son sólo y exclusivamente (pronuncian la palabra con timbre de orgullo) pescadores.

Le hablan de las maravillas que exploran cada día; y le describen con tal pasión las provincias secretas del océano y los universos ocultos de peces batidos por el oleaje —meros, viejas, chopos, medregales, bocinegros, abades— que el viajero ya se ve tras ellos, abriéndose paso con sus aletas y su rifle submarino, nadando entre las algas adheridas a las rocas.

¡Ah, si el viajero no tuviera terror al agua, qué inmersiones haría! Se internaría por los túneles y las oquedades para descubrir, iluminadas por los rayos del sol, las aguavivas y los dedales que las tormentas, según le cuentan, arrastran hasta la costa; y bajaría hasta las profundidades para contemplar los acalefos, las anémonas y las actinias, con decenas de tentáculos, irisaciones y colores ardientes. Comprobaría la verdad del Qohelet: *No se sacian los ojos de ver ni los oídos de oír.* El viajero comprende bien a estos buceadores, aunque él sólo sea un buceador de salón.

—¿Y qué has venido a hacer aquí?

En otra situación el viajero hubiera sido más cauto; pero reconoce confiadamente:

—La ruta de Brandán.

—¡Brandán! —exclama el hermano mayor—. Ya sabrás que las cartas náuticas sitúan su isla precisamente en este lugar…

—¿Pero no es un mito? —pregunta el menor.

—¡Qué va a ser un mito —exclama el mayor, mirando con gesto de complicidad al viajero— si yo *he visto* esa isla! ¡Como que nosotros vivimos en ella! Es la isla de la felicidad, la tierra de todos los que soñamos: ¿no es verdad?

El viajero asiente.

—Y nosotros, los buceadores, sabemos mucho de sueños... ¿Qué sería del buceo sin soñar? El buceador es, fundamentalmente, un hombre que sueña. Sueña el día anterior, antes de acostarse: mañana veré... Y sueña al despertar, y al sumergirse en el agua…

Mira —continúa, mirando al viajero—, nosotros solemos ir a esas bajas de allí, que llaman de los Negros, en altamar; y abajo, en la oscuridad, sigues soñando con encontrarlo... Y de pronto, lo ves... Está ahí, mirándote, a pocos metros de ti... Has descubierto, al fin, el pez ideal. Y vas hacia él, lo persigues, entablas la pelea... Una pelea a muerte, porque te juegas la vida cuando pescas. Temes la falta de aire, las corrientes, los tiburones... Pero disfrutas con eso.

Y sólo eres un buen buceador si sueñas día y noche con ese pez maravilloso que te mantiene en tensión. Hoy no; mañana tampoco; pero un día lo verás, estás seguro, en estos mares, que son de los mejores del mundo para la pesca submarina.

—La isla de Brandán debe ser algo así —dice el hermano menor— como el sueño de la Atlántida, ¿no?

—…fíjate dónde estamos —sigue el mayor, sin escucharle—: ¡el faro del fin del mundo! Un lugar donde los antiguos marineros no se atrevían a venir, porque pensaban que la tierra era plana, como un pañuelo de cuatro puntas sostenido por ángeles… Creían que las aguas del océano se despeñaban en una catarata tras esa línea del mar. El eterno

miedo a lo desconocido. Temían encontrarse con monstruos marinos, con fieras llenas de ojos, que sé yo... Esto era la frontera de la civilización. Y ahora, aunque ya sabemos lo que nos espera tras ese horizonte, seguimos buceando en el misterio. ¿Conoces la historia de la Raya?

—¡Claro! En Portugal se dice así —responde el viajero.

—¿Cómo?

—La Raya, la frontera.

—No, esta es otra raya: la del Meridiano.

Y le explica cómo, por ser la isla más occidental del mundo conocido, los cosmógrafos antiguos, desde Tolomeo, fijaron aquí el primer meridiano.

—¿No has visto la película? Se han debido inventar la historia, pero no importa: trata de un farero de finales del siglo pasado que estaba muy orgulloso de su faro y de su Raya, hasta que se enteró de que los ingleses se la habían dado a un tal Greenwich. ¡La Raya! ¡*Mi* Raya!, empezó a protestar. ¡Si es lo único por lo que se conoce esta isla en el mundo entero! ¿Cómo nos la hemos dejado quitar? Intentaron explicárselo, pero no había manera: que no y que no. Y amenazó con no encender el faro hasta que se la devolvieran. Y llegó a tal punto que dejó en tinieblas esta parte del mar, que es vital para la navegación. Hasta que vino un Embajador...

—Te has saltado lo del alcalde —apunta su hermano.

—Es verdad: hubo una conmoción general en la isla y una noche vino el alcalde con mucha gente para pedirle que encendiera el faro, porque se perdían los barcos. Pero él, ni caso. Hasta que el alcalde tuvo una idea genial: hizo que un inglés que vivía aquí se disfrazara de Embajador de Gran Bretaña y le entregara un título, en nombre de la Reina Victoria, por haber sido *el último poseedor de la Raya*.

¿Lo ves? —continúa, dirigiéndose a su hermano— todos necesitamos una ilusión. Sin sueños, sin ilusiones, no se puede vivir. Aunque sean absurdos, como que los animales hablen. ¿Tú has visto el cuervo que habla?

El viajero no ha tenido el gusto.

—¿Cómo? ¿No lo has visto? ¡No te puedes ir sin verlo! Está en el Golfo. Es un bichejo negro que canta fandangos y zarzuelas. Debe tener unos cincuenta años. Viejísimo. Pero te hace soñar con animales que hablan. Y los muros... ¿Te han hablado de los antiguos muros de la isla? Dicen que eran parcelaciones que hacían los indígenas para separar el ganado. .. ¡Bah! ¿Qué ganado iba a haber en este desierto de lava? No me lo creo. Cuando los contemplas desde la cumbre descubres lo que son: jeroglíficos; te lo digo yo, construcciones con un significado secreto, como los letreros del Julan. No te vayas sin ver el Julan.

Mira, aquí las noches son largas y hablamos mucho, pensamos, leemos... y recitamos versos. Este, por ejemplo —dice, señalando a su hermano— se ha traído las obras completas de Calderón: *Y sueño que estoy aquí/ de estas prisiones cargado/ y sueño que en otro estado/ más lisonjero me vi./ ¿Qué es la vida? Una ilusión.....* Una ilusión, un frenesí. Tenía razón. Donde yo vivo hay demasiada gente, demasiado bullicio; no hay tiempo para pensar, para descifrar nuestro propio jeroglífico... Aquí no: en estas

soledades uno se pregunta enseguida: ¿Quién soy yo? ¿Para qué vivo? ¿Qué sentido tiene mi vida?

Una hora después, cuando termina la conversación (en la que el italiano no ha dicho esta boca es mía) le dice el hermano mayor, a modo de despedida:

—¡La salvación está en el arte!

¿En el arte? El viajero se despide y comienza a subir penosamente el primer repecho, en dirección al faro.

—¡Eh, amigo! —oye a su espalda.

Es el italiano, que se acerca sudoroso.

El viajero le mira con prevención.

—¿Qué quieres?

—Toma, agua fresca para la cantimplora.

Veinte minutos después llega, más muerto que vivo, hasta el pie del faro, la última luz para los navegantes que se adentran en el Atlántico y el primer resplandor de Europa para los que regresan. Es un faro como tantos otros, con una torre de planta octogonal herida por grandes ventanales de madera pintados de verde, con muros donde se leen inscripciones amorosas (*Azucena-Carlos*); históricas (*Samara 2000*); patrióticas (*¡Viva mi isla!*) y testimoniales (*Robert estuvo aquí*). Bajo una placa de tema militar, se puede leer un ramillete de insultos variados, aderezados con amenazas y protestas: *¡Insumisión!*

El viajero se acerca hasta el último peñón de rocas, un escenario casi irreal de coloraciones abrasiladas donde el océano, como señaló Torriani, que estuvo aquí en 1587, «queda como muerto». El lugar le transmite una sensación extraña, inquietante, como el temblor que suscita un teléfono inesperado al sonar a media noche.

Este faro ha conocido días aciagos, gritos de náufragos y llantos por los ahogados. Y también, momentos de gloria. Uno de ellos fue el 18 de abril de 1942, durante la II Guerra Mundial, cuando su luz salvó la vida de los veintisiete hombres del Duffield, un petrolero inglés que había sido alcanzado por los torpedos de un submarino alemán. Los supervivientes pasaron nueve días en el océano remando desesperadamente, sin agua ni alimentos, teniendo la luz de este faro como única guía.

La salvación está en el arte, le ha dicho el submarinista. ¿De qué puede salvarnos el arte? ¿Qué luz puede darnos en medio de este naufragio? Pero los visitantes que llegan para contemplar el lugar no dejan que el viajero se concentre. En estos momentos ya son catorce o quince los contemplativos. Ellas suspiran primero, hurgan en el bolso después y comentan por último lo emocionante que es estar aquí. Ellos se preguntan:

—Vale, el faro del fin del mundo. ¿Y qué?

Llega ahora una familia numerosa. La señora se compadece del viajero, que debe tener una pinta lamentable, ya que, nada más verle, le indica a su hija, señalando una botella de agua del maletero del coche:

—Niña: ofrécele al señor.

El viajero agradece el detalle con gesto de pobre de solemnidad y cuando se alejan, intenta recobrar el hilo de sus meditaciones: ¿el arte, capaz de salvarnos? ¿De salvar—me? Pero su gozo en un pozo: se acerca ahora una parejita haciéndose carantoñas y gestos amartelados, que tras divagar sobre la infinitud del espacio, le dicen al viajero, mostrándole la cantimplora, con conmiseración:

—¿Un *buchito*?

El viajero deduce que su aspecto debe ser francamente penoso y contesta, alisándose el cabello:

—Cómo no.

Si no hiciese esta calorina que está a punto de ablandarle los sesos intentaría determinar si la contemplación del paisaje *del fin del mundo* guarda alguna relación intrínseca con estas manifestaciones constantes de filantropía; pero decide tomar las de Villadiego, no sin que antes unos sesentones que se acercan caminando le propongan, al verle, con gesto de lástima:

—Caballero, ¿quiere un traguito de vino? ¿Agua con gas?

Naturalmente al viajero le sucedieron muchos otros sucesos durante su estancia en Orchilla, donde su retina estuvo a punto de estallar por el fulgor de la luz, como un filamento incandescente; pero no es cuestión de relatarlas todas, entre otras cosas, porque nadie le creería: la realidad tiende a comportarse del modo más inverosímil. Si el viajero explicara a sus benefactores que dentro de once años bajo las entrañas de ese mar en calma se producirá una erupción volcánica espantosa, con la evacuación de pueblos vecinos, se sonreirían; pero así será… y así fue.

Podría hablar, en este agosto del 2000, emborrachado de ilusiones, de aviones estrellándose contra dos torres, de guerras insospechadas y búsquedas de un árabe por todo el planeta. Pero le mirarían con sonrisa comprensiva, como al loco de la isla de Brandán.

Por eso el viajero solo contará que antes de marcharse de la zona se adentró por el vericueto que lleva hasta la Cueva del Acantilado; y que allí se encontró, en vez de la sombra y el frescor que buscaba, con un matrimonio y su hijo de quince años.

—Buscamos la cueva famosa para que la vea el niño. ¿Sabe usted dónde está?

El *niño* tiene quince años y hace un gesto de desagrado a ser calificado de tal, pero se calla.

El viajero les ayuda a encontrar la entrada de la cueva, medio oculta entre unos matorrales, con un estilo genuinamente stevensoniano: una entrada misteriosa, una escalera empinada de peldaños de piedra, y abajo, en la negrura del fondo, un pasadizo…

—¿Entramos?

El llamado *niño* se niega en redondo: prefiere quedarse jugando con su *gameboy*.

—Pues yo no me lo pierdo. ¿Tú bajas, Lola? —pregunta el señor, poniendo el pie en el primer peldaño.

—No seas crío, Ramón.

Pero no está dispuesto a hacerle caso, y lo que es peor: utiliza al viajero como coartada:

—¿Usted querrá bajar seguramente, verdad? Venga, venga conmigo, que esto debe ser muy interesante.

El viajero no puede negarse a esta obra de misericordia con un cincuentón nostálgico y le sigue por el pasadizo a la luz del mechero. Allí, mientras se dan tropezones con el techo, le cuenta que le apasionan las cuevas desde pequeño; y que esta, en concreto, le evoca al Capitán Trueno. ¿Ha leído usted el Capitán Trueno? El viajero miente piadosamente: no desea contrariar a este buen señor que aún sigue cruzando con su fantasía los mares del Norte junto al Capitán, Crispín y Goliath en la búsqueda eterna de Lang—Fu, *el azote de Manchuria*.

—Esta cueva es fantástica —dice, exultante—. ¡Igual que en las películas!

Cuando regresan al mundo real, el niño de cincuenta años se enrosca de nuevo en su caparazón de persona mayor.

—¿Qué tal, Ramón?

—¡Bah! Nada del otro mundo. Mejores las he visto yo.

A pocos metros, absorto, sentado en una roca, el niño ya no tan niño de don Ramón y doña Lola sigue enfrascado, recorriendo una cueva virtual en su *gameboy*.

Asciende ahora el viajero por la carretera que bordea la Montaña Colorada y la Montaña Negra. El conjunto es de una grandiosidad salvaje, de tonos cenicientos, entreverados con rojos de cinabrio. Son las dos de la tarde. Aplanado por el calor sofocante, comienza a marearse de nuevo. Sigue caminando hasta que descubre, como un espejismo, a una joven rubia que alza la mano desde la lejanía. Se palpa la frente. Teme que se haya quedado dormido de nuevo y esté volviendo a la isla de Brandán.

Pero no es una pesadilla, sino una joven que le pide por gestos que se acerque: una francesita con un auto rojo aparcado en el arcén que le pregunta cómo puede llegar hasta Echedo. El sol cae a plomo y le invita a enseñarle el mapa dentro del vehículo, donde se encuentra casi agazapado, a causa de su estatura, un joven alemán de dos metros, con largas piernas raquíticas, rubiasco y no de demasiado buen humor, que ocupa el asiento del copiloto. El mareo no cede y el viajero, que está a punto de caerse en redondo, dice con rotundidad, en un francés macarrónico cerrando la puerta del auto:

—*Es que je puis aller avec vous dans l´auto? Si vous voulez, je puis guider a vous…*

La francesita se queda desconcertada.

—¿Sabe cómo nosotros ir? —chapurrea el alemán con cara de malas pulgas.

El viajero les dice que, en vez de rodear el Golfo de nuevo, pueden ir por arriba, por las Cumbres. Él les guiará.

—*Dieser Typ steht unter Drogen* (Este tipo está drogado) —dice él.

—*Es sieht nicht so aus* (No lo parece) —dice ella.

—*Wäre es nicht besser, dass wir allein fahren?* (¿No sería mejor que fuéramos por nuestra cuenta?)

—*Nein, fahren wir weiter.* (No, vamos.)

La francesita pone en marcha el motor y comienzan a bordear la montaña

Tembárgena. Atraviesan en silencio la daga abrasadora de Orchilla mientras el viajero se repone lentamente del mareo y les informa, tras consultar su mapa, de que están entrando en el Tomillar. El alemán le vigila receloso por medio del retrovisor. La carretera se corta abruptamente. Lee un cartelón:

PRECAUCIÓN.
DESPRENDIMIENTOS. CARRETERA CORTADA.

—¿Qué ser desprendimientos? —pregunta la francesa.

El viajero no encuentra la palabra en francés y comienza a agitar las manos.

—¿Llover?

—¿Baile?

No le entienden. El viajero sigue gesticulando. El alemán murmura.

—*Ich habe es Dir schon gesagt, er steht unter Drogen.* (Lo que te he dicho. Está drogado.)

El viajero, que no sabe alemán, decide intervenir en la conversación:

—¿Qué significa *unter Drogen*?

—Oh, *rien, rien*.

Se hace un nuevo silencio mientras suben, por un camino de tierra y polvo, hasta los Colgados de Binto. Según el mapa, este camino de cabras le debe llevar hasta el Malpaso, el punto más alto de la isla, situado a 1500 metros, y desde allí, en cuanto dejen atrás la ermita del Salvador, podrán bajar hasta el Golfo por el Brezal. Es el recorrido más corto, pero el viajero no contaba con el mal estado del camino.

Al alemán, que no le quita la vista de encima al viajero, el lugar le parece excesivamente apartado y solitario, y el desvío le está empezando a oler a cuerno quemado. Empieza a temerse lo peor. Se aproximan a la Cruz de los Reyes.

—*Ich habe es Dir schon gesagt. Er steht unter Drogen* (Insisto: está drogado) —dice en voz baja, intentando que el viajero no le escuche—. *Sagt ihm, das ser sofort aussteigen soll.* (Dile que se baje inmediatamente.)

—*Hier schon?* (¿Aquí mismo?)

—*Im ersten Dorf, das wir sehen*. (En el primer pueblo que veamos.)

—*Einverstanden. Im ersten Dorf sage ich ihm, das ser aussteigen muss.* (Muy bien. En el primer pueblo le digo que se baje.)

La conductora carraspea al preguntar:

—¿Cuándo ser un pueblo?

El viajero hace como que no entiende. Despliega el mapa y les muestra que no hay ningún pueblo desde aquí hasta la carretera.

—*Was ha ter gesagt?* (¿Qué ha dicho?)

—*Dass es kein Dorf in der Náhe gibt.* (Que no hay ningún pueblo por aquí.)

—*Dann sagt ihm, das ser sofort aussteigen muss!* (¡Pues díle que se baje ya!)

—*Wo* (¿Dónde?)

—*Hier!* (¡Aquí!)

—*Wie kann ich ihm sagen, das ser hier aussteigen muss? Bitte, etwas Geduld. Wir haben keine Karte.* (¿Cómo le voy a decir que se baje aquí? Ten un poco de paciencia. Además no llevamos mapa.)

No hay mal que por bien no venga. La situación del viajero, que hace como que no entiende el idioma, ha cambiado radicalmente: de caradura intruso a salvador con mapa.

Llegan por fin al cruce con la carretera asfaltada. El alemán respira hondo. Se despiden.

—Gracias, gracias, ha sido *very* inolvidable —dice la francesa, sonriente.

—*Truly:* inolvidable, *unforgettable* —corrobora el alemán, irónico.

—Yo al menos, no lo olvidaré jamás —dice el viajero, ya repuesto del mareo. *Aufwiedersehen!*

El viajero se sienta bajo la sombra de un árbol al borde de la carretera. Al otro lado, un empleado del Ayuntamiento, chaparro y orondo, habla por su móvil.

—¡Vaya vuelta hemos tenido que dar! —se queja el viajero, cuando el guardia forestal da por finalizada su charleta telefónica.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? ¡La carretera de abajo está cortada!

—No está cortada.

—¿Cómo que no? ¡He visto el cartel!

—¿Y qué pone?

—Precaución. Desprendimientos. Carretera cortada.

—Dice sólo *Precaución*; o sea: que la carretera no está cortada. Si estuviera cortada, diría: «Cortada». Eso quiere decir que si usted quiere pasar, pasa: porque si no, no le dirían que tuviera precaución.

El viajero es un hombre de paz y no está dispuesto a discutir, y menos a estas horas, con este buen señor, que no será un genio de la lógica, pero es un experto, en cambio, como descubre enseguida, en hayas, cedros y pinos canadienses; y que se despide, cordial, pero en sus trece.

—Que le vaya bien. ¡Ah! ¡Y que conste que la carretera no estaba cortada!

…

El viajero se adentra en el bosque, pensando mientras desciende bajo la enramada, que si fuera ornitólogo sabría descubrir todas las aves que anidan aquí y se conocería este lugar al dedillo, con todas sus pocetas y recovecos. Se imagina por este paraje, con su cuaderno de notas —un cuaderno de tapas flexibles de hule gris— anotando al pasar: ahí va una curruca cabecinegra; eso es un reyezuelo; aquel de allá un petirrojo, un mirlo, un pinzón, un triguero... Observaría con sus prismáticos los menores movimientos de las aves y hasta se sabría sus nombres en latín. Y en vez de poner «cernícalo», que parece un insulto, escribiría *falco tinnunculus* y se quedaría tan ancho…

—Sí —se confirma a sí mismo el viajero—; si yo fuera ornitólogo descubriría especies de mariposas que sólo se ven aquí, como la loba y la blanquiverdosa; repararía

en las arañas y en los cigarrones, en los caballitos del diablo y en los saltamontes; y localizaría los últimos escondites de las chinches de campo, de las avispas y las abejas. Y sabría dónde se esconden las lechuzas y a qué hora bajan las aguilillas a buscar su ración diaria de ratones.

—¿Y si fuera entomólogo? Si fuera entomólogo me conocería —se contesta, a sí mismo, mientras desciende por el camino, dando grandes zancadas— a cada bicho por su nombre: perenquenes salamanquesas... Y no habría escarabajo que no supiera clasificar y describir.

—¿No estarás exagerando? —se vuelve a preguntar.

—No exagero.

—¿Y si fueras naturalista?

—Ah… Entonces vería helechos, doradillos, culantrillos y tostoneras; y este bosque sería para mí como un libro abierto; me sabría de pe a pa las plantas que se usan en la cocina: el toronjil, el orégano, la albahaca y el romero; y podría recitar de corrido las virtudes de las hierbas medicinales. Sabría, por ejemplo, que los algaritofes y los brezos curan las picaduras de los insectos; que las crestas de gallo alivian la diabetes y que las cruzadillas son muy buenas para las picaduras. Y hablaría además, de la flor de mayo, y de la gomereta; del poleo del monte; y del saúco...

—¿Y de la flora?

—¿De la flora autóctona, preguntas? De la flora autóctona —se replica a sí mismo— lo sabría todo: la malfurada; la granadilla; el aderno; el acebiño, la jara…. Y no sólo la vegetación de este bosque, sino de la isla entera: tuneras, relinchones, malvas, siemprevivas; y de muchas plantas y árboles que ahora no te cuento, como las rebinas, las norsas, los balangos y las gramas; sin olvidar las hirrinas, los dragos y las gibalberas; las lágrimas de virgen y las taracontillas…

Pero, ay, el viajero no es un ornitólogo, ni un entomólogo, ni un naturalista aficionado siquiera. Sólo es, a estas horas de la tarde, un caminante cansado que ha subido mil quinientos metros desde las orillas del mar, y que ha pasado, en demasiado poco tiempo, de la costa a la montaña y del desierto al bosque; del sol abrasador a la humedad deliciosa de este bosquecillo.

Por eso desciende hacia el Pinar con paso rápido y sin fijarse en nada; viendo tan sólo *árboles*, *pájaros* y *hierba*, hasta que se detiene y piensa que, a pesar de llevar días tan provechosos en esta isla, a pesar de haberse topado con tantos maestros del arte del buen vivir y de la ciencia de la felicidad, sigue caminando por este sendero con la misma urgencia con la que baja las escaleras del metro en su ciudad: agitado, nervioso e impaciente, para no perder un minuto de tiempo.

El viajero —se lo está temiendo— se morirá siendo un urbanita de solemnidad. Avanza con prisa por el paraíso, sin tiempo para contemplarlo, como tantos de sus contemporáneos. ¡Tiempo! Algo que poseen a raudales estos isleños...

¿Aprenderá la lección? ¿Cuando se vaya de esta isla seguirá siendo, para bien y para mal, un hombre moderno, hijo del acelerado siglo que agoniza? ¡El siglo XX! El siglo de los aviones supersónicos, de la carrera espacial, de Internet y las urbes asfixiantes; del

descubrimiento del genoma, de los grandes avances de la medicina y las dos guerras mundiales. El siglo de la prisa: ¡el fabuloso siglo de los ciegos!

¿Qué le deparará el XXI? El viajero, optimista, sueña en este mes de agosto del 2000 en un siglo de paz; en unas décadas de gran desarrollo económico, en un tiempo feliz…

—¿Así que ha trabajado de pastor?

—He trabajado y sigo, como está viendo.

Claro que lo ve; pero al viajero —que tiene una imagen tan bucólica como falsa de los pastores y se los imagina todavía con zurrón, flauta, talega y perro—, le cuesta creérselo. Este anciano, que le ha ahorrado una considerable caminata por el bosque al recogerle en su camioneta cargada de brazadas de forraje, es un *pastor moderno* que ha trabajado con sus cabras durante toda su vida, aunque ahora ya no lo haga por necesidad, sino por diversión; porque eso de ser pastor, mire usted, se lleva en la sangre.

—A mí —explica— no me interesan fiestas, ni jaleos, ni nada, y si usted llega por la costa, donde estoy con mis cabras, lo verá. A mí lo que me gusta son mis cabras. Y hablar, porque la lengua no me la han cortado todavía...

El viajero, que tampoco es mudo, le pregunta sin parar; y va aprendiendo sobre cabras, ovejas y colores: las blancas, las negras y las bermejas, que pueden ser jirancas, majoreras, jumentas, entojadas o cogoteras; cada una con su marca y su corte: horqueta, bujero, jiga y vuelta por atrás; bocado altibajo, chirivito por atrás, y bocado adentro; despuntada por adelante y puerta por atrás…

—¿Y no se aburre de estar todo el día con las cabras?

—Pues no, porque mire usted, yo estoy siempre pensando en lo que voy a hacer mañana con ellas: qué les voy a dar de comer, dónde las voy a llevar... Son cosas que uno no las puede explicar: me gusta cuidarlas. Es mi felicidad. Yo calculo que lo mismo que todo aquel al que le gusta su oficio: el médico, el *vitirinario*, el jinete... A todo aquel que es un profesional, claro. El que es aficionado a los reales, no. ¡El que es aficionado a los reales, sólo piensa en sacar más y más y más!

Baja el tono de voz.

—Antes había aquí un vitirinario que cuidaba de los animales y sabía de todo. ¡Qué hombre! ¡Eso es un vitirinario! Sin embargo, yo he visto a otros que, por no querer, no querían ni mancharse la camisa. Veían a los animales desde lejos. «Quítele usted eso»; «Póngale lo otro». Y yo me digo, ¿para eso ha estudiado usted vitirinaria?

—Eso digo yo —asiente el viajero.

—El que es un profesional, pero un *pro—fe—sio—nal* —remacha— ese hace las cosas lo mejor que puede.

—¿Y un pastor? ¿En qué se nota que es malo o que es bueno? Desde el punto de vista profesional, se entiende.

—Eso es malo de explicar... Porque si no te gustan los animales no hay nada que hacer. Ya me lo dijo un maestroescuela que teníamos aquí, que era de por la parte de Pontevedra. Vino desterrado hacia el 39, o eso calculo yo, porque yo nací en el 34 y cuando fui a la escuela ya estaba dando colegio aquí. Sí, debió ser por el 39.

—¿Cómo se llamaba?

—Pues ahora no recuerdo…

—¿Gervasio?

—¡Sí, como Gervasio! ¡Vaya! ¿Cómo lo sabe usted?

—He oído hablar de él.

—No, pero no era Gervasio… era otro nombre.

—No importa. ¿Y qué le dijo el maestro?

—¡Ah! Me dijo: usted reflexiona más, trabajando con los animales, que yo en la escuela. Porque a usted se le pone un animal enfermo y lo cuida, lo voltea, y no lo ofende. Pero yo, a veces, cuando estoy en el colegio, voy, agarro la vara y le doy a los muchachos. Y yo me he puesto a pensarlo y digo: pues el maestroescuela tenía razón, porque cuando uno está en el campo, con las cabras, está siempre pensando en la casa, en la mujer, en los hijos...

Mire usted: yo tuve un amigo que era piloto; oséase, oficial de barco, de esos que iban y venían a Venezuela y a Estados Unidos. Era hijo de una señora de aquí y de un alemán, y se crio en la Dehesa. Luego estudió un poco y se ve que era un cerebro, porque entonces, ya sabe usted, no había medios. Pues bien, cuando estaba yo en la otra isla, en el cuartel, él me esperaba todos los días al salir de capitanía y nos íbamos a charlar a un bar. ¡A charlar, no a beber, eh! Él no tomaba alcohol, ni yo tampoco; no hacíamos nada más que hablar del campo y de los animales. Y había gentes sentadas al lado nuestro, usted ya sabe...

El viajero asiente, ignorando qué debería saber.

—...que se reían de nosotros, porque éramos pastores y hablábamos de los animales. «Rafael —le decía yo—, cállate. ¿No ves que se están riendo de nosotros?» Pero a él no le importaba; y cuando le volvía decir que se callara, me decía: «¡Pero tú lo que tienes es una sicosis!» Y añadió una cosa que no se me ha olvidado: «Mirá: vamos a entrar en capitanía y vamos a agarrar a un tipo, de los más inteligentes que tengan ahí, y luego nos vamos al campo los tres, y ajuntamos dos manadas de ovejas, y le decimos: desepárenlas. Y tú me preguntarás: «¿Cómo la va a deseparar uno tipo que no ha visto nunca ovejas, verdad?» «Verdad», le dije yo. «Y yo te digo: ¿Y tú? ¿Tú eres capaz?». «Yo creo que sí, que yo las deseparo...». «¡Ah!, entonces tú eres una persona igual que él. No tengas psicosis ninguna, porque cada uno tenemos nuestro don». Y es verdad, ¿no le parece a usted?

—Desde luego.

—En Venezuela me lo dijo una vez un militar: «Yo soy militar, y sé de lo militar. Tú eres pastor y sabes de lo tuyo. Cada uno debe ser un doctor en su profesión». ¡Coño —pensé—, si es lo mismo que me dijo Rafael! El pobre ya murió, de... pero, mire, ya estamos llegando al Pinar.

El viajero se despide de este pastor sabio y se dirige hacia la calle principal de El Pinar, el granero de la isla. Entra en el primer hotel que encuentra. La noche se ha ido espesando lentamente, apoderándose del resplandor tibio de la tarde. La recepcionista tiene un aire lejano a Joan Báez, con su larga melena, que le cae sobre los hombros como

una cascada negra y brillante. El viajero después de cumplir con los trámites habituales —documentación, llave, etcétera— se dispone a contarle su vida.

—Me ha traído un pastor en su camioneta. No sé si lo conocerá. Es...

—Mi abuelo. Seguro.

—Es un señor que ha estado en Venezuela.

—¡Bueno! ¡Aquí todos han estado en Venezuela!

—¿De unos setenta años, con el pelo blanco y una camisa a cuadros, que...?

—Mi abuelo: no le dé más vueltas.

SÉPTIMO DÍA

EL CAMARERO, UN hombretón con nariz achatada de boxeador retirado, cuello de oso y una pajarita desmayada sobre la camisa, intenta hacerse paso con su bandeja entre el barullo de turistas alemanes que han inundado el bar, solicitando en voz baja:

—Permisito.

Pero la masa teutónica está demasiado ocupada en estos momentos en su lucha gastronómica con el jamón y el bienmesabe y no le escucha, mientras este les pide, les suplica casi:

—Permisito, permisito.

Al fin logra atravesar la frontera germana y le sirve el desayuno al viajero, que hoy no tiene ganas de andar. La caminata de ayer por el infierno de lava fue una tortura a fuego lento que le hizo perder el apetito; aunque hay que reconocer que luego, una vez puesto el sol, lo recobró plenamente y decidió tomarse una cena de padre y muy señor mío, como un musulmán exhausto al final del Ramadán.

En el comedor del hotel, abarrotado de familias, donde contó más de una veintena de niños, pidió como primer plato un chuletón de cordero y una botella de vino que se echó al coleto en un pis pas. El chuletón estaba excelso; y el caldo, hay que reconocerlo, era un digno descendiente de aquellas malvasías púrpuras que elogió el mismísimo Shakespeare y de cuya elaboración dio noticia Ursuástegui: *a un frasco de aguardiente fuerte se le echa una buena dosis de canela, de clavo de comer, bastante miel de abejas y un gran puño de pimienta colorada que es un sainete muy sabroso; y por cierto que no lo beben con melindres.*

Y sin melindres tampoco se lo zampó el viajero, que tras el pecado tuvo su penitencia. Al darse cuenta, intentó mantener la compostura y el equilibrio, y mientras los niños del comedor se iban multiplicando por cuarenta, sesenta y ochenta, se levantó, pagó la cuenta, dio las buenas noches al camarero, hizo mutis por el foro y desapareció lo antes posible de escena.

Hoy se quedará en El Pinar. No más desiertos tórridos. Podrías leer o pasear. O cortarte el pelo, por ejemplo.

—No va a poder ser —le informa el camarero— porque es San Lorenzo.

—¿Y?

—Y hoy cierra el barbero.

Sale del bar sin rumbo fijo, concluyendo que resulta lógico que al santo de la parrilla se le honre especialmente en un horno como este. Le sobresalta un estruendo de voces. Son los teutones, que se alejan calle arriba en tropel, como una estampida de búfalos, formando un alboroto que jamás se permitirían en las pulcras y silenciosas avenidas de su ciudad natal. Cuando se alejan en su guagua, El Pinar recobra su calma, rota por la risa fresca de un niño en la lejanía.

Lejanía: una palabra omnipresente en esta isla de finisterres, con parajes desolados y pueblitos con umbrías al estilo árabe, que podrían encontrarse en cualquier rincón del litoral mediterráneo, desde las costas de Andalucía, pasando por Nápoles, hasta Sicilia.

Algunas casas de El Pinar se encaraman temerariamente en la espalda de esta ladera que parece desplomarse hacia el océano, desde más de ochocientos metros de altura. A su alrededor las tierras de secano componen un ajedrezado de ocres y amarillos pajizos, un damero antiguo de colores cenicientos que estallan abajo, en el Lajial, entre un maremagnum de lavas oscuras.

Es un paisaje de contrastes, con tajos estridentes de luces y sombras, enseñoreados por el color negro. El viajero consulta su mapa, sin aclararse, porque estas cuadrículas de viñedos y almendrales deben ser Taibique, pero están divididas a su vez, para mayor confusión de sus visitantes, en otras cuatro zonas: Charcantón, Temanasén, La Goronita y La Hoya.

Bah; no importa donde esté. No busca el viajero monumentos para engrosar con fruición nipona su álbum de fotografías; sólo desea pasear, contemplar, meditar y perderse bajo el sol de agosto por esta maraña de callejuelas apretadas, entre casonas con guardacantones grises y huertas cercadas con restos de lagares.

En uno de estos patinillos, sentado en su mecedora, un anciano de rostro renegrido duerme su siesta mañanera, evocando quizá sus sueños antillanos y los anocheceres del Caribe, entre el contoneo de las mulatas por la calle O´Reilly. O quizá baila su ultima guaracha con alguna de aquellas muchachitas *de cinturita curvada /como la caña del pescador* que cantaban las habaneras de su juventud.

Tras las cortinas se adivinan mesas y baúles de otros tiempos, destiladeras secas, barquetas de mimbre desvencijadas y hangares abarrotados con lebrillos y tinajas. En los muros desnudos se alinean, cansinos, cuadritos religiosos, almanaques de colores chillones y fotografías en sepia de mozos con uniforme militar. Tras los aljibes, entre las pesebreras y los dornajos, se multiplican los corrales atestados de plantas, dispuestas con ese ingenio que sólo sabe idear la pobreza. Sólo ella puede convertir unos cuantos geranios y un puñado de azaleas plantadas en unas cuantas latas mohosas, en la ilusión de un jardín.

Pero no es pobreza exactamente lo que observa el viajero, sino contención y mesura, porque la mayoría de estos isleños volvieron ricos de su aventura americana, pero no cayeron, al regresar, en las fastuosidades de opereta que encandilaron a los nuevos ricos de otros pagos. No hay caserones de indianos como los que se ven en Santander o en Asturias. Ya lo constató Madoz en el siglo XIX: «Vuelven a su país con los ahorros que

hicieron y entran sin repugnancia en las sencillas costumbres y géneros de vida que antes tuvieron».

Un recodo del callejón da paso a una plazoleta triangular presidida por un monolito de cemento coronado por una paloma modelada con trazos toscos. En la base, una lápida con la inscripción:

POR LA PAZ Y LA LIBERTAD

Y cuatro nombres propios.

¿Sabrán estos vecinos quiénes fueron? ¿Conocerán su historia? El viajero decide averiguarlo y preguntar al primero con el que se tope. Pero no encuentra un alma por estas callejuelas que le conducen hasta la plaza de la iglesia.

En un extremo de la plaza, frente por frente del templo, se alza un pequeño campanario exento, con un cupulón exagerado y un basamento en el que se abre un arquito con pretensiones de puerta triunfal, bajo la sombra de un árbol inmenso. El viajero saca su block de la mochila, y ya está trazando las primeras líneas del boceto cuando se le acerca una señora enlutada.

—Buenas.

—Buenas. ¿Sabe usted qué árbol es ese?

—Ay, pues no. Y esta seguro que tampoco —dice, apurada, la señora, señalando a otra anciana que se acerca—. A lo mejor, una vecina...

—No se preocupe —dice el viajero, bromeando—: como es el árbol de la iglesia, se lo preguntaré al cura.

—Pues qué pena —contesta, muy seria—, porque el cura está embarcado. Apenitas hará dos días que se fue. Espere, espere.

Lo que el viajero se temía: ha desencadenado, sin quererlo, una pesquisa general. La vecina, que ronda los noventa y estaba haciendo costura junto a unas ceretas en el hangarón de su casa, se incorpora trabajosamente de la silla.

—Pues mire usted: he vivido toda mi vida junto a ese arbolito y no lo sé. Pero aquí está mi marido, que...

—No importa, señora, si no tiene importancia, si yo no...

La espiral es imparable, por mucho que el viajero diga y repita que lo suyo era simple curiosidad. El marido le pregunta a la hija, y la hija a su esposo, que es el que más sabe —le dicen— y se está afeitando en el patio de atrás. Afortunadamente, este buen señor atiende a razones y le dice, desde el ventanillo, con la mandíbula enjabonada, limpiándose la espuma de los labios con una toalla:

—No se preocupe usted, que yo me entero y se lo digo luego, si se pasa usted por el bar.

Con todo el vecindario conforme con el plan, el viajero continúa dibujando, hasta que una hilera de hormigas comienza a merodear en torno a su mochila. Las más osadas comienzan a trepar por la panza de la cantimplora, hasta que se cuelan por la boca, que ha dejado sin tapar. No tiene más remedio que vaciar el agua en una maceta y dispersarlas.

Prosigue con su boceto. Pero las hormigas vuelven a la carga. Se cambia de lugar. Empieza un nuevo esbozo. Pero, ay, ahora le rodea un corro de niños que le hacen la pregunta consabida: ¿dónde aprendiste a pintar? Al fin, guarda su block y pone pies en polvorosa, hasta las afueras del pueblo, donde logra, al fin, tomar el aire en paz, entre los emparrados y las chumberas. En un corral cercano, un gallo vigila sus dominios con mirada insolente.

Tras rodear los últimos caseríos, llega de nuevo hasta el mentidero. Y enfrente, como era previsible, encuentra el bar del pueblo: unas cuantas mesas de plástico, un mostrador eterno, un anuncio de aguardiente y el calendario del taller mecánico local.

El viajero se sienta en un rincón, mientras el viento golpea una y otra vez las ventanas entornadas. Sobre los muros, junto al extintor, cuelga el cartel con el rostro de la muchacha desaparecida. A la derecha, bajo unos cuadritos de caza, con las láminas descoloridas, descubre una fotografía de carreras de caballos con esta anotación:

Hipódromo La Rinconada de Caracas
2 de noviembre de 1997
Venezuela

Los parroquianos se arremolinan formando un nudo en torno a los jugadores de dominó. Es una partida en toda regla, por el silencio de ceremonia con el que se juega, roto sólo por el chasquido seco de las fichas sobre la mesa y el rasponeo del lápiz sobre el cartoncillo en el que un jugador va anotando los resultados.

—Voy.

El viajero pide una cerveza.

—Ahora voy yo.

—Me toca a mí. Espera.

Entra un paisano con el ceño fruncido que se suma a los mirones y se queda de pie, en la última fila, apoyando la suela del zapato en la pared, sobre la cenefa de suciedad formada por cientos de huellas anteriores. Junto a él, un tipo a medio afeitar se hurga la nariz con la mano. La otra mano le cuelga, perezosa e indolente, de la presilla del pantalón. Otro jugador tamborilea con los dedos de uñas enlutadas en el borde de la mesa.

Se hablan a voces.

—¡Ahí va!

—¿Qué? ¿Pensabas que no tenía?

No falta nadie en esta partida: el anciano de manos cruzadas, que se quita la boina de vez en cuando para rascarse la calva; el hombrecillo de panza desencajada que bosteza, sentado a horcajadas en una silla puesta del revés; y el amigo jocoso que entra dando un vozarrón:

—¡Qué bien vive aquí la gente!

—¡Es que nosotros no somos pescadores! —replica uno de los mirones, de espaldas, sin volverse, al reconocer la voz.

Parece que no falta nadie, pero cada uno de ellos conoce a los ausentes de esta partida que comenzaron hace siglos los abuelos de sus abuelos, ocupando este y ese y aquel asiento. Aquí estaba su lugar en el mundo, en la isla y en el pueblo. Día tras día, como ahora les sucede a ellos, la vida se les fue yendo de las manos, como estas fichas; y el tiempo fue jugando y venciéndoles la partida, mientras giraba la rueda del año: las ánimas, los villancicos, las cosechas… Los reyes, las revoluciones, las repúblicas, las paces, las guerras. Se hicieron mozos, se fueron de quintos, ennoviaron, matrimoniaron, tuvieron nietos, envejecieron y se marcharon. La partida de la mañana, igual que hace un siglo, sigue siendo para los viejos; la del café, para los casados; la de la tarde, para los mozos. Ellos, lo mismo que sus padres, y los padres de sus padres, van cambiando del juego de la tarde al del café y al de la mañana, casi sin darse cuenta; y esperan, igual que ellos, que sus hijos y nietos les sustituyan sobre el tablero.

En la pantalla del televisor —que no observa nadie salvo el viajero— una locutora venezolana habla con voz empalagosa de pirámides y faraones. Retumban sobre la luna del espejo los golpetazos de las fichas.

—¿Quién sale?

—Yo.

—Manolo, ponme otra caña.

—Vale.

Durante la media hora siguiente los chasquidos van rebotando, secos, en la cristalería del bar y en el techo de madera color tabaco. Concluye la partida entre un murmullo general. En ese momento entra un mocetón con la camisa blanca a medio abotonar, sobre la que aflora una pelambrera espesa, que pregunta lo que está viendo:

—¿Qué? ¿Se acabó la partida?

Hay risotadas, palmaditas en el hombro, palabras gruesas, propuestas de revancha. Los mirones se dispersan. Un locutor rubio con corbata azul explica ahora *una linda historia que tiene como marco la exuberante flora del río Paraná*. La música chirriante de la máquina tragaperras rechina en los oídos del viajero como la aguja afilada de un dentista. El de la boina hace el recuento.

—Diez. Siete. Veinte. Treinta y cuatro...

Concluye, triunfal:

—¡Cuarenta y seis!

Hoy toca ganar. Se van y el bar queda en silencio. El camarero cambia de canal. Una locutora negra cuenta con sonrisa forzada cuán deliciosa es la pesca submarina en el Caribe. Comienza otra partida.

—Ustedes, dos de siete y dos de seis.

—Cinco de dos y tres de una.

Sigue el juego, monótono y cansino. El camarero vuelve a cambiar de canal. De nuevo, la flora del Paraná. El viajero pide la cuenta y se dispone a pagar cuando se le acerca un tipo que le espeta:

—Magnolio.

—Tanto gusto —contesta el viajero, desconcertado, que se presenta a su vez tendiéndole la mano.

—Perdón: Magnolio... ¿y de apellido?

—Pues ese es el único nombre que me han dicho.

—¿?

El viajero no entiende nada.

—Pero si quiere, le pregunto a un cuñado mío, que sabe mucho de esto.

—¡Ah, no se preocupe! —disimula el viajero, al caer en la cuenta—. Si de verdad que no importa: lo mío era simple curiosidad. Perdone que no le dejara afeitarse en paz.

—¡Nada, hombre! ¡Para eso estamos!

El viajero se dispone a recorrer, con el firme propósito de no hacer más preguntas que le compliquen la vida a la gente, la zona alta del Pinar —que se llama Taibique según el mapa—, aunque su nombre real sea Gusano y esté dividida en El Gurugú, El Roque, Tanajara, El Mentidero y Las Paradejas. Según ha leído, este paraje, una golosina para la vista, era en otros tiempos un secarral donde se sobrevivía, y mal, gracias a los guásamos y las albercas. Ya no hay colmenas: las gentes prefieren cultivar papas y habas, el *manjar* de los antiguos isleños.

Las casas se alinean desordenadamente junto al camino en dirección a la cumbre, como esperando el paso de una comitiva imposible, entre chaflanes y retranqueos, reservando las balconadas para la parte trasera, que mira al mar; salvo excepciones, como esta casa pintada de verde pastoso, junto a la que se detiene el viajero. La señora está regañando a un niño de pocos meses por haber derramado un vaso de agua, algo que debe ser un sacrilegio en esta isla de la sed.

—Perdone: ¿esto es Taibique o Las Casas?

La regañadora se queda mirándole con fijeza, mientras su hijo logra alcanzar el vaso y lo vuelca de nuevo. Vuelve la vista atrás, echa una ojeada al frente y contesta:

—Mitad y mitad. Más bien Taibique.

—No —dice el marido, tajante, mientras riega con una manguera las plantas del jardín —. Esto es el Pinar.

Y le da una larga explicación. La señora se siente ofendida.

—¡Si tú no eres de aquí!

—¿Y eso qué importa —contesta agriamente— para saber dónde estamos?

Lo que le faltaba al viajero: una trifulca familiar. Intenta arreglarlo del único modo que sabe:

—Seguro que tienen razón los dos.

Y se escabulle. Bien merecido le está, por no cumplir su propósito de no preguntar. Porque a él ¿qué más le dará estar aquí o allá? Hacia el norte, según su mapa, está el Jayal, palabra de remembranzas portuguesas. Y hacia el sur… Hacia el sur descubre a una mujer que baja por el caminillo tirando de un borrico de pelaje ceniciento. El animal avanza agobiado bajo el peso de la albarda, cargada con dos cántaras de leche.

—Buenas.

—Muy buenas.

La lechera, que protege su rostro del azote de la luz con un sombrero de paja, tiene ganas de conversación, y al primer comentario del viajero (que no escarmienta) se interesa por los días que lleva recorriendo la isla, por su procedencia y opinión sobre las gentes del lugar; y luego, una vez conforme, le cuenta que ella baja al corral todos los días de labor, como hoy, donde los chiqueros, para llevarle la comida al marido. Y que no se tarda desde su casa hasta aquí tanto como parece: media hora, como mucho, con la ayuda del animal.

—Bonito burro.

—No, es burra.

—Eso quería decir yo.

—Es que no sé manejar —dice la lechera.

—¿Cómo? ¿No sabe manejar la burra?

—¡La burra, sí! —ríe a carcajadas—. ¡Lo que no sé manejar es el coche!

—¡Ah, eso no importa: yo tampoco sé conducir!

—Igual que mi marido. Pero es que a él que no le gusta manejar. Mis hijos quieren que se compre una máquina y están todo el día diciéndole: «Enséñate un poco y te sacas el carnet». Si no, tendríamos un cochito. Pero como no le gusta a él... Por eso llevo la burra.

La conversación cambia de derroteros: la familia, los padres, los abuelos.

—Mi abuelo fue pastor. Mi padre fue pastor y estuvo siempre con ovejas. Mi suegro también es pastor. Y esto es lo único que llevábamos antes: ¡burros!

Se entristece.

—Después de la guerra se pasó tanta hambre... Sólo había higos, pero pocos; ¡y ni aun de higos se hartaba uno! Ahora ya ni se comen; como tienes de todo...

Hace otra pausa y prosigue con desencanto.

—Aunque no sé si vamos a peor o a mejor.

—¿Cómo es eso?

—Porque la gente ya no se quiere. Ya no se quiere como antes, quiero decir. Antes, cuando uno no tenía, iba a la casa del vecino y le este le decía: «Llévate esto o lo otro», y repartía su comida con todos. Se ayudaban. Ahora no. Ahora cada uno va por su lado. ¿Esto es progreso?

—No sé, pero… la isla ha prosperado.

—Sí, en un sentido ha prosperado, pero en otro... los jóvenes ya no creen en nada, y eso no es progreso. Ni creen a padres, ni a hijos, ni a hermanos... ¡nada! Sólo creen en el dinero y punto. Eso es lo que no me gusta de ahora. Antes íbamos siempre juntos a regar, a cavar papas...

Esther, que así se llama esta señora, sigue conversando con el viajero, haciendo reflexiones sabias y hermosas, hasta que consulta su reloj y le comenta que con gusto se quedaría charlando un rato más con él, pero debe marcharse porque su marido estará ya inquieto por el desayuno. Y se aleja camino abajo con su burrita, que se balancea entre un estrépito de cántaras, como una estampa bíblica.

Minutos después, al llegar a una hondonada, doña Esther se detiene y se vuelve para decirle:

—Qué pena que no pueda usted hablar con mi marido. Seguro que él podía alegar algo...

Lo que sucedió, volverá a suceder —recuerda el viajero— *no hay nada nuevo bajo el sol*. Y no relatará más de su paseo, porque lo que vio luego es uno de esos parajes que llaman de *tarjeta postal*, y al viajero, discúlpenle ustedes, no le gustan ese tipo de panorámicas: ya ha visto demasiadas en Noruega, en Japón, en Finlandia y en el lago de Sololá. El mundo está lleno de tarjetas postales; no abundan, sin embargo, las lecheras sabias. El protagonista de esta tarjeta postal es un pino gigantesco, un macro—pino soberbio con pretensiones de baobab que parece haber crecido sólo para embobar a los turistas.

El viajero siente prevención hacia este tipo de superárboles: le parecen el símbolo de la cultura del siglo XXI que comienza, el siglo de los fuertes, hijo del poder y el éxito, nieto de Nietzsche, que ha enloquecido a tantos de sus contemporáneos en un frenesí de falso progreso —tenía razón doña Esther—, sometiéndoles a un extenuante maratón hacia ninguna parte. Una cultura que detesta a los débiles, se muestra inmisericorde con los niños y desprecia a los que se quiebran en su ascensión por no soportar el peso de la vida.

Por eso, rodea el arbolito de marras casi sin mirarlo y regresa hacia el pueblo a paso ligero. Al atravesar la calle le increpan dos muchachos.

—¡Eh! ¡Que saludar no hace daño!

Aunque lleva más de una semana en la isla, el viajero no ha aprendido una regla elemental de esta isla: estés donde estés, debes saludar a todo el que pasa a tu lado. No hacerlo supone casi un insulto; desde luego, un desprecio.

Se vuelve hacia los muchachos y se disculpa. El más alto, Aday, es un chicarrón de bermudas azules y camiseta celeste con estrellas amarillas. Está en segundo curso de Bachillerato y quiere ser astrónomo. Su amigo Isaac no se ha decidido aún: jugador de béisbol, quizá.

—¿Béisbol?

—Sí. Aquí tenemos tres entrenadores: uno de fútbol, otro de taekwondo y otro de béisbol.

—Vaya. Un deporte europeo, otro asiático y otro americano.

—Eso.

—Muy propio de esta isla, medio europea, medio africana, medio americana, intercontinental.

—Eso.

Zurean dos palomas salvajes sobre el cable del tendido eléctrico. Mientras charlan de deportes, se les acerca un joven peinado a lo Cortomaltés. El viajero le pregunta por el monumento que se ve abajo, al cabo de la calle.

—La paloma de la paz.

—Ya lo veo. ¿Pero qué significa?

—No sé. Espere, que se lo pregunto a mi hermana que es esa que viene por ahí.

Su hermana, que rondará los catorce y lleva trenzas largas de colegiala antigua, abre desmesuradamente los ojos y dice:

—Ni idea.

Se suma al grupo un chico con gafas oscuras de antifaz. Lleva las patillas pegadas a los parietales, como ordena la moda este verano. Tampoco sabe a cuento de qué pusieron aquí ese monumento, en esta plaza semiescondida de esta isla remota; pero no le importa demasiado, porque él, en cuanto pueda, piensa marcharse y olvidarse de todo esto.

—De hecho estoy entrenando en otra isla.

A medida que avanza la conversación, el viajero descubre tres cosas: primero, que se encuentra ante una joven promesa del fútbol isleño, al que el día menos pensado puede fichar un equipo importante. Segundo, que el Cortomaltés es nieto del pastor que le trajo al pueblo.

—No se sorprenda. ¡En esta isla todos somos familia!

Y tercero, que están al tanto de sus andanzas: ya saben que ha estado hablando con Esther en el camino, cuando le bajaba el desayuno al marido.

—Vaya. En esta isla las noticias vuelan.

—¿No le digo? Si aquí el que no es hermano, es primo.

Eso tiene sus cosas malas y sus cosas buenas, dice Cortomaltés; las malas, que los tiempos cambian y los viejos siguen encadenados al pasado.

—Dime tú —se queja—: ¿de qué les sirve tanto lamento? Es verdad: las costumbres antiguas están desapareciendo y la isla ya no es lo que era. ¿Y qué? El presente es lo único que tenemos. ¿De qué nos sirve lamentarnos? Sólo tenemos una vida y hay que vivirla. Pues no lo aceptan. Se escapan hacia el pasado o hacia el futuro. Y yo les digo que es como si tuviéramos dinero para pantalones y fuéramos en taparrabos. Nada. No entienden. …O no quieren entenderlo.

—¿Y qué futuro piensas que le aguarda a la isla?

—¡El futuro!... El futuro es en gran parte lo que te trabajes en el presente, ¿no?

La conversación termina de golpe, cuando atraviesa la calle una muchachita de buen ver y la chavalería se olvida de repente del viajero, que no olvidará sus palabras mientras cae la noche como un barniz plomizo sobre las calles de El Pinar. Los ancianos siguen en el mentidero, trenzando las nostalgias de un ayer que casi siempre se llama Venezuela.

El viajero se alegra de que ningún joven de la isla conozca la historia del monumento. ¿Será la victoria, al fin, del tiempo sobre el odio? Si es así, esta generación no recogerá el testigo de los rencores viejos para transmitírselos a la siguiente, razón por la que se levantan algunos monumentos.

Anochece cuando corre las cortinas de su cuarto en el hotel. El rojo de los tejados se ha ido destiñendo, transformándose en un amarillo terroso y al fin, en negro. Corre un airecillo fresco. El viajero se acuesta reflexionando en las palabras del Cortomaltés.

Y ahora, quince años después —2015—, le gustaría saber qué fue de aquel futuro que ahora es pasado, y en qué se ha convertido aquella ilusión, aquellos sueños.

OCTAVO DÍA

EL VIAJERO SE sienta entre las rocas, junto al mar, para leer un rato. Se encuentra ahora, si su mapa no le engaña, en la bahía de Naos, donde desembarcaban los piratas para secuestrar a los isleños y llevárselos a Berbería. Los más temidos eran los moros, que pedían rescates imposibles en onzas de oro. El viajero escuchó en su niñez romances de secuestros que recitan todavía las ancianas de esta isla, como el de aquel caballero que dejó a su esposa…

durmiendo en muy regalada cama
con veinticinco doncellas
que quedan en su compaña
y dos primitos hermanos
que quedan de retaguardia.
Como cosa de mujeres
tanto vían como intentaban,
fueronse a bañar a un río,
canto de la mar salada,
vino una lancha de moros
y a todos los cautivaba.
Las veinticinco doncellas
las ajustician y matan;
los dos primitos hermanos
le cortaron la garganta,
y ella, como más hermosa,
el capitán la llevaba,
que la quería para esposa,
para esposa de su cara...

Y aquí fue también donde, según sus lecturas, a finales del XVIII, un bergantín angloamericano abandonó a su suerte a treinta hombres y mujeres, holandeses en su mayoría, que habían estado en prisión durante año y medio en Portugal. Los isleños contemplaron con asombro la «*languidez, hedor y demás señas»* de aquellas gentes de rostros macilentos, hasta que uno de aquellos hombres, bajando la cabeza, pronunció la palabra terrible: epidemia.

Les prohibieron moverse de los roqueríos y enviaron un mensajero a la Villa. En pocas horas la isla entera temblaba de pánico ante el posible contagio. Algunos querían «*desemparar sus casas y lugar, con muchos llantos y aflicciones*». Hubo idas y venidas, órdenes y contraórdenes, reuniones y consejos, hasta que el Gobernador de Armas avisó a los fusileros, y, como relatan las crónicas «*fue del parecer de todos los circunstantes se les mandara a que se pusieran en la orilla o ribera del mar, de forma que hiriéndolos ellos mismos, cayesen en el agua, como en efecto se ejecutó... y que después fuese un hombre desnudo, bañado en vinagre y otros olores, para que con una lanza larga no quedase allí fragmento alguno de ellos*».

Cuando en la metrópoli se enteraron del suceso se horrorizaron y condenaron a los responsables. El Gobernador de la isla murió en prisión. Y durante décadas, el ruido sordo de los cuerpos de los apestados sobre el agua atenazó el sueño de los isleños.

Respira hondo, recordando: *Y aunque alguien diga: «mira, esto es nuevo», ya sucedió en los tiempos antiguos, mucho antes de que llegáramos nosotros.* Varios siglos después, a comienzos del siglo XXI, un africano moriría en un aeropuerto europeo, como aquellos holandeses del XVIII, sin que los equipos sanitarios se atrevieran a tocarle, por temor a que tuviese ébola. Una barbarie antigua para los tiempos nuevos.

El viajero se encuentra ahora en un paraje semilunar. A su alrededor se extiende una colada de lava de contornos abocetados y círculos concéntricos, entre barrancos sinuosos que mueren en el mar de las Calmas. La pista se va deslizando hasta La Restinga como una serpentina. Merodean los cuervos.

Mientras resopla y camina cuesta abajo, imagina cómo contemplarán los cuervos desde el cielo esta especie de cordobán de rocas estriadas, con inmensas espirales y arabescos. Pero no hay forma de pensar con calma nada en esta isla, porque acaba de detenerse a su lado una camioneta.

En estos momentos, preferiría ir andando; pero no lo dice, porque sería un desaire para este isleño que se ofrece a llevarle hasta el puerto, suponiendo, no sin razón, que nadie en sus cabales camina por su gusto a través de estos parajes.

Este buen señor, que le sonríe bajo su gorra de funcionario, con un rostro larguirucho a lo Modigliani, somete al viajero al interrogatorio habitual sobre su procedencia, gustos, intenciones y opinión sobre la isla. Una vez superado el examen, le cuenta que es vigilante, una profesión que tiene lo suyo.

—Mire usted; yo no trabajo por dinero. Esta tarde no tenía por qué venir; pero vengo. Vengo porque sé que ahora es cuando soy necesario y no en el mes de enero.

—¿En qué consiste su trabajo?

—En vigilar.

—¿Vigilar qué?

—Ah. No puedo hablar. ¡Si yo le contara...!

—Pues nada, hombre, cuénteme.

—Esto... es que no le puedo contar. Si quiere saber, pregúntele al jefe.

—¿Quién es el jefe?

—Ricardo. El Ecologista, le llaman. Suele estar en el puerto.

—¿Y ahora estará?

—Esto... Por la tarde, no sé. No es hora de trabajo. Ya le he dicho que no tengo por qué venir: vengo ahora porque es cuando se necesita. Ahora es cuando pasan las cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Uf! Ya le he dicho que no puedo hablar. Es materia reservada —dice con gesto misterioso.

—¡Ah!

Con esta entretenida conversación llegan a La Restinga, pueblecito de pescadores del que ya se ha marchado El Ecologista, como el viajero suponía. El vigilante se esfuma como por arte de magia con todos sus secretos, fáciles de adivinar por otra parte. Unos cartelones en la puerta del bar especifican con detalle las especies protegidas de la zona: además de la vieja, el jurel de altura, el yasarte, la melva, el dorado, los peces óseos, los crustáceos y los peces de profundidad.

Está prohibida, además, cualquier actividad en la reserva integral, salvo la pesca de túnidos y los muestreos científicos (siempre, con previa autorización); las pescas profesionales realizadas por pescadores no habituales de la zona que no estén en el censo de embarcaciones; y cualquier extracción de flora y fauna marina que no esté comprendida entre las pescas autorizadas. Por Neptuno, ¿es que se puede hacer algo en estas aguas?

—Hacer, poco; pero ver, todo lo que usted quiera —le comenta un señor de la Cofradía de Pescadores—. ¿Es usted submarinista?

—No.

—Entonces, la cosa está más difícil.

Y se entera, como se temía, que sólo pueden hacer buceo autónomo fuera de la reserva integral los que cuentan con una autorización de un Alto Organismo para las aguas exteriores; y de la Viceconsejería de Pesca para las interiores.

Ese dique legislativo explica que este sea el puerto más tranquilo del globo terráqueo, y lugar pacífico donde los haya, según le informa el de la Cofradía.

—No me extraña.

—¿Cómo dice usted?

—Que se está muy a gusto aquí.

Tan a gusto, que el viajero se sienta a tomar el fresco junto a unos ancianos serios y solemnes, que ven morir la tarde desde un altillo, mientras el viento mece las palmeras del muelle. Conversan entre largos intervalos de silencio, salvo uno, que chasquea continuamente con la lengua, y suelta en voz baja de vez en cuando un:

—Bueno.

En la caleta —una playeta de arena rojiza— las señoras toman el sol recostadas sobre los chanfarrinones de color de sus toallas, vigilando al tropel de niños que chapotea y ríe entre los botes de remos. En un extremo, cerca de la bocana, dormita un turista nórdico de piel sonrosada.

No hay olas.

Calma chicha.

Los del mentidero se gritan sus recuerdos:

—«... hasta que un día, cuando estábamos trabajando en el campo, le digo: tío Tomás, y con todo el dinero que ganó usted en Cuba, que volvió hecho un potentado, ¿qué hizo usted? ¡Uf! se levanta y me agarra del cuello así, y me dice: cagadoculo, ¿A tu tío le vas a pedir cuentas? ¡Te doy dos guantazos que te parto la cara! ¡Sinvergüenza! Yo me quedé calladito, hasta que años después, cuando murió mi tío, me dice mi hermano...».

En la orilla del agua una mujer joven se ha despojado del pareo verde que cubría su bañador de color dátil y se dirige hacia la orilla concitando las miradas de la playa.

Debe tener veintipocos años. Avanza lentamente hacia el agua, peinándose con los dedos las crenchas de su melena, sabedora del interés que provoca.

Se detiene.

Aspira hondo.

Sigue avanzando.

Las primeras olas acarician su seno abultado. Durante unos segundos lo cubre con la mano, acariciándolo, como bañándolo por primera vez.

Las señoras la miran con ternura.

El viajero disfruta con esta estampa, de una hermosura que sólo el pudor es capaz de alcanzar.

Luego, sin mirar a nadie, gozosa de su secreto, al igual que el resto de la playa, se ajusta su pareo y regresa a la arena.

El viajero decide caminar por el paseo del puerto, junto al océano de aguas dormidas, para contemplar el éxtasis de esta tarde de agosto. Quizá el nombre *paseo* resulte excesivo, pero el viajero no sabe qué nombre darle a este estrecho corredor de losetas blancas y rojas que enlaza la playa con el puerto entre parterres de geranios y barandales pintados de azul.

Los ancianos siguen hablando de su juventud y de aquellos años en los que se libraron del azadón y se encadenaron a una quimera. Tiempos de trabajo y aventura en los que conocieron la inquietud de los polizones y el sabor de los besos de azúcar en los puertos de La Habana. Años de mango y guayaba, de ilusión y sufrimiento, cuando todos los sueños se llamaban Venezuela y Cuba.

«... y me dice mi hermano: ¿Pero tú no sabes qué hizo el tío Tomás con el dinero que ganó? Yo no. ¡Muchacho...! ¡Derrocharlo! Se juntaba con el Andrés y se iban por las noches a todos los bailes de la isla. Nada más llegar, le decían al cantinero: ¡pon vino para todos, que invita un indiano! Y así lo perdió todo, de fiesta en fiesta... ¡Hasta el último real! ¿Y cómo rehízo la fortuna?, le pregunté yo, porque al cabo de poco tiempo mi tío ya estaba otra vez situado. Muy fácil, me dice mi hermano: casándose con la tía Ignacia, que era tan fea como rica…».

El viajero sigue paseando por este pueblito, el único con pescadores de toda la isla. Los ancianos son antiguos pastores que rara vez se adentraban en alta mar con sus barcos pequeños y sin brújula, porque ignoraban las estrellas y los vientos.

Esta tarde sopla viento de Levante, viento bueno para hombres como estos que han sobrevivido gracias a su ingenio.

—Sin ese ingenio propio no hubieran hecho nada —comenta el viajero.

—Pues no —le contradice un anciano de piel arrugada, con el que se ha sentado para charlar un rato—. Y esto que le voy a decir es de cuando yo era un mozo, y tengo ochenta y siete, así que calcule usted. Mi padre fue uno de esos pastores que se bajaron del Pinar y se hicieron pescadores. Aquí en lña Restinga había tres o cuatro casas, nada más, de eso me acuerdo yo; y de ver venir el barco que traía el bizcocho y la comida.

Hace una larga pausa. Pone en orden sus muletas, que ha tendido en el suelo, junto a la silla. Alza los ojos, antes de cubrírselos con las manos.

—...Y no sabían pescar. Iban costeando, con unos barcos muy malos, de remos, porque allí hay una travesía muy mala de pasar y no se atrevían. No había ni nailon siquiera, de eso me acuerdo yo... Se usaba alambre. Se pasaban bregando todo el día y no sacaban ni el jornal. Hasta que vinieron los de la otra isla y los enseñaron a usar la pandorga, y así fueron tirando.

Por eso le digo a usted que no basta con el ingenio de uno: también se necesita el de los demás. Solo, en esta vida, no vas a ninguna parte. Pero la jodida pesca no tiene esencia hoy para la gente joven. Antes sí, porque no sabían leer y escribir, no sabían nada más. Perdone, pero está aquí el Andrés.

El viajero ayuda al hijo del pastor—pescador a ponerse en pie sobre sus muletas, hasta que se marcha con el Andrés, que ronda su misma edad.

—¿De qué hablabas con ese? —le pregunta el Andrés, cuando se alejan y creen que el viajero no les oye.

—De la vida.

—¿De la qué?

—De la vida. ¡De la vida de antes y de ahora! ¡Fíjate!

El Andrés no dice nada. Se vuelve para mirar al viajero, que debe parecerle uno de esos tipos raros que se interesa por la vida de antes. Respira hondo y se pierde con su amigo por las callejuelas.

Va pasando la vida, dijo el clásico, «como las naves, como las nubes, como las sombras». La vida pasa ahora, frente al viajero, con el hombre joven que lleva a hombros a su hijo deficiente mental. El pequeño lleva puestas las gafas de buceo y palmotea con sus manos perdidas en el aire.

Pasan luego unos muchachos, arrastrando perezosamente las chanclas de goma, entre un remolino de risas. Tras ellos, una señora de negro empuja la silla de ruedas de su hija, una adolescente de piel de cera blanca, como de cerámica antigua.

Pasan dos mujeres jóvenes, hablando en voz baja y recogiendo sus faldas veraniegas color verde manzana. Les sigue un pescador de mandíbula cuadrada y barba espesa, con dos cadenillas doradas sobre el pecho.

Tiemblan las barcas en el agua, pintadas con franjas amarillas y verdes, entre el punteado discontinuo de las boyas.

Ahora son tres niños que juguetean con una pelota rota, seguidos de un viejo de mirada ausente que avanza a tientas con su bastón.

Tras él, una mujer de cabellos largos y revueltos, como de loca, que debió ser guapa en su juventud. Va musitando palabras incoherentes en voz baja.

Oscurece. El atardecer se adueña mansamente del puerto entre reflejos violáceos. No se oye nada; reina un silencio triste, roto de vez en cuando por el grito de un niño.

El viajero se levanta y se suma también al paso de la vida.

…

—Que tú eres negro, que tú eres blanco… —protesta este buen padre de familia que se ha prestado a llevarle en su coche desde La Restinga hasta El Pinar, dándole asiento entre su señora, su suegra y su hijo, un quinceañero regordete, con gafitas redondas, que lleva en el regazo un perro de lanas—. ¿Y qué tiene que ver que yo sea blanco o negro? —continúa el paterfamilias, hecho un basilisco. Luego cambia de tercio:

—Y le digo a usted una cosa: que para escribir no hay nada como esta isla, porque conozco yo un escritor, que ya tiene sus años, que vive en la cuesta de...

—¿El del *stradivarius*? —pregunta el hijo.

—No, ese era el que vivía al lado —dice la madre.

—Perdón, me he perdido —dice el viajero, sin entender nada.

—¿No se lo han contado? —continua el padre—. Fueron unos *okupas*, que se metieron en una casa y encontraron una guitarra que...

—Era un violín —apunta el hijo.

—Cuéntalo tú, hijo, que lo sabes mejor.

—Fueron unos *okupas* que se metieron en una casa cerrada, de un señor que ya había muerto y que vivía junto a la casa de ese escritor que le decía mi padre; y al irse le robaron unos cuantos instrumentos que tenía: un violín, una guitarra, una flauta... Es curioso, porque el hombre no sabía tocar música, pero le gustaba mucho coleccionar instrumentos. Y su hermana, al ver el robo... ¿le he dicho que ya se había muerto?

—Sí.

—Pues eso, al ver el robo, los denunció; y cuando los pillaron, descubrieron que el violín era nada más y nada menos que un *stradivarius*. Y no lo sabían, ni ella ni su hermano: como no habían salido nunca de aquí...

—Es que antes, en esta isla no se salía nunca —dice la madre—. Y ahora, fíjese, la mayoría está fuera. Eso es indiscutible. Todo lo antiguo se va perdiendo, yo no sé el motivo.

—Mire usted —continúa el padre dirigiéndose al viajero con tono solemne— yo le voy a dar la clave de todo lo que pasa en esta isla. Con lo que le voy a decir lo va a entender usted todo. Tengo yo un amigo, el Pablo, que tiene una hermana en América, en un Estado que se llama... Carmen, ¿cómo se llama?

—Uy, nunca me acuerdo. Oregón, me parece.

—No, no es Oregón. Empieza por «ce».

—¿Cincinnati? —apunta el hijo.

—No.

—¿Columbia?

—Tampoco.

El viajero se suma al sorteo:

—¿California?

—Tampoco. ¡Pero, hombre, cómo no me voy a acordar, si lo tengo en la punta de la lengua...! Co...

—¿Colorado?

—No.

—¿Quebec?

—Quebec es de Canadá, mamá, y no es una «c» —puntualiza el hijo.

—¿Y qué importa, hijo? —responde, molesta—. Podía ser.

—Sí, pero no es. Debe ser un *City—algo* —continúa el padre.

—¿Carolina del Norte?

—Noo.

—Nueva York.

—¡Que no, hombre, que empieza por «c»!

El viajero, que ya estaba dispuesto a repasar los cincuenta estados de Norteamérica, suspira con alivio al ver que el padre, un señor al que parece que las ideas se le apelotonan en el cerebro formando grumos mentales, dice al fin:

—Bueno, ya me acordaré. Pues resulta que la hermana del Pablo... vaya, se me ha olvidado qué le iba a decir. ¿Tú lo sabes, Carmen?

—¿Yo? ¿Cómo lo voy a saber? Mire usted, así es mi marido —dice, volviéndose hacia el viajero— ¡se cree que por estar casada con él tengo que saber todo lo que piensa!

—Pues muchas veces se lo adivinas —apunta el hijo, impertinente.

—Qué remedio —reconoce—: como tiene tan mala memoria, tengo yo que pensar por él.

—Era Ce... ce... celin... No: algo como Cete...

El desmemoriado interrumpe su pesquisa porque están llegando a El Pinar. El viajero se baja. Pero el conductor no se rinde. Sigue haciendo esfuerzos por acordarse. ¡Si era muy fácil! Su esposa y su hijo intentan ayudarle.

—¿Tenía algo que ver con el violín?

—No.

—¿Con los negros?

—¡No! ¿Qué tienen que ver los negros con esto?

—¡Uy, Francisco, cómo te pones!

Se rinde al fin.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! Y fíjese que era algo que le interesaba mucho a usted...

NOVENO DÍA

DON NICOLÁS MORDIÓ aquí, en este Puerto de la Estaca, adonde llegó el viajero ayer por la noche desde El Pinar, la fruta más amarga de su vida. Y si no sucedió la cosa en este mismo muelle, debió ser en esa caleta de piedras, qué más da. El viajero imagina el rostro de don Nicolás: la frente limpia, la nariz aguileña y los ojos cansados por el peso de una existencia abotargada entre papeleos militares, escalafones y ordenanzas.

Aquí paladeó don Nicolás, al fin, el momento de gloria que tanto había soñado. ¡Qué vueltas y revueltas, qué confusión de idas y venidas; qué alboroto de órdenes nerviosas a sus subalternos durante aquellos días! ¡Qué frenesí de soldados subiendo y bajando los riscos, de la Villa al Golfo, del Golfo a la Dehesa, de la Dehesa al Puerto! Porque si aún no lo saben, a día de hoy, 12 de junio de 1898, don Nicolás de Armas es la suprema autoridad militar de esta isla y nuestra única salvación en los momentos que corremos.

Pero no hay peligro, repite una y otra vez don Nicolás, no se alarmen ustedes. Insiste en que tiene pensado minuciosamente el plan, según las estrategias que aprendió en la Academia. Ha dispuesto en cada punto neurálgico de la isla un cuerpo de francotiradores, aunque reconoce que la expresión resulta exagerada para designar a los pastores muertos de miedo encargados de defender los cerros. Pero él confía en sus hombres: he estudiado metro a metro el mapa, y ya tengo hecho el plan, confíen en mí, señores.

Y aquí le tienen, con las primeras luces del alba, al frente de sus tropas, preparándose para dirigir la batalla contra el enemigo más poderoso de la tierra: ¡Los Estados Unidos de Norteamérica!

Pide el catalejo, y efectivamente: el buque enemigo se dirige hacia la isla con intención de invadirla. Y la isla, como una nueva Numancia, se apresta a defenderse.

Pasa el tiempo, y al fin, el enemigo da la cara: se perfila en la línea azul del mar, entre la neblina, la silueta imponente de un buque norteamericano de guerra.

—¡Rápido, corneta! —ordena don Nicolás—. ¡Toque a generala!

Los soldados le miran, expectantes, pendientes de sus palabras. Ahora comprenderán estos aldeanos —piensa don Nicolás—, la trascendencia suprema de su misión en la isla. Están todos en sus manos. Sus vidas dependen de él. Y como esta pequeña isla es la puerta de la Patria, defenderla y salvarla, significa salvar, nada más y nada menos, que la Patria entera.

Ya sabe don Nicolás que sólo tiene municiones para una hora de combate, y que la mayoría de los Remington de sus soldados no funcionan, a fuerza de no usarlos durante décadas; sabe que sus soldados son una tropa ridícula ante el poderío militar de ese buque que se acerca lentamente; pero se dice, como el Gran Capitán, que *la honra y la prez de la milicia en vencer a los enemigos se gana*, que es una de las máximas más sabias y hermosas que aprendió en su Regimiento.

Evoca glorias pasadas: él no se rendirá jamás; está dispuesto a resistir a como dé lugar en este bastión inexpugnable. Este día que comienza será el día de su hazaña; la jornada con la que había soñado desde sus años de cadete; la consagración final de su carrera. ¡Aunque le lleve a la muerte!

—¡Capitán, capitán! —le grita el corneta, sudoroso—. ¡Están desplegando la bandera!

Don Nicolás toma de nuevo el catalejo, intentando disimular su nerviosismo; y descubre, al enfocar la enseña, los colores de su patria.

—¡No puede ser! —grita—. ¡Traición! ¡Es una trampa! ¡Una añagaza!

Se vuelve hacia sus hombres, que sostienen temblorosamente los fusiles:

—¡Soldados! ¡Muera América!

—¡Muera! ¡Muera! —gritan todos, pensando quizá que ese grito forma parte del ritual de aquel suicidio colectivo.

…

Pudo ser así. O quizá don Nicolás, en aquel día crucial, tembló de miedo. O fue consciente de lo que sucedía. En todo caso, al viajero le parece escuchar el tintineo de las copas de champán, pocas horas después, en los salones del Casino, entre la luz mortecina de los quinqués, mientras don Nicolás va recibiendo los parabienes del alcalde, de los canónigos, de los terratenientes y de la gente con títulos del Reino. Pero don Nicolás no escucha las felicitaciones ni los brindis.

—Ha estado usted magnífico, magnífico —le repite la señora del alcalde.

—Yo diría sublime —sentencia el párroco.

—Mi enhorabuena, don Nicolás, mi enhorabuena.

A don Nicolás no le hubiera importado la derrota, la prisión o la muerte; ni un Consejo de Guerra por precipitación o arrojo temerario: cualquier cosa antes que el sabor de este champán con la acidez del ridículo. Enrojece al recordar la escena que ha protagonizado: él, erguido en el puerto, como un Viriato frente al Imperio, escuchando la voz solemne —¿burlona?— de don Claudio Alvargonzález, aclarándole, al bajar de la barca de remos que lo había trasladado desde el buque, que no es americano sino español; y ponderando su gallardía por haberse dispuesto ¡él sólo! a plantarle cara a toda Norteamérica.

—¡Mi cordial enhorabuena, don Nicolás! —le dice don Claudio—. ¡Ha dado usted a la Patria una lección de hombría!

Una lección de hombría... Ahora ya sabe don Nicolás que su batalla soñada ha naufragado para siempre; que las aguas del océano nunca le traerán otra ocasión como esta, en la que su nombre hubiera podido pasar a las páginas de oro del Libro de la Historia. Y por la noche, cuando cuelga su guerrera en el armario —sin una mancha de

sangre, tan sólo el cerco de unas gotas de champán en la bocamanga—, tiene la sensación de estar colgando su alma en el vacío.

Nadie se acuerda ya de aquellos tiempos y lo mismo les sucederá a los que vengan detrás de nosotros, va rumiando el viajero, cuando se le acerca por la carretera un muchacho alto de pelo rubio y rizado, como un autorretrato andante de Durero.

—Usted es el escritor, ¿verdad?

El Durero adolescente le explica que un amigo suyo del Golfo le dijo hace unos días que andaba por aquí y desde entonces deseaba hablar con él largo y tendido.

—Pero es una pena —continúa—, porque ahora tengo poco tiempo y están a punto de venir unos amigos míos que tienen prisa.

David, que así se llama el joven Durero, tiene diecisiete años y trabaja con un fotógrafo de la otra isla, un señor de Barcelona que además es su padrastro.

—Él fue quien me inició desde pequeño en el arte de la fotografía, aunque ahora lo que me gusta es la Arqueología. Yo tengo varias teorías. Una es que... vaya hombre, ya están ahí mis amigos. Voy a decirles que esperen y se la cuento en un momento.

Suena un pitido de claxon.

—¡Ya voy, ya voy! …Una es que somos atlantes y que esta isla es la última parte de la antigua Atlántida; la cúspide de un continente que desapareció. Otra teoría que tengo es que son los Jardines del Elíseo de los que hablaban los romanos y los griegos. En todo caso, esta isla es un paraíso que hay que cuidar bien, preservándolo de los turistas.

Vuelve a sonar el claxon. El joven Durero los calma de nuevo y le dibuja el sueño de una isla hermosa y vacía, un edén terrenal desierto.

—¿Y para qué queremos un paraíso que no visita nadie? —pregunta el viajero.

—Es verdad —dice perplejo—. Habría que encontrar un punto de equilibrio. Mire, yo tengo un sueño, pero usted se va a reír...

—No me reiré, te lo aseguro.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—Mi sueño es... pero se va a reír.

—Que no.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Bueno. Mi sueño es descubrir la Atlántida. Saber quiénes somos, de dónde venimos y...

El claxon insiste. Los del coche están cada vez más impacientes.

—¡Un momento, que me estoy despidiendo de este señor! ... y adónde vamos. De vez en cuando cojo mi mochila y me voy por la isla, igual que hace usted, y me encuentro con tantos enigmas... Descubro, por ejemplo, una...

Otra vez el claxon.

—¡Un segundo, que ya voy! Descubro a mil metros de altura una concha, una lapa fosilizada. ¿Cómo puede ser esto? ¿Rastros del Diluvio, del que hablaba la Biblia? ¿El

deshielo? Cada zona de esta isla es un misterio. Y esos letreros del Julan... ¿Qué son? ¿Qué significan? Perdone, pero me tengo que ir, porque si no, me matan mis amigos.

El viajero regresa a Valverde caminando, contemplando los perfiles de la montaña del Hombre Muerto. De vez en cuando se vuelve hacia el Puerto de la Estaca, donde sufrieron los isleños, en la playa del Varadero, una de las afrentas más amargas de su historia, cuando esto no era más que una playetón de arena y guijarros.

¡El monarca, el jovencísimo monarca del Reino, iba a visitar la isla! ¡Su Majestad en persona! Ya estaba confirmado: vendría desde la metrópoli sólo para verles. Los isleños aguardaron durante meses, acariciando el sueño, en las noches de bruma del invierno.

A comienzos de febrero, afanada y nerviosa, la isla entera se puso en marcha. Se adecentaron caminos. Se enjabelgaron fachadas. El alcalde dio un edicto. El cura habló del asunto en sus fervorines. Se prepararon loas en el casino. Los pocos soldados de la guarnición ensayaron el saludo mil veces: *izquierda, derecha, izquierda, rindan armas, ar*. Las señoras volvieron locas a las modistas. Los señores se compraron un terno nuevo en la otra isla. El maestro atosigó a los niños con canciones patrióticas. Se prepararon bailes, confetis, vivas y arcos triunfales. Miguel, el de El Pinar, dijo que había visto en persona al padre del Rey cuando hizo el servicio. Doña Mercedes aburrió a la Villa entera contando una y otra ve que le había dado la mano a una infanta cuando estuvo en la capital; y repitió la historia en la tienda, en el paseo, a la salida de Misa y a todo aquel que quisiera escucharla. Las adolescentes soñaron historias imposibles. Se apalabraron balcones. Se dijo una y mil veces que el rey venía a la isla por primera vez en toda su historia, y que la isla entera iba a ser testigo directo del acontecimiento.

Y al fin, en aquel amanecer ansiado del 4 de abril de 1906, se divisó en el horizonte un puntito negro: era el cañonero que le traía. Se había acordado que todos los isleños le esperaran arriba, en la Villa, y que sólo el alcalde y el comandante le recibiera en el puerto.

Y sucedió lo que sucedió.

Llegó el cañonero; lanzaron al agua un bote, en el que subieron los músicos de la banda con sus instrumentos. Pero la mar estaba revuelta, el bote volcó y los músicos comenzaron a chapotear en el agua, gritando socorro, aferrados a los estuches de sus violines y trombones como un salvavidas. Varios pescadores se echaron al mar, y al final, tras un susto tragicómico, salieron a flote músicos e instrumentos.

Tras ellos, en barca, llegó el joven Rey; y a su lado, el conde-preceptor, visiblemente alterado. El alcalde ofreció al monarca un caballo para llevarle a la Villa, pero el conde —preceptor se negó en redondo a continuar con lo que parecía una aventura demasiado peligrosa. Bastaba ya con la banda de música pasada por agua. Y le dijo al alcalde:

—Su Majestad no sube.

Al joven monarca, que ya tenía un pie en el estribo, le apetecía la aventura. Montó en el caballo, aunque se quedó inmóvil en el sitio. El alcalde se plantó ante el conde:

—Su Majestad sube.

El conde respondió, tajante:

—Su Majestad no sube.

El alcalde pensó en los isleños, que aguardaban en la Villa y repitió, con firmeza inusitada (jamás se hubiera atrevido a tanto):

—¡Su Majestad sube!

Pero el conde sentenció, remarcando cada palabra:

—Su—Ma—jes—tad—no—su—be.

Punto final. Su obediente Majestad descabalgó del caballo y esperó una hora junto a la orilla a causa del estado de la mar, antes de regresar al cañonero.

Esa negativa fue para los isleños la afrenta mayor de su historia; más hiriente aún que el olvido y la indiferencia que habían sufrido durante siglos. Regresaron a sus casas humillados y confusos, maldiciendo al conde preceptor y a toda su parentela.

Pero hoy, ¿quién se acuerda de eso? Es historia pasada, arqueología casi para este grupo de muchachos y muchachas a los que el viajero encuentra tendidos cerca de la Punta del Bajío, en la Playa de las Tijeretas, entrelazados entre sí como un nudo de serpientes en su escondrijo.

—¿Conoce un sitio para acampar? —le pregunta uno.

El viajero les recomienda el Pinar. Pero queda demasiado lejos, y a estas horas....

Acaban presentándose, entre bromas y veras.

—Doffy: Setenta y cinco kilos. Diecinueve años.

—Marga. La edad no se dice.

Risas.

—Cande.

—¿A secas?

—Sí. Cande a secas.

—Encantado, Cande a secas. ¿Y tú?

—Maca. También a secas.

—¿Sois hermanas?

Más risas.

Y Doffy.

Doffy luce una cresta roja erizada sobre el cráneo desnudo y seis o siete aretes en cada oreja, de los que penden infinidad de cadenillas y piedrecitas de colores. Lleva barba de tres días, ojeras de varios años y una camiseta descolorida con manchas azulencas. Uñas pintadas de negro, pulseras y abalorios metálicos enroscados en los tobillos y muñecas. Sus piernas de alambre, embutidas en un pantalón morado nazareno de delgadez imposible, surgen de unas botas de cuero renegrido.

Abrazada a su tórax está Marga, vestida también de negro. Tiene una belleza inquietante a pesar de sus cabellos lacios, teñidos en verde cañamón, y sus ojos, feos y saltones, de rana de cuento.

Maca es todo lo contrario: una pelirroja de piel avellana, y pupilas frágiles, como de cristal veneciano. Viste de violeta y azul sucio, casi gris.

Cande es una mirada triste con irisaciones azul perla. Lleva una A enorme dibujada sobre la frente.

—La A de anarquía —explica.

El viajero, que ha visto pocas veces una anarquía tan bien peinada, pregunta ingenuamente:

—¿Y por qué vais así?

—¿Y por qué vas tú así? —le espeta Cande, molesta.

—Perdona, no quería...

—Si no es que tenga mal rollo: es que todos vamos de una manera o de otra, y sólo nos preguntáis a nosotros.

—Tienes razón. Yo sólo quería saber si sois punks o...

—No, no somos punks —dice Cande, cortante, seria.

—¿Y qué más da lo que seamos?

— Perdón si os he...

—Mira —corta Maca, condescendiendo—: vamos así para protestar.

—Protestar... ¿contra qué?

—¡Contra esta sociedad de opresores y contra este patriarcado materialista! —ríe Doffy, riendo y gesticulando.

—Pues yo no —dice Marga—. Yo voy así porque me gusto por dentro y me gusta gustarme por fuera.

—Además *lo punk* no es nada —añade Cande, desencantada—. Todo el mundo sabe que lo inventó un diseñador inglés y que ahora es un negocio. Todo se acaba convirtiendo un negocio. Como el rock.

Se acerca Albert, el último que le faltaba por conocer al viajero. («Es muy reservado —avisa Marga en voz baja—. Trabaja de tele operador y se pasa todo el año hablando por teléfono. Por eso en verano no habla casi nada».)

Albert es un tipo desmedrado con una pelambrera rasta descomunal que evoca las pelucas de Versalles y una mirada ausente de poetilla de provincias. El resto es *muy Marley*: zapatillas rojas horadadas, bombachas indias que algún día fueron de color azafrán, y un torso desnudo y esquelético, increíblemente delgado, donde se dibuja con precisión el perfil de cada costilla. Lleva numerosos *piercings* colgados a lo largo de su escueta anatomía: en las cejas; en el tabique de la nariz; en el labio, como los africanos; en la lengua, como los asiáticos; en los pezones de cada tetilla, haciendo juego con el tatuaje... Y una mirada lánguida, de viajero de tren nocturno, empapada en esa tristeza que se aprende demasiado pronto, cuando se descubre que una jeringuilla no es un juguete.

Albert se queda de pie, mirando al viajero con hosquedad, distante.

—Mira... —continúa Doffy—. Protestamos... ¡contra los viejos! Ellos tienen la culpa de todo!

—Con este no hay forma de hablar en serio. Protestamos con nuestra estética —dice Cande.

—No, porque la estética no es nada —ataja Marga—. Yo, cuando voy a trabajar, no voy de esta manera: me visto así para estar cómoda y en paz conmigo misma.

—Pues yo voy así porque me brota. Y esta misma tarde, si quiero, me pongo otra cosa —suelta Doffy, mientras mordisquea una manzana— y en paz.

—Entonces, ¿protestáis o no protestáis?

—Somos revolucionarios... a pequeña escala —aclara Maca—. Pacifistas. En caso de guerra...

—¡Estaríamos en la guerrilla! —dice Doffy, entre las risas de todos.

—Y tú, Albert, ¿qué piensas?

Albert tarda en contestar.

—Si no quieres no me cont... yo sólo... —dice el viajero.

—Yo paso de todo.

—¿De qué tribu urbana eres?

—¿Yo? ¡Yo soy mi propia tribu urbana!

—Y todo eso que llevas… ¿significa algo para ti?

—Mira, tío: yo paso de malos rollos. Antes llevaba cresta, un día me la corté y ya está. Paso del estado, de la política, de las manifestaciones, de los padres, de las madres, del matrimonio, de los hijos, de todo. Tengo veintitrés años, no sé los que tendrás tú, pero posiblemente he tenido muchos más desengaños que tú…

Marga, Cande, Maca y Doffy le miran con pena.

—... y ahora ya no los tengo —continúa— porque *paso*. De todo. ¿Todos vais a vuestro rollo? Muy bien; ¡pues yo también! Eso es lo que he aprendido en esta puta vida.

El grupo se queda en silencio. El viajero se imagina a Albert con su auricular, de nueve a dos de la tarde y de cuatro a siete de la noche, contestando con educada amabilidad: «Sí, señor, dígame qué teléfono desea, ahora mismo le pongo con Londres; muy bien, señora, le paso con Lisboa; espere, por favor, espere».

—Se nos hace tarde —dice Cande.

—Vale.

—Iremos a esa playa que nos has dicho.

—Ya me diréis.

El viajero se despide pesaroso por el destino de estos hijos de las noches de rabia del 68, cuya Isla Prometida se acaba en una pastilla de LSD. Hijos del *mientras el cuerpo aguante* y nietos de una generación que se vendió, (y aún se sigue vendiendo, la gran) como el colmo de la sinceridad cuando era una pistola de porcelana que comerciaba con infiernos de ácido.

Son los conejillos de indias de una generación empapada en alcohol, que consumió sus vidas en el fuego, como solía hacer Jimi Hendrix con su guitarra al fin de cada espectáculo. Fueron acunados por una sarta de locos que les dejaron por herencia unas fotografías amarillentas de un verano a lo rasta en Jamaica y el billete de un concierto en la Isla de Wight.

El viajero no puede reprimir su tristeza ante estos frutos tardíos del sexo-droga-rock and roll, y del sueño triste por lucir un hermoso cadáver que muchos alcanzaron: Jimi Hendrix murió con veintisiete años, en la ambulancia, camino del Hospital, atiborrado de somníferos y ahogado en su propio vómito. Janis Joplin cayó también a los veintisiete: sobredosis de heroína. Y a la misma edad se fueron Jim Morrison, Gram Parson, Kurt Cobain y tantos otros devotos de la revolución sexual, las barritas de incienso y la

cocaína, los carteles de gurús indios, las playas de Goa y los collaritos de Nepal. *Never mind* de Sex Pistols y una carcajada antes de morir de sida; o de una ingestión de barbitúricos, como Marilyn Monroe, icono perfecto de la belleza suicida.

Albert, Cande, Maca, Doffy, Cuatro Tristes Herederos De Todo Aquello, se pierden en la lejanía. El viajero ha descubierto en sus brazos esos puntitos enrojecidos que son la marca del campo de concentración del siglo XX. Esta noche, piensa, fieles a la tradiciones de papá y mamá, encenderán una barrita de incienso y fumarán marihuana. Si la playa les gusta, quizá se queden en ella varios días; quizá una semana; o el verano entero, depende. ¿Hasta los veintisiete años?

Entra en una tiendecilla: un cuarto de dos por tres metros, con solería de losetas húmedas.

—¿Tiene bolígrafos?

—Pregunte en la tienda de al lado.

En la tienda de al lado hay un mostrador de madera, tras el que le sonríe una viejecita de pelo ralo, con las manos frágiles como cristales de Bohemia.

—Tengo negro, rojo y azul. ¿Cómo lo quiere?

—Negro.

El viajero lo prueba en un trozo de papel.

—No marca —comprueba desalentado.

—Sí marca, ya verá usted.

La tendera frota el bolígrafo entre sus manos huesudas, y trata de escribir, sin lograrlo.

—No escribe —dice el viajero.

—Sí escribe. Tenga usted paciencia.

El viajero se llena de paciencia, qué remedio le queda, y mientras ella intenta que la tinta aparezca una y otra vez, le pregunta por el sobre que ha visto sobre la estantería de madera, con una ventana recortada en el papel, bajo el matasellos, que deja ver su fotografía. A su lado, sin más señas, el nombre de la isla, y esta indicación escueta:

A esta señora.

—¿Y llegó la carta?

—Ya lo ve usted. Aquí nos conocemos todos. Me la enviaron desde Alemania unos turistas que pasaron por aquí y me hicieron la foto. Se conoce que no sabían la dirección; o querían probar a ver si llegaba... —el bolígrafo destila al fin, un hilillo de tinta—: ya está. Tome. ¿Lo ve? En esta vida todo es cuestión de paciencia. Con paciencia, imaginación y buen tino se llega a cualquier parte.

—Como esa carta —bromea el viajero—. Por cierto: ¿conoce usted alguien que sepa las tradiciones de esta parte de la isla?

—Pregunte por Baudilio, en Timijiraque.

Se lo ha dicho con tal resolución, que el viajero se pone en marcha inmediatamente para allá.

El Roque de las Morenas, Los Calzones, La Galga… El cielo, terso y brillante, como acabado de pintar, no acaba de decidir hoy qué color ponerse: se ha ido probando a lo largo de la mañana una colección de nubarrones grises combinados con cirros escarlatas,

y toda la gama de los cremas: almendras, canelas, caramelos, mostazas. Al final, cuando el viajero llega a Timijiraque, está apostando por el gris acero.

Timijiraque es un caserío de ventanales atormentados por el cuchillo del viento que fue durante siglos refugio de las gentes de San Andrés que bajaban por los riscos jugándose la vida. La casa de Baudilio se alza sobre una playita de cantos rodados. Llama a la puerta.

—Pues ahorita no se encuentra —le dice su señora— y es una pena, con lo qué le gustaría a mi marido hablar con usted, pero ha tenido que llevar a su padre al hospital.

—¿Algo grave?

—No; pero ya sabe usted que a esas edades...

—Claro.

—¡Bueno! ¡Otra vez será!

El viajero hace dedo en dirección a la Punta de la Bonanza. Le recoge un joven oriental de pelo brillante, enfundando en una camisola verde bambú, que le dejan a los pocos minutos en un barecito junto a la carretera, frente a los Roques de Salmor, que semejan dos osos pétreos contendiendo sobre el agua. Junto al mostrador, el viajero se entrega a sus fantasías. En este lugar se quedaría a vivir para siempre, como en la antigua habanera…

Tengo una hamaca tendida,
Ay
a la orillita del mar…
Y mi caballo ensillado,
Ay
en medio del platanal.

Y con estas fantasías continúa cuando se le acerca un hombre de mediana edad:

—Soy Baudilio. ¿Me buscaba?

El viajero le mira perplejo.

—Me había dicho su mujer que había ido con su padre al...

—Hospital. Si. Pero no es nada y nos hemos vuelto. Me ha dicho mi mujer que usted se dirigía hacia aquí... Vaya, ¡camina usted muy rápido!

Acodados sobre la barra, Baudilio y el viajero comienzan a conversar sobre la isla, la literatura y el mar. De haber nacido en el siglo dieciséis —le confiesa Baudilio— hubiera sido un descubridor o un aventurero y vagaría por las tierras de América. En el diecinueve, sin dudarlo, sería un novelista romántico. El viajero se lo imagina perfectamente con perilla, plastrón, terno oscuro y una pistola en el chaleco dispuesta al duelo. Y en este siglo veinte, o veintiuno, que le ha tocado vivir —por suerte o por desgracia, eso nunca se sabe— es un poeta; aunque como tantos poetas, tenga muy mala suerte con sus críticos.

—Les molesta que alguien con mi ideología le haya dedicado unos versos a la Virgen. Pero vamos a ver: ¿quién me prohíbe hacerlo? Por cierto, te he traído esto —dice,

enseñándole la cubierta azul de su último libro, con el dibujo de una barca verde sobre la arena.

—¿Me lo dedicas?

—Claro.

Baudilio se ajusta los lentes y escribe unas palabras que son, para el viajero, su partida espiritual de nacimiento en esta isla.

...Para que conozca un poco mejor
mi querida isla,
que también es la suya.

Agosto de 2000

Por la tarde, ya en su pensión, mientras el lápiz mágico de la tarde va dibujando sombras en las fachadas de la Villa, el viajero lee el poema de Baudilio que tanto indignó a sus censores:

...y sigo enamorado.
¿Y quién no se enamora de Ti, si lo eres todo?
Eres amor de hija, eres amor de novia,
eres amor de amiga,
eres vida.

DÉCIMO Y ÚLTIMO DÍA

Es el último día en su isla. Durante el desayuno, el viajero siente que alguien le da unos golpecitos en la espalda. Al volverse, se encuentra a dos palmos de un tipo que le dice, con tono de descubrimiento y revelación.

—Conética.

El viajero le mira, sin saber qué hacer.

—Conética —le repite.

—Perdón, ¿Coné... qué?

—Conética. ¡El estado de Norteamérica donde vive el primo de mi mujer! ¿No se acuerda que no me salía el nombre el otro día? ¿Ya se ha olvidado usted?

***

Lee el último pasaje: «Retorno y muerte de Brandán» y la alegría que recorrió toda Irlanda al saber que había regresado de la isla soñada. Brandán les contó con detalle «*donde disfrutaron con gozo, donde pasaron aprieto, y les explica también cómo, en cuanto les hizo falta, encontró ya dispuesto y a punto todo cuanto a Dios pidiera; esto y más cosas, todo les fue contando, y como al fin encontró lo que había ido buscando».*

También el viajero lo ha encontrado, aunque estos días queden pronto en el olvido. ¿Qué quedará de estas jornadas y sus afanes?, se pregunta al atardecer, desde la cubierta del barco que se aleja. *Nadie se acuerda ya de aquellos tiempos y lo mismo les sucederá a los que vengan detrás de nosotros*.

Dejemos que la memoria —se resigna el viajero— reescriba caprichosamente lo que sucedió durante estos días de agosto del 2000: los caminos por el Golfo, la visita soñada a la isla de Brandan y el paseo final por un paraje con árboles gigantescos, que le recordaba los bosques de Stavanger, en Noruega. «¿Dónde vamos?», preguntó el viajero. «En busca del árbol que mana agua», contestó la dama que le acompañaba. Contemplaron el árbol sagrado; y bajo sus ramas, entre un retal de verdor, el agua que manaba.

Nadie le creerá, cuando lo cuente: ¿quién cree en árboles que manan agua? ¿Quién confiará en él si escribe que en aquel momento comenzó a llover en horizontal?

Pero eso es lo que sucedió, lo que sucede cada día en esta isla —y también en nuestra vida— y nadie cree. ¿Y qué más da? Que los recuerdos hagan de sus andanzas por la isla lo que les venga en gana: compondrán su propia historia, zurcirán y confundirán

personas y sucesos; se inventarán nombres imaginando paisajes que jamás vio, y alzando perspectivas imposibles al estilo de Pozzo, gracias a la alquimia mágica del recuerdo.

Pero, sueño o realidad, le costará olvidar al viajero, si lo olvida alguna vez, este confín del mundo con desiertos y volcanes, bosques y roquedales, cuevas de piratas y árboles sagrados; estos días con amaneceres de niebla y crepúsculos de fósforo escarlata; esta lengua solemne y ceremoniosa, que acuna palabras que guardan el sabor de las frutas tropicales: Tigaday, Guarazoca, Timijiraque.

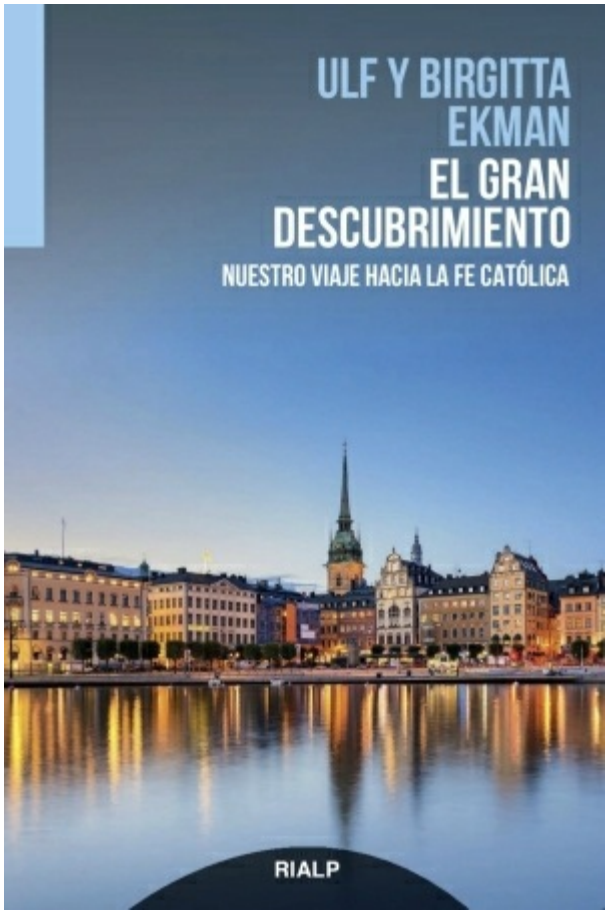
En estos momentos, en los que la isla queda de nuevo lejana y desierta, el viajero confía en que se haya prendido algún jirón de su alegría y su belleza en estas páginas. Y espera encontrarla en ellas, al cabo de los años, siempre fiel a sí misma; callada y frágil, como la flor de Pascua; serena y fuerte, como el hierro.

Cuando sea anciano le bastará dar marcha atrás a las manecillas del reloj de su corazón para verlos de nuevo: los labios de golosina de la tenderita de Echedo; la figura patricia de don Juan; la afabilidad sabia de don Pepe (que tenía razón: todo lo que creíamos cuando éramos niños es verdad); el campanilleo feliz de la conversación con doña Rosa; los comentarios eruditos de los submarinistas—lectores de Calderón de la Barca; los silencios encendidos de don Tomás y doña Ólida...

Sabe que no volverá a verlos nunca, y que en estos momentos los está abandonando para siempre, hasta que se reúnan con el viejo Brandán en el país al que —según escribió — «van muchos miles». Amigo Brandán, pastor de sueños verdaderos, ¡si volvieras de nuevo para viajar con nosotros en busca de la isla de la felicidad!

Brandán, Brandán, ¿dónde estás?

JOSÉ MIGUEL CEJAS (1952-2016) ha dejado grandes obras, de gran divulgación en España y fuera de ella. Entre ellas, hay libros de relatos y testimonios, como Toda la vida a una carta; Los cerezos en fl or; El baile tras la tormenta o Cálido viento del norte. Fue también ensayista (El nuevo ateísmo, Piedras de escándalo) y biógrafo (Montse Grases, Ernesto Cofi ño, El secreto de Gianna, etc.). Sus libros publicados en Rialp alcanzan los cien mil ejemplares vendidos, y lo sitúan entre los grandes confi guradores de una nueva cultura. Este libro, póstumo, descubre a sus lectores un sorprendente modo de narrar, desconocido en sus publicaciones anteriores.


ULF Y BIRGITTA
EKMAN
EL GRAN
DESCUBRIMIENTO
NUESTRO VIAJE HACIA LA FE CATÓLICA
RIALP

El gran descubrimiento

Ekman, Ulf
9788432149436
248 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Muchos aún consideran Suecia como un país socialista, sensual, secular, secularizado. Es cierto que, de sus diez millones de habitantes, pocos de ellos expresan una creencia firme, pero hasta el comienzo del tercer milenio Suecia ha sido un estado confesional, luterano. En años recientes se ha producido un giro inesperado en la religiosidad sueca, en creciente diálogo con los católicos. Los autores nos narran su camino hasta la total conversión al catolicismo. Ulf y Birgitta Ekman son bien conocidos en su país. Él es pastor luterano, fundador de Palabra de Vida, un movimiento carismático que llega a tener más de cien mil seguidores en todo el mundo. Funda también una parroquia de más de tres mil miembros, numerosas congregaciones -en Rusia y Europa del Este, principalmente-, escuelas, periódicos e incluso un lobby político de defensa de la vida. Abiertamente anticatólico, critica a Juan Pablo II cuando este visita su país. Pero con su mujer, Birgitta, hija de misioneros suecos en la India y su colaboradora más fiel en la tarea pastoral, comienza a sentir una fuerte atracción hacia la fe católica. Este es el testimonio de su conversión.

Cómpralo y empieza a leer

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

*

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCESC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría
9788432148620
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

Cómpralo y empieza a leer

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)

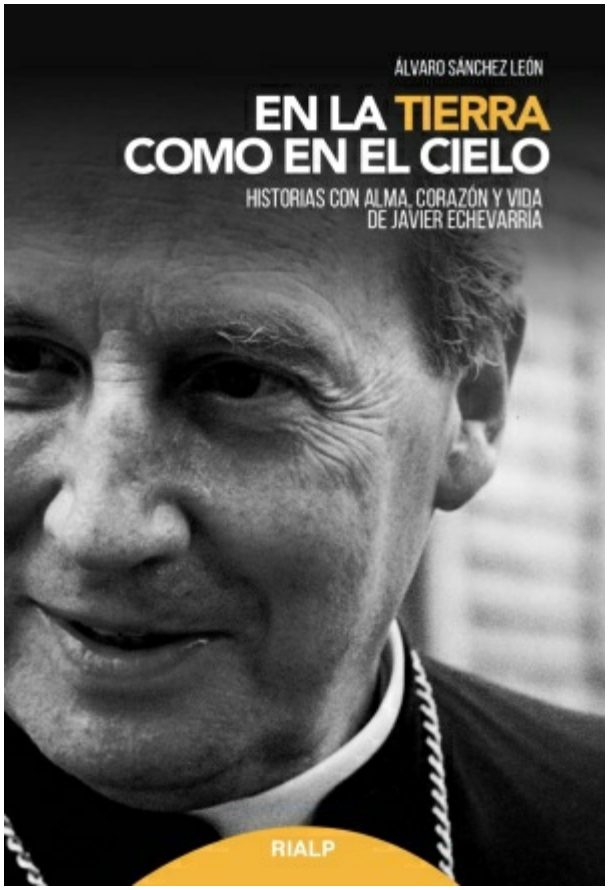
Escondidos

González Gullón, José Luis
9788432149344
482 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

Cómpralo y empieza a leer


ÁLVARO SÁNCHEZ LEÓN
EN LA TIERRA
COMO EN EL CIELO
HISTORIAS CON ALMA, CORAZÓN Y VIDA
DE JAVIER ECHEVARRÍA
RIALP

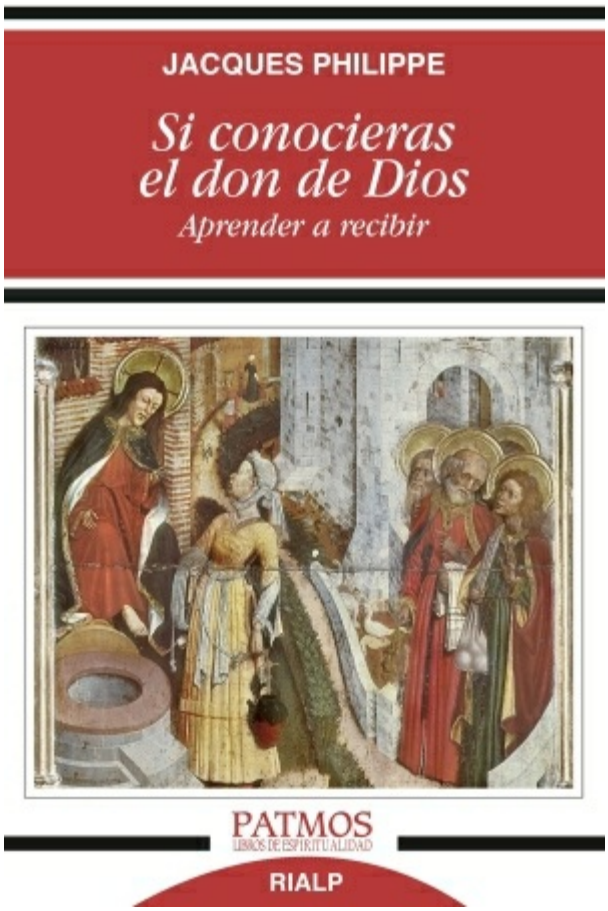
En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro
9788432149511
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón.Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía… Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

Cómpralo y empieza a leer


JACQUES PHILIPPE
Si conocieras el don de Dios
Aprender a recibir
PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD
RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques
9788432147173
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo.La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente.Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

Cómpralo y empieza a leer

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
CITA	4
DEDICATORIA	5
ÍNDICE	6
PRIMER DÍA	7
SEGUNDO DÍA	13
NOCHE DEL SEGUNDO DÍA	24
TERCER DÍA	34
CUARTO DÍA	44
QUINTO DÍA	64
SEXTO DÍA	78
SÉPTIMO DÍA	100
OCTAVO DÍA	110
NOVENO DÍA	117
DÉCIMO Y ÚLTIMO DÍA	127
JOSÉ MIGUEL CEJAS	129